SAN ISIDORO DE SEVILLA
Doctor de la Iglesia

EL LIBRO 2º y 3º DE LAS SENTENCIAS

Introducción y traducción por

D. Juan Oteo Uruñuela, presbítero

Serie
Los Santos Padres
N.º 50

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-547-1991
I.S.B.N.: 84-7770-204-7
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

SAN ISIDORO DE SEVILLA

LIBRO SEGUNDO DE SENTENCIAS

CAPITULO I

De la Sabiduría

244. Todo el que es sabio según Dios es feliz. La vida feliz está en el conocimiento de la divinidad, el conocimiento de la divinidad es el poder del bien obrar y el poder del bien obrar es gozo de eternidad.

245. El que es sabio según el siglo es necio según Dios. De ahí que el Profeta (Jer., 10, 14; 51-17) dijo: *En necio paró todo hombre con su saber.*

246. El primer cuidado de la sabiduría es el buscar a Dios, y después de honestidad de la vida con obras inocentes.

247. Ninguno recibe de lleno la sabiduría de Dios, sino quien trabaja por separarse del cuidado de los negocios. Por lo cual está escrito (Eccli., 38, 25): *La sabiduría la adquiere el letrado en el tiempo que está libre de negocios; y el que tiene pocas ocupaciones, ése la adquiere.*

248. Quien conoce que no puede penetrar los secretos de Dios llega a la cumbre de una inteligencia no pequeña; mas entonces conocemos rectamente a Dios, cuando denegamos que le conocemos perfectamente.

249. Algunas veces conviene desconocer algo; pero la culpa más grande es la de quien desconoce a Dios.

250. El buscar la verdad es de muchos; el hallarla de pocos. Mas aquellas cosas que exceden la humana inteligencia no deben escudriñarse. Todo lo que está por encima de la capacidad del entendimiento

humano no ha de buscarse, sino que ha de tenerse como reservado al consejo divino, de tal modo que se tenga por justo lo que fuere del agrado de la voluntad divina. Porque no puede ser injusto lo que es del agrado del justo juez.

251. Toda sabiduría se compone de ciencia y de opinión. Empero la proveniente de la ciencia es mejor que no la sentencia fundada en opinión; porque aquella es verdadera, ésta dudosa.

252. De mayor cúmulo de culpa sirve el que uno sepa lo que debe seguir, no quiera seguirlo aunque lo conozca. Por esto dice el Señor (Luc. 12, 47): *Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no la cumplió, justamente recibirá muchos azotes.* Y Santiago, IV, 7 dice: *Quien conoce el bien que debe hacer, y no lo hace, por lo mismo peca.*

253. La simplicidad con pereza se llama tontería; pero la sencillez con prudencia llámase sabiduría.

254. Util es saber mucho y vivir rectamente, pero si no podemos lograr ambas cosas, es mejor el cuidado de vivir bien que no el empeño de aprender mucho.

255. Para logar la bienaventuranza no es necesaria la ciencia de las cosas, y no es ser feliz saber muchas cosas; mas es algo grande el vivir felizmente.

256. De nada aprovecha conocer toda la prudencia, si hay ignorancia de Dios; y en nada empece a quienes conocen a Dios el desconocimiento del mundo. Aunque perfectamente obra quien primero conoce a Dios y después estas cosas, no tanto por sí, cuanto por Dios.

257. Nada obsta si alguno en su simplicidad no entiende bien lo relacionado con los elementos, con tal empero que profese verdades acerca de Dios, pues aunque no se pueda disputar de lo incorpóreo ni de lo corpóreo, no obstante la buena vida con la fe hace dichoso.

CAPITULO II

De la Fe

258. No podemos alcanzar la verdadera felicidad sino mediante la fe; mas es feliz el que con rectitud de fe lleva una vida santa y que con vida santa conserva la rectitud de fe.

259. Cuando creemos en Dios, con razón le invocamos con solicitud; por ello, entonces le tributamos perfecta alabanza cuando le invocamos con fe.

260. No sólo hay que dar crédito a lo que percibimos por los sentidos corporales, sino más todavía a lo que conocemos por la inteligencia, es decir, a Dios. Sin la fe nadie puede agradar a Dios (Heb. 11, 6): *Todo lo que no viene de la fe es pecado* (Rom. 14, 23).

261. La fe de ningún modo se impone por la fuerza, sino que se justifica con la razón y los ejemplos. Mas en aquellos a quienes se exige con violencia no puede perseverar. Sirva de ejemplo, como alguien dice, un árbol tierno, cuya copa, si uno la doblega con violencia, luego, cuando la suelta, al punto vuelve a la posición en que se encontraba.

262. Como el hombre, por estar dotado de libre albedrío, voluntariamente se aparta de Dios, así, al creer, por propio impulso del alma, se vuelve de nuevo a Dios, para que reconozcamos la libertad de albedrío en la propia voluntad, y el favor de la gracia por haber aceptado la verdad de la fe.

263. Dios contempla la fe en el corazón, donde no pueden presentar excusas los hombres que de palabra fingen profesar la verdad, pero en su corazón persisten en la impiedad del error.

264. Como de nada aprovecha la fe que se mantiene de palabra, pero no se cree de corazón, así de nada ha de aprovechar la fe que se mantiene en el corazón, si no se pregona con palabras. En efecto, a

causa de esta fe recrimina a algunos el profeta cuando dice: *Ha perecido la fidelidad, ha desaparecido de su boca* (Jer. 7, 28). Pues la fe que se cree con el corazón, se proclama con la confesión de la boca para la salud (Rom. 10, 10).

265. La fe sin obras es infructuosa (Sant. 2, 20), y en vano se gloría de sola su fe quien no se adorna con las buenas obras.

266. El que carga con la cruz, debe también morir al mundo, porque llevar la cruz y morir es vencerse a sí mismo, pero llevarla y no morir revela el fingimiento de los hipócritas.

267. Los que gracias a la fe poseen el conocimiento de Dios y en sus obras andan a oscuras, siguen el ejemplo de Balaam, quien, fallando en las obras, mantuvo abiertos los ojos por la contemplación de la fe.

268. Los hombres carnales buscan la fe no como una virtud del alma, sino como un beneficio temporal. Por lo cual dice el Señor: *Me andáis buscando no porque visteis milagros, sino porque comisteis los panes* (Jn. 6, 26).

269. El mal cristiano, al no vivir según la doctrina evangélica, pierde fácilmente, tan pronto ha surgido la tentación, hasta la misma fe que profesa de palabra.

270. Muchos son cristianos sólo por la fe, pero con las obras contradicen la doctrina cristiana. Otros muchos no aman de corazón la fe cristiana; pero, movidos del respeto humano, fingen con hipocresía que la conservan; y así, los que no pueden declararse malos abiertamente, por el temor son tenidos falsamente por buenos.

271. Alguna vez, los amantes del mundo combaten en pro de la fe, y en verdad que benefician a otros; mas ellos, enredados en el amor terreno, no aspiran a lo celestial, sino que tan sólo de palabra abogan por la fe.

272. Algunos, en defensa de la fe, persiguen incluso a los herejes, pero desprecian con insolencia a los fieles que están en el seno de la Iglesia. Refutan, es cierto, a los enemigos de la fe a causa de la infidelidad, pero oprimen a los fieles con el peso de la soberbia.

CAPITULO III

De la Caridad

273. Aunque algunos dan la impresión de participar en la fe y en las buenas obras, con todo, por estar faltos de la caridad del amor fraterno, no consiguen ningún aumento de virtud. Ya que, como dice el Apóstol, *si entregare mi cuerpo al fuego, mas no tuviere caridad, de nada me aprovecha* (1 Cor. 13, 3).

274. Sin amor de caridad, por más que uno crea rectamente, no puede alcanzar la felicidad eterna, porque es tan grande la virtud de la caridad, que sin ella incluso el don de profecía y el martirio se valoran en nada.

275. Ningún premio vale por la caridad. En efecto, la caridad posee la primacía entre todas las virtudes. De ahí que el Apóstol llame a la caridad vínculo de perfección (Col. 3, 14), por cuanto todas las virtudes quedan sujetas con este lazo.

276. El amor de Dios, en frase de Salomón, se compara a la muerte: *Firme como la muerte es el amor* (Cant. 8, 6); pues como la muerte separa con violencia el alma del cuerpo, así también el amor de Dios aparta eficazmente al hombre del amor mundano y carnal.

277. No ama a Dios quien desprecia sus mandamientos, pues tampoco amamos a un rey si tenemos aversión a sus leyes.

278. Con los varones santos hay que mantener la unidad en la caridad; y en la medida en que uno se aparta del mundo, es preciso que se asocie a la compañía de los buenos.

279. La caridad consiste en el amor de Dios y del prójimo. Mas aquel conserva en su alma el amor de Dios que no se aparta del amor al prójimo. Quien se aparta de la comunidad fraterna queda privado de la participación del amor divino. No podrá amar a Dios quien sabemos falta en el amor al prójimo. Cristo es Dios y hombre. Por tanto, no ama a Cristo en su totalidad quien odia al hombre.

280. Corresponde a la discreción de los buenos no aborrecer las personas, sino los pecados; y no desdeñar como falsas, antes bien aprobar las cosas bien dichas.

281. Los que son imperfectos en el amor de Dios deciden con frecuencia dominar los vicios; pero, abrumados por el peso de éstos, incurren de nuevo en aquellos defectos que desean eliminar.

CAPITULO IV

De la Esperanza

282. Los que no desisten de obrar el mal, con vana esperanza buscan el perdón de la misericordia divina, que debidamente tratarían de conseguir si abandonasen su mala conducta.

283. Es de temer en gran manera que, movidos por la esperanza del perdón que Dios ha prometido, continuemos pecando, o que desconfiemos del perdón, porque justamente castiga los pecados; más bien, soslayando ambos escollos, debemos apartarnos del mal y esperar el perdón de la divina misericordia. En efecto, todo justo resplandece por la esperanza y el temor, por cuanto ora la esperanza le dispone al gozo, ora el terror al infierno le impulsa al temor.

CAPITULO V

De la Gracia

284. Algunas veces Dios nos retira sus dones cuando pecamos a fin de que nuestro espíritu se alce con la esperanza del favor divino. Pues no puede desechar a uno que se ha arrepentido; a quien, mientras peca, le incita con sus beneficios a que retorne a El.

285. La nobleza del hombre no depende del poder humano. Pues, si no fuese Dios quien realiza en nosotros el esplendor de la buena obra, ¿por qué se afirma por boca del profeta: *Su obra es esplendor y magnificencia*? (Sal. 110, 3) Por El, en efecto, en virtud de su gracia preveniente, se nos concede a nosotros toda suerte de bienes, ya que no hemos practicado obra buena alguna por la que merezcamos recibir el brillo de la fe.

286. El progreso del hombre es un don de Dios. Y nadie puede mejorarse por sí mismo, sino con la ayuda de Dios. Pues tampoco posee el hombre bien alguno propio, ni está en su poder enderezar sus pasos, según atestigua el profeta: *Bien sé, Señor, que no está en la mano del hombre trazarse su camino; que no es dueño el hombre de caminar ni de dirigir sus pasos* (Jer. 10, 23).

287. Deben saber los defensores del libre albedrío que no po-

drán aventajarse en el bien con su propio valer de no ser sostenidos con la ayuda de la gracia divina. De ahí que el Señor diga por el profeta: *Tu ruina, Israel, procede de ti; sólo en mí hallarás la ayuda* (Os. 13, 9). Como si dijera: *Si pereces, es por tu culpa; si te salvas, es por mi ayuda.*

288. La gracia celeste no halla mérito en el hombre para venir a él, pero lo causa después que ha llegado; y así, al comunicarse a un alma indigna, produce en ella el mérito que ha de remunerar (Dios), quien antes sólo había encontrado materia de castigo. Porque ¿qué méritos tuvo aquel ladrón que de las fauces del diablo subió a la cruz, y de la cruz entró en el paraíso? El, ciertamente, era un reo y llegó manchado con la sangre del hermano; mas, por efecto de la gracia divina, se arrepintió en la cruz. Hemos de saber, pues, que en las obras hechas con rectitud, por un lado influye nuestra justicia, y por otro, la gracia de Dios, supuesto que la merezcamos, ya que ésta corresponde a Dios, que la otorga, y al hombre, que la recibe. Como decimos también *pan nuestro* al que, no obstante, esperamos recibir de Dios.

289. No a todos se reparte la gracia espiritual, sino sólo a los escogidos se concede. Porque la fe no es patrimonio de todos, y, aunque la reciban muchísimos, sin embargo, no consiguen éstos el fruto de la fe.

290. En la distribución de los dones, cada uno recibe gracias diversas de Dios; sin embargo, no se le conceden todas a uno solo, a fin de que sirva de estímulo de humildad lo que uno admira en el otro. En efecto, con la visión de Ezequiel (Cf. I, 5-9), donde las alas de los seres vivientes baten unas a las otras, se indican las virtudes de los santos, que mutuamente rivalizan en el afecto y que a la vez se instruyen con ejemplos recíprocos.

291. Los dones de las gracias, a uno se le otorgan de una clase, y a otro de otra. Ni se permite que uno los posea de tal suerte, que no necesite a otro.

292. Sin duda, puede suceder que aquellos a quienes otros aventajan por la excelencia de sus virtudes, a causa de una gracia preveniente de Dios repentina, aventajen a los otros en el fruto de la santidad, y, aunque han sido los últimos en la conversión, se sitúan de pronto los primeros en la cumbre de la virtud.

293. Cuando uno recibe algún don, no debe ambicionar más de lo que ha merecido, no sea que, por intentar apoderarse del cargo del

otro miembro, pierda el que mereció, ya que perturba toda la armonía del cuerpo quien, no contento con su cargo, substrae el ajeno.

294. Los malos reciben los dones para su condenación, puesto que no los emplean para la gloria de Dios, sino para halagar su propia vanidad. Hacen mal uso de los bienes quienes emplean para usos torpes lo que Dios les ha concedido, como son el talento y los demás dones de Dios.

295. Disfrutamos de muchos dones de Dios que reconocemos haber recibido de El. Porque el ser inteligentes, el sentirnos poderosos, lo debemos no al favor de otro cualquiera, antes bien al de Dios. Hagamos, por tanto, excelente uso de los beneficios divinos, de modo que Dios no se arrepienta de haberlos otorgado y sea útil a nosotros haberlos recibido.

296. Decimos que Dios substrae al hombre un don que éste nunca poseyó, en el sentido de que no mereció obtenerlo. Como también decimos que Dios endurece al hombre, no porque cause su insensibilidad, sino porque no suprime la que el propio hombre se procuró. Ni de modo distinto afirmamos que Dios ciega a algunos, no porque El mismo cause en ellos su propia ceguera, sino porque, a causa de sus vanos merecimientos, no aparta de ellos su obcecación.

297. A muchos se les conceden los dones de Dios, pero no la perseverancia en el don. De donde resulta que algunos tienen los comienzos de una buena conversión, pero acaban con un final desdichado. Los elegidos, en cambio, reciben tanto el don de la conversión como la perseverancia en él. Este es el motivo porque algunos comienzan bien y terminan felizmente.

CAPITULO VI

De la Predestinación

298. Doble es la predestinación: la de los elegidos, para el descanso, y la de los réprobos, para la muerte. Una y otra están dispuestas por el juicio divino de tal modo, que éste mueva siempre a los elegidos a seguir los impulsos celestes y espirituales y permita que los réprobos, abandonados a su suerte, se deleiten siempre con los goces más bajos y superficiales.

299. Como ignora el hombre el límite de separación entre la luz y las tinieblas o cuál sea el término de uno y otro concepto, así, con mayor razón, desconoce quién antes de morir está preparado con la luz de la gracia, o quién queda ofuscado hasta el final en las tinieblas del pecado, o quién, tras caer en las tinieblas, arrepentido, renace a la luz. Todo esto es manifiesto a Dios, pero oculto para el hombre.

300. Aunque la conducta de los justos en esta vida sea digna de aprobación, sin embargo, a los hombres les es desconocido el fin a que están predestinados, pues todo queda reservado para el juicio futuro.

301. Sorprendente es la forma de la ordenación celeste, por la que en esta vida el justo se santifica más y el impío, en cambio, se envilece más (Ap. 22, 11); unas veces, el malo se encamina al bien, y otras, el bueno se desvía hacia el mal. Quiere uno ser bueno, y no puede lograrlo; quiere otro ser malo, y no se le permite sucumbir. A este que lo desea se le concede ser bueno; aquel otro ni quiere ni se le concede ser bueno. Este nace en el error y muere; aquél persevera hasta el fin en el bien en que comenzó. Este se mantiene en pie todo el tiempo hasta que sucumbe; aquel otro, tras vivir largo tiempo en el vicio, a la postre se salva, y realiza la conversión al ser favorecido.

302. El justo quiere adelantar en la virtud, y no logra imponerse; el malvado quiere dañar, y lo consigue. Este quiere consagrarse a Dios, y se lo impide el mundo; aquél verse envuelto en negocios, y no consigue su empeño.

303. El malo se impone al bueno; al bueno se le condena como impío, y el impío es honrado como justo. Y, en medio de una oscuridad tan grande, no puede el hombre sondear la disposición divina ni sopesar el misterioso orden de la predestinación.

CAPITULO VII

De los Conversos

304. Se promete la recompensa no a los que comienzan, sino a los que perseveran, según está escrito: *El que permaneciere hasta el fin, éste será salvo* (Mt. 10, 22; 24, 13).

305. Porque entonces agrada a Dios nuestra conversión cuando, perseverantes hasta el fin, dejamos ultimado el bien que comenzamos; pues, conforme está escrito, *¡ay de aquellos que perdieron la paciencia!* (Eclo. 2, 16), es decir, que no consumaron la obra buena.

306. Debe saberse dónde, cuándo y a quiénes se otorga el perdón de los pecados. ¿Dónde, ciertamente, sino en la Iglesia católica? ¿Cuándo sino antes del día del término futuro de la vida? Porque, *mirad, ahora es tiempo favorable; mirad, ahora es día de salud* (2 Cor. 6, 2). Y ¿a quiénes sino a los conversos, que, en aras de la humildad, vienen a imitar a los niños? Acerca de los cuales se dice: *Porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt. 19, 14).

307. Nadie puede sopesar cuánta gravedad tenga la injusticia y con qué rayos de luz brilla la justicia, sino el que previamente se convierte a Dios con toda la fuerza de su alma, hasta el punto de reconocer con la claridad que le ilumina su propia fealdad y saber apreciar la luz que no podía contemplar en su ofuscado corazón.

308. Mas entonces se puede entender la incomprensible justicia divina cuando cada uno de los conversos intente tomarla por guía, puesto que la luz sólo se la entiende cuando se la ve.

309. El juicio que está en poder del hombre es la gracia de la conversión, merced a la cual nos condenamos a nosotros mismos cuando, arrepentidos, expiamos nuestras culpas y nos adherimos con mayor firmeza al bien que Dios nos depara.

310. El progreso de cada converso se presenta dividido en tres etapas, a saber: la primera, enmendarse del mal; la segunda, practicar el bien; la tercera, conseguir el premio de la obra buena. En efecto, la frase del profeta: *Desata los haces opresores,* significa la enmienda del mal; y lo que añade: *Parte tu pan con el hambriento,* expresa la ejecución de la buena obra; mas con aquello que agrega: *Entonces brotará tu luz como la aurora* (Is. 58, 6-8), indica la recompensa de la bella acción. Por tanto, no aprovecha obrar el bien si no se ha corregido el mal, ni podrá uno hacer progresos en la contemplación de Dios si de antemano no procura ejercitarse en las buenas obras.

311. De muchos modos atemoriza Dios a los hombres para que, aunque tarde, se conviertan y sientan mayor vergüenza por el hecho de haber sido esperado su retorno durante tanto tiempo. Pues a algunos los conmueve ora con amenazas, ora con infortunios, ora con revelaciones, a fin de que se enmienden, estremecidos de terror, los que rehúyen convertirse voluntariamente.

312. Muchos se convierten a Dios por puro fervor del alma; pero algunos que no se convertían por devoción, lo hacen impulsados por los castigos. conforme al versículo del Salmo que dice: ... *con la brida y el freno has de sujetar la quijada de los que no se acercan a mí* (31, 9).

313. Pero muchos, en tanto que no se convierten por devoción, son sacudidos por el estímulo del castigo, los cuales, sin embargo, ni siquiera en poder del látigo se dan cuenta que deben corregirse de algún modo, al igual que Egipto, que sufre los castigos y no quiere enmendarse. Acerca de éstos dice el profeta: *Los has castigado, y no se han dolido; los destruiste, pero rehusaron aceptar la correción* (Jer. 5, 3).

314. Algunos varones mundanos que andaban hinchados por su arrogancia, después que se han convertido a Dios, siguen a Cristo con escrupulosa obediencia; y así, los que antes rebosaban orgullo por la grandeza mundana, luego mudan la soberbia por el afán de humildad.

315. Los hay que en secreto ya se han convertido, pero en la apreciación mundana son considerados todavía cuales fueron, porque su conversión no ha trascendido al público; con todo, ya han resucitado a los ojos de Dios. Otros, en cambio, dan la impresión, a juicio de los hombres, que están todavía en pie, pero ya han sucumbido a los ojos de Dios.

316. Muchos, en opinión de los hombres, son réprobos, mas para Dios elegidos; y, viceversa, a muchos les consideran elegidos los hombres, y son réprobos a juicio de Dios, según dice Salomón: *Vi a impíos sepultados que mientras todavía vivían estaban en lugar santo y eran alabados en la ciudad cual si sus obras fueran justas* (Ecl. 8, 10). Por tanto, que nadie se crea justo, no suceda que esté reprobado ante Dios.

CAPITULO VIII

De los principios de los conversos

317. Triple es el modo de la conversión a Dios: al comienzo, con placer; en la etapa media, con esfuerzo, y en la culminación, con reposo. A menudo, sin embargo, unos empiezan con el placer, pero otros con la amargura de las tentaciones.

318. Todo converso debe comenzar primero por dolerse de sus pecados, y de este modo concebir el deseo de los bienes celestes. Porque antes que nada debemos borrar con lágrimas los delitos cometidos, y entonces, pura la mirada del alma, contemplaremos lo que deseamos; de modo que atendamos libremente a las cosas del cielo, ya purificada la luz del corazón, una vez que con el llanto previo hemos disipado las tinieblas del pecado.

319. Primero es necesario convertirse a Dios partiendo del temor, a fin de que, por el miedo al castigo futuro, se dominen los halagos de la carne. Luego, una vez desechado el temor, conviene pasar al amor de la vida eterna. *El perfecto amor lanza afuera el temor* (I Jn. 4, 18), pues el que teme mira al castigo y no es perfecto. Por donde dice el Apóstol: *Pues no recibisteis espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor, antes recibisteis espíritu de filiación adoptiva* (Rom. 8, 15), gracias al cual, sin duda, ya no oprime a los siervos la pena del pecado, sino que los hace libres el amor a la justicia.

320. Es preciso que todo converso, tras el temor, procure elevarse hasta el amor de Dios, como un hijo, y que no esté siempre abatido por el temor, cual un siervo. Porque entonces mostramos el celo por nuestra conversión si nuevamente amamos, como a un padre, a quien antes justamente temíamos, como a un señor, con espíritu servil.

321. Los conversos deben afirmar sus primeros pasos de manera suave, no suceda que, si empiezan con aspereza, atemorizados, vuelvan a las anteriores culpas, pues quien educa sin dulzura a un converso, logra irritarle más que corregirle.

322. Todo converso debe primeramente enmendar sus obras, y luego los pensamientos, de suerte que primero reprima la mala acción, después la inclinación pecaminosa, para que la malicia, que ya no existe en la obra, no perdure tampoco en el pensamiento.

323. Toda nueva conversión lleva todavía consigo resabios de la vida anterior, por lo cual una tal virtud no debe presentarse a la consideración humana hasta que la antigua conducta sea extirpada del ánimo de raíz.

324. Cualquiera que de malo que era empieza ya a ser mejor, procure no engreírse por la virtud conseguida, no sea que por vanagloria incurra en un estado más deplorable que aquel en que antes se encontraba al sucumbir en el vicio.

CAPITULO IX

De la lucha de los conversos

325. Todo converso que desee hollar pronto cualquier incentivo carnal y se esfuerce en ascender a la cumbre de las virtudes, no debe abatirse si acaso sufre todavía alguna contrariedad por las molestias de la carne, porque el dador de los bienes sabe contrarrestar la oposición del vicio con el antídoto de la virtud.

326. Entonces cada uno conoce que está más abrumado por la fuerza del vicio cuando ha llegado al conocimiento de Dios, a la manera como el pueblo de Israel era agobiado por los egipcios con un peso mayor cuando Moisés le descubría el conocimiento de Dios.

327. En efecto, los vicios, antes de la conversión, mantienen con el hombre una especie de alianza; mas, cuando se le extirpa, se alzan con una fuerza más impetuosa. Así, pues, resulta hostil al converso lo que dulcemente le lisonjeaba cuando era pecador; y, al contrario, resulta propicio al converso lo que, siendo pecador, le era contrario.

328. El siervo de Dios sufre numerosas dificultades por el recuerdo de las acciones pasadas; y muchos después de la conversión, contra su voluntad, tienen que soportar aún el incentivo de la pasión; mas esto no lo sufren para su condena, sino para su estímulo, a saber, para que tengan siempre, a fin de sacudir su inercia, un enemigo a quien resistir, con tal que no consientan. Por donde conocen los siervos de Dios que ellos ciertamente han sido purificados de sus pecados, pero que, no obstante, se ven todavía atormentados por las molestias de torpes pensamientos.

329. A la conversión precede la multitud de los pecados; tras la conversión sigue un gran número de tentaciones. Aquéllos se oponen a que nos convirtamos a Dios; éstas se interponen para que no contemplemos a Dios con la franca mirada del corazón. La perturbación originada de una y otra parte engendra en nosotros el desconcierto y a menudo impide nuestra atención con muy diversos engaños.

330. Es útil al siervo de Dios que sea tentado después de la conversión, a fin de que del abandono negligente, a impulso de los vicios, pase a disponer su ánimo para las virtudes mediante la lucha contra el pecado.

CAPITULO X

De la tibieza de la conversión

331. Una conversión defectuosa lleva a muchos a los errores pasados y les echa a perder para el resto de su vida. El ejemplo de éstos debe, pues, evitarlo todo converso, no sea que, por empezar con desidia el servicio de Dios, se halle de nuevo implicado en los extravíos mundanos.

332. El que es negligente en su conversión, no se da cuenta que las palabras ociosas y los pensamientos vanos son perjudiciales, porque, si vigilase su desidia espiritual, al punto temería como horrendo y atroz aquello que consideraba sin importancia.

333. En toda obra buena hay que temer el fraude y la desidia. Cometemos fraude con Dios cuantas veces, a causa de nuestras buenas obras, nos alabamos a nosotros mismos y no a Dios. Y practicamos la desidia siempre que por abandono realizamos negligentemente las obras de Dios.

334. Toda profesión de este mundo tiene cultivadores celosos y resueltos a ponerla en práctica; y esto es lógico que suceda, porque tienen presente la recompensa de su trabajo. Mas el arte del divino servicio tiene muchos discípulos negligentes, tibios, endurecidos por la inercia de su pereza; y esto acontece por cuanto su labor no se ordena a una recompensa en esta vida, sino en la futura. Así, pues, dado que la retribución del salario no alcanza en seguida a su trabajo, languidecen casi perdida la esperanza. De ahí que una brillante gloria aguarde a aquellos que llevan a término, con un resultado más positivo, los principios de la conversión de una vida ejemplar y que con tanta mayor brillantez se disponen a merecer el premio cuanto con mayor firmeza comienzan y llevan a término los trabajos del arduo peregrinar.

335. Algunos, en el fervor primero de la conversión, se aplican a las virtudes; mas, cuando van progresando, se aplican con tanto exceso a los asuntos terrenos, que se ennegrecen con el polvo del apetito más vil; por lo que el Señor dice acerca de las simientes: *El sembrado entre espinas es el que oye la palabra de Dios y, a causa de las preocupaciones mundanas o de la seducción de las riquezas, ahoga la palabra, y resulta infructuoso* (Lc. 8, 14; Mt. 13, 22).

336. Los recién convertidos no deben ocuparse de asuntos mate-

riales. Porque, si se enredan con ellos, al punto, cual arbolillos plantados, que todavía no tienen solidez en su raíz, son sacudidos a la vez que aridecen.

337. A veces aprovecha a los conversos, para la salud del alma, el cambio de lugar, pues a menudo, con el cambio de lugar, se muda también el afecto del alma. Por ello, es conveniente ser arrancado, incluso corporalmente, del sitio donde uno se entregó a los placeres, ya que el lugar en que uno vivió disolutamente trae a la consideración de su mente todo aquello que él continuamente pensó y realizó.

CAPITULO XI

De los ejemplos de los Santos

338. En orden a la conversión y enmienda de los mortales, aprovechan en gran manera los ejemplos de los santos, pues las costumbres de los incipientes no pueden perfeccionarse en el bien vivir de no ser modeladas a ejemplo de los maestros de la perfección.

339. Mas los réprobos no atienden las lecciones de los buenos para imitarlas en orden a mejorarse, sino que se proponen los ejemplos de los malos, que les sirven para empeorar en la corrupción de sus costumbres.

340. Las caídas y la penitencia de los santos se narran por esta finalidad: para que infundan a los hombres la confianza de la salvación, a fin de que nadie, después de la caída, desconfíe del perdón, si practica la penitencia, cuando ve que también la recuperación de los santos tuvo lugar después de la caída.

341. Deben conocer los que están entregados al vicio cuán útilmente para ellos se les proponen los ejemplos de los santos; a saber, o bien para que tengan modelos que imitar en orden a la enmienda, o por lo menos para que, al compararse con éstos, experimenten un castigo más duro por su desobediencia.

342. Dios ha propuesto las virtudes de los santos para ejemplo nuestro con este fin: para que de la misma manera que, si les imitamos, podemos conseguir los premios de la justicia, así también, si persistimos en el mal, tendremos castigos más dolorosos.

343. Porque, si faltasen, como estímulo para el bien, los precep-

tos divinos que nos lo muestran, no bastarían como orientación los ejemplos de los santos. En cambio, puesto que Dios nos amonesta con sus preceptos y nos propone ejemplos de bella conducta en la vida de los santos, no tenemos ya excusa de nuestro pecado, puesto que todos los días la ley de Dios resuena en nuestros oídos y conmueven lo íntimo de nuestro corazón los testimonios de santas obras.

344. Y si a menudo hemos seguido los ejemplos de los malos, ¿por qué no hemos de imitar las acciones de los santos, encomiables y gratas a Dios? Y si fuimos capaces de imitar en el vicio a los perversos, ¿por qué somos negligentes en seguir a los justos por la senda del bien?

345. Hemos de suplicar a Dios, a fin de que las virtudes que preparó a los santos para su corona, nos sean ofrecidas para beneficio nuestro, no para castigo. Mas aprovecharán para nuestro bien si nos decidimos a imitar tan grandes ejemplos de virtud. En cambio, si los rechazáramos en lugar de imitarlos, servirán para nuestra condena, porque, a pesar de conocerlos, rehusamos ponerlos en práctica.

346. Muchos imitan la vida de los santos, y (así) de la conducta de otro toman el modelo de virtud, como cuando se propone un retrato, y a semejanza de él se obtiene el dibujo. Así resulta parecido al modelo quien vive a semejanza de él.

347. Quien imita a un varón santo es como si contemplase un ejemplar y se mirase en él como en un espejo, con el fin de aportar cuanto de virtud reconoce que le falta. Porque el hombre se analiza peor cuando lo hace personalmente; pero, cuando contempla a otro, corrige el defecto de luz.

348. Es propio de varones ya perfectos obrar la justicia no a imitación de un santo cualquiera, sino contemplando la misma Verdad, a cuya imagen han sido creados. Esto indica la frase: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza* (Gén. 1, 26), porque al conocerla imita la propia divinidad, a cuya imagen ha sido creado. Así, pues, este tal es tan perfecto, que no necesita del hombre como guía para la santidad, sino que, mediante su contemplación, imita la propia santidad.

349. Los ejemplos de los santos, que edifican al hombre, hacen que las distintas virtudes revistan un carácter sagrado: la humildad, por Cristo; la devoción, por Pedro; la caridad, por Juan; la obediencia, por Abraham; la paciencia, por Isaac; el sufrimiento, por Jacob; la mansedumbre, por Moisés; la constancia, por Josué; la benignidad,

por Samuel; la misericordia, por David; la templanza, por Daniel; y así, en las restantes virtudes de los justos que nos precedieron, el varón santo considera, al imitarlas, el esfuerzo, la moderación, la rectitud y el espíritu de penitencia con que se practicaron.

CAPITULO XII

De la compunción del corazón

350. La compunción del corazón es el sentimiento de humildad del alma acompañado de lágrimas que brota del recuerdo de los pecados y del temor al juicio.

351. El sentimiento de compunción más perfecto en los conversos es aquel que aparta de sí todo afecto a los deseos de la carne y que fija la atención, con toda la intensidad del alma, en la contemplación de Dios.

352. Doble es la compunción con que el ánimo de cualquier elegido se duele por amor a Dios; esto es: una, cuando reconoce la malicia de sus obras; otra, cuando suspira por el deseo de vida eterna.

353. De cuatro clases son los sentimientos que mueven a compunción el alma del justo con dolor saludable; a saber: la conciencia de los delitos pasados, el recuerdo de las penas futuras, el pensamiento de su peregrinar a lo largo de esta vida, el deseo de la patria celeste, con la decisión de llegar a ella cuanto antes.

354. Cualquiera que por el recuerdo de los pecados se aflige hasta lamentarse, debe saber que entonces le asiste la presencia de Dios cuando le avergüenza interiormente aquello que recuerda haber cometido, y, al arrepentirse, ya lo castiga en su conciencia. En efecto, Pedro lloró en el momento en que le miró Cristo (Lc. 22, 61). Por lo cual dice el salmo: *Miró, y la tierra se conmovió y tembló* (Sal. 17, 8; 103, 32; 76, 19).

355. El paso de Dios constituye una fuerza interior en el corazón del hombre merced a la cual brotan los buenos deseos a fin de destruir los malos. Así, pues, cuando surgen en el corazón humano estos deseos, hemos de saber que entonces Dios asiste con su gracia al corazón humano. Por tanto, entonces debe el hombre excitarse más a la compunción cuando se da cuenta que Dios opera en su interior.

356. De qué modo el alma del varón justo se vea afectada por la verdadera compunción y cuán debilitada vuelva por la grandeza de la luz que contempló, puede saberlo aquel que experimentó ya algo de ello.

357. Los hay que se constituyen en sus acusadores no a causa de la verdadera compunción del corazón, sino tan sólo reconocen que son pecadores por este motivo: para encontrar un lugar en la santidad merced a la falsa humildad en confesarlo.

CAPITULO XIII

De la confesión de los pecados y la penitencia

358. Cada uno comienza a ser justo desde el momento en que se constituye en su acusador. Muchos, por el contrario, se reconocen pecadores, y, sin embargo, no se apartan del pecado.

359. Es ya una gran parte de la justicia que el hombre conozca que es malo, para que, desde el momento en que reconoce su flaqueza, se someta con más docilidad al poder divino.

360. El justo se juzga rectamente en esta vida para que Dios no le sentencie a eterna condena. Mas entonces uno se aplica a sí mismo el juicio cuando, mediante la adecuada penitencia, condena su mala conducta.

361. La aflicción que causa la penitencia mueve al ánimo a examinar con más perspicacia sus actos y a recordar con lágrimas los dones divinos que menospreció, pues nada hay peor que reconocer la culpa y no llorarla con amargura.

362. Todo pecador tiene un doble motivo de llanto en su arrepentimiento: sea porque no obró el bien a causa de la desidia, sea porque consumó el mal con osadía. Es decir, no realizó lo que debía y llevó a término lo que no debió realizar.

363. Practica una penitencia adecuada quien se duele de su culpa mediante una justa reparación; a saber, condenando y lamentando lo que hizo con un llanto tanto más copioso cuanto más predispuesto se manifestó a pecar.

364. Practica una penitencia adecuada quien de tal suerte deplora las culpas pasadas, que ya no las comete en el futuro, pues el que

llora su pecado y de nuevo le da entrada, se asemeja a uno que lava un adobe, que cuanto más lo limpia, tanto más lodo produce.

365. Aun cuando uno sea pecador e impío, si se acoge a la penitencia, hay confianza de que pueda conseguir el perdón.

366. Nadie pone en duda la bondad de Dios, pero sola la malicia de los que reciben su favor rehúsa se les conceda el perdón.

367. Tan sólo en esta vida está a nuestro alcance la libertad de arrepentirnos; mas después de la muerte sabemos que no hay posibilidad alguna de enmienda. Por lo que dice el Señor: *Es preciso que obre yo las obras del que me envió mientras es de día; viene la noche, en que nadie puede trabajar* (Jn. 9, 4). De aquí que afirme el profeta: *Dad gloria al Señor, vuestro Dios, antes que se haga obscuro* (Jer. 13, 16); es decir, antes que se nos anticipe la muerte eterna. Mientras estéis en esta vida, glorificad a Dios con la penitencia.

368. La misericordia de Dios viene en auxilio de los que todavía en este mundo practican la penitencia. Mas en la vida futura ya no estamos para obrar, sino para dar cuenta de nuestras obras.

369. A menudo, los malvados empeoran, porque la paciencia de Dios les concede tiempo para la enmienda, plazo que ellos no aprovechan para arrepentirse, sino que lo emplean para pecar con osadía. Pero anda de mal en peor quien transforma en licencia para el vicio el tiempo concedido para arrepentirse.

370. Cada uno, mientras puede, debe acelerar su marcha hacia Dios con la penitencia, no suceda que, si no quiere mientras puede, no pueda conseguirlo en absoluto cuando tardíamente lo intentare. Por ello dice el profeta: *Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadlo en tanto que está cerca* (Is. 55, 6). Y ¿dónde puede ser hallado sino en esta vida, en la que está todavía cerca de todos cuantos le invocan? Porque entonces, cuando dijere: *Id al fuego eterno* (Mt. 25, 41), estará ya lejos. Pues ahora no se ve, y está cerca; entonces se verá, y no estará cerca, ya que se podrá ver, pero no podrá ser hallado.

371. Si, cuando uno puede pecar, hace penitencia y en vida purifica su conducta de todo pecado, no hay duda que al morir alcanzará el descanso eterno.

372. Mas quien, entregado al vicio, hace penitencia en el trance de la muerte, como es incierta su condena, así es problemática su absolución. Por tanto, quien desee estar seguro del perdón al morir, haga penitencia estando sano, y así deplore los crímenes cometidos.

373. Hay algunos que en seguida prometen seguridad a los penitentes, a los cuales dice certeramente el profeta: *Procuran con afrenta la contrición de la hija de mi pueblo, diciendo: ¡Paz, paz!, cuando no hay paz.* Así, pues, procura la contrición con afrenta quien ofrece seguridad a quien peca y no se arrepiente como debe. Por ello prosigue (el profeta): *Han sido confundidos por haber obrado la abominación* (Jer. 6, 14 s.); es decir, han sido confundidos no por hacer penitencia, sino por sufrir el castigo.

374. Porque de distinta manera están confusos el reo ante el juez mientras se le reprende y el que se corrige avergonzado por su mala acción. Pues aquél está confuso porque ha sido reprendido, éste porque tiene conciencia de haber obrado mal.

375. Si es cierto que mediante la penitencia se consigue la expiación de los pecados, con todo, el hombre no debe vivir sin temor, porque la satisfacción que depara la penitencia la valora sólo el juicio divino, no el humano. En consecuencia, dado que el perdón de Dios no se da a conocer, es preciso dolerse sin cesar; ni tampoco conviene que el penitente tenga jamás seguridad de su arrepentimiento, ya que la seguridad engendra el descuido, y éste con frecuencia hace que el incauto vuelva a los vicios pasados.

376. Una vez que, gracias a la penitencia, se han desterrado del hombre los vicios, si acaso después de esto, al interponerse la seguridad, se insinuase algún pecado, al punto los antiguos placeres del vicio penetran con más avidez en el alma y, perturbando al hombre, le arrastran con mayor fuerza a los actos inveterados, de suerte que la situación última de éste resulta peor que la primera (Lc. 11, 26).

CAPITULO XIV

De la desesperación de los que pecan

377. No por recorrer las distancias entre los lugares, sino mediante los deseos buenos o malos, nos aproximamos o nos apartamos de Dios, ya que no es por el movimiento de los pies, sino por la moralidad de nuestras costumbres, como nos alejamos o nos acercamos a Dios.

378. Cometer un crimen cualquiera significa la muerte del alma;

despreciar la penitencia y persistir en la culpa supone caer en el infierno después de la muerte. Por tanto, pecar significa la muerte, y perder la esperanza, caer en el infierno. de ahí que diga la Escritura: *El impío, al caer en el abismo de la maldad, siente desprecio* (Prov. 18, 3).

379. A menudo, el diablo induce a la desesperación a aquellos que ve se convierten a la penitencia tras haberles impresionado con la enormidad de sus crímenes, a fin de que, una vez han perdido la esperanza del perdón, lleve a la desconfianza a los que no pudo mantener constantemente en el pecado. Mas el penitente previsor debe anticiparse a las astutas asechanzas que el enemigo trama contra él y de tal suerte temer la justicia de Dios, que, aunque consciente de graves culpas, tenga confianza en su misericordia.

380. Dios se complace más en el alma que, perdida la esperanza, al fin se convierte, que en aquella que nunca se perdió. Así aconteció con el hijo pródigo, que estaba muerto,yrevivió, que estaba perdido, y fue hallado, cuyo retorno produjo gran regocijo en el padre.

381. No de otra suerte, en presencia de Dios y de los ángeles, hay un gozo más intenso por aquel que se libra del peligro de pecar que por el otro que nunca conoció el peligro. Pues cuanto más nos entristece el objeto perdido, tanto más nos alegra al ser encontrado. Así, en el Evangelio desborda de júbilo el pastor aquel que gozoso vuelve a poner sobre sus hombros la oveja perdida que ha encontrado.

382. Nadie debe desconfiar enteramente del perdón aunque se convierta a la penitencia al final de sus días, porque Dios juzga a cada uno por su fin, no por su vida anterior... Y esto, que el hombre es por su fin, nos lo enseña un texto de la Ley, cuando Dios mandó que por el primogénito del asno le fuese ofrecida una oveja: que es decir, que la inmundicia de la vida anterior ha de mudarse en la inocencia de una buena muerte. Por eso también se manda ofrecer como hostia la cola, que es lo último de la vida como penitencia.

383. Muchos, iluminados de gracia sobrenatural, al cabo de la vida se convierten a Dios por la penitencia, y todo lo malo que hicieron, lo pagan con diarias lágrimas, y mudan en obras buenas las malas que hicieron. A estos tales en justicia se perdona todo cuanto faltaron, porque ellos, arrepintiéndose, reconocen lo que mal hicieron.

384. En la vida del hombre ha de buscarse el fin: porque Dios no mira como hayamos vivido antes, sino como somos al fin de la vida.

CAPITULO XV

De los abandonados de Dios

385. Si Dios deja, nadie se arrepiente; si Dios mira, cada uno ve y llora sus males y piensa de donde ha caído. Porque algunos hay tan dejados de Dios que, aunque quieran, no pueden llorar sus males.

386. Consejo de los espíritus inmundos es éste: que ya que a ellos les fue negado volver a justificarse después de la prevaricación, desean cerrar a los hombres la puerta de la penitencia, para que ni éstos se vuelvan a Dios, y se esfuerzan para tener por compañeros en la perdición a los que con mi fraudes solicitan para que o sean abandonados de Dios, o desesperen por la enormidad del castigo.

387. Es para gemir continuamente y para llorar, dejada aparte la seguridad: no sea que el hombre se vea abandonado por justo y secreto juicio de Dios, y el que ha de perderse quede en poder de los demonios. Porque en realidad a quien abandona Dios, lo reciben los demonios.

388. Los quebrantadores del mandamiento del Señor, al punto que se apartan de Dios, se ven ocupados de los espíritus malignos, que les persuadan además a obrar mal. De esto es el dicho profético: *"A los enemigos de Dios persiguen las tinieblas"* (Nah. I, 8), entendiéndose los demonios. Y en su Salmo (77, 9) se lee: "Descargó sobre ellos la cólera de su enojo... *que les envió por medio de ángeles malos"*.,

389. Algunos de los réprobos por oculto y justísimo juicio de Dios están entregados en poder de los demonios. Es Isaías quien atestigua: *El mismo echóles la suerte, y su mano se la dividió a medida, y la poseerán para siempre* (Is. 34, 17).

340. Algunos de los escogidos, por justicia divina, son dejados caer en el error del pecado; pero no obstante, reducidos por la misericordia, otra vez se convierten. De estos tales habla el Señor por un Profeta: *Y lo perdoné y lo reduje y le di consolación* (Is. 57, 18).

341. Y porque algunas veces Dios volviendo al hombre que había abandonado, le visita otra vez afligiéndole, y le limpia de los pecados por los lamentos, lágrimas y afectos de penitencia, según dice Job (10, 16): *Y me aprisionará por la soberbia como a la leona, y volverás a atormentarme de un modo maravilloso.* Porque volviendo Dios atormenta al hombre cuando de nuevo visita, azotando al que había abandonado al pecar.

392. De ninguna manera hemos de provocar la ira del cielo contra nosotros con obras males; antes bien, si arrepintiéndonos hiciéremos obras aceptas a Dios, mudaremos en clemencia su severidad. Pues quien nos tolera siendo malos, no hay duda que perdonará con clemencia a los conversos. Porque que se nos aguarda para hacer penitencia, de modo que no seamos juntamente arrollados por una muerte arrebatada, sino que se nos de tiempo de satisfacer, todo esto es don que procede de la clemencia de Dios, a fin de no condenarnos cruelmente, sino de esperarnos paciente a que nos arrepintamos.

CAPITULO XVI

De los reincidentes después de la conversión

393. Burlador es, no penitente, quien pone aún por obra aquello de que hace penitencia, y no parece que sumiso a Dios pida, sino que con soberbia le desprecia, insultándole. (Dist. 3 de Poenit. a Gratiano).

394. Como *el perro que vuelve a lo que ha vomitado* (Prov. 26, 2) es el penitente que vuelve al pecado. Porque hay muchos que derraman lágrimas sin cesar, y que no desisten de pecar. Consta que algunos reciben lágrimas de penitencia y no tienen el efecto de la penitencia, porque por inconstancia del ánimo ya derraman lágrimas por el recuerdo del pecado, ya reviviendo el hábito, de nuevo cometen los pecados que habían llorado.

395. Quien quiere de una parte llorar lo pasado y de otra descansar en las obras del siglo, este tal no tiene purificación, porque todavía pone en práctica lo que pueda llorar al arrepentirse.

396. Isaías dice a los pecadores: *Lavaos, purificaos*. Mas se lava y está purificado el que no sólo llora lo pasado, sino que también no vuelve a admitir lo que debe llorarse. Por tanto se lava, pero no se purifica, quien llora lo que hizo y no lo deja, y después de las lágrimas repite otra vez los pecados que había llorado. Y también en otro lugar reprende la palabra divina al alma que se arrepiente y que delinque de nuevo, al decir (Jer. I, 36): *¡Oh, y cómo te has hecho vil hasta lo sumo volviendo a tus malos pasos!* Por tanto, cualquiera que llora las culpas pasadas ha de observar esta norma: de tal modo llorar lo pasado que no cometa lo que se deba llorar de nuevo.

Y ¡ay de mí, miserable Isidoro, que negligente descuido el arrepentirme de lo anteriormente hecho y cometo aún delitos de que debo arrepentirme!

CAPITULO XVII

Del pecado

397. El pecado se comete por uno de dos motivos: o en fuerza de la concupiscente pasión, o en razón del miedo y temor; como cuando uno pretende alcanzar lo que desea o cuanto teme, que le sobrevenga lo que temió.

398. De cuatro modos se comete pecado en el corazón y de cuatro se perpetra por obra. De corazón: por la sugestión de los demonios, por el deleite de la carne, por el consentimiento del alma, por la justificación de la soberbia. De obra: unas veces a escondidas, otras públicamente, unas por costumbre, otras por desesperación. Por estos grados pues se delinque con el corazón y se perpetra por obra el pecado.

399. Tres son los móviles del pecado cometido, o la ignorancia, o la flaqueza, o la malicia; pero con diverso peligro de penas. Porque la ignorancia fue la que ocasionó el pecado de Eva en el paraíso, como dice el Apóstol (I Tim. 2, 14): *Adán no fue engañado, mas la mujer engañada fue causa de la prevaricación.* Así pues Eva pecó por ignorancia, pero Adán por malicia, porque no pecó engañado, sino pecó a ciencia y conciencia. Porque quien es engañado, evidentemente desconoce aquello en que consiente. Pedro empero delinquió con flaqueza cuando negó a Cristo por miedo a la pregunta de la esclava; por esto lloró amarguísimamente después del pecado.

400. Más grave es el delinquir por flaqueza que por ignorancia, y más grave pecar de industria que por flaqueza. Peca de industria quien obra lo malo con empeño y deliberación del ánimo, mas peca por flaqueza quien delinque casual o precipitadamente. Pero más malamente y de industria pecan quienes, no sólo no viven bien, sino que en cuanto pueden apartar de la verdad a los que viven bien.

401. Porque hay quienes pecan por ignorancia y los hay que pecan a sabiendas. También hay quienes quieren no saber para ejecu-

tar lo ignorado y ser juzgados menos culpables; sin embargo, los tales no se inmunizan, antes se engañan a sí mismos.

402. El simple no saber corresponde a la ignorancia; pero el haber querido no saber es cosa de soberbia y contumacia. Porque ¿acaso es alguna otra cosa que pretender despreciar al Señor por soberbia querer no conocer la voluntad del mismo Señor? Ninguno pues se excuse de ignorancia, porque Dios juzga no sólo a los que se apartan de su conocimiento, sino también a los que no conocieron, como atestigua el mismo Señor por un Profeta (Sophon, 1, 3, 6):*Exterminaré de la tierra a los hombres... y a los que han dejado de seguir al Señor, y a los que al señor no buscan, ni procuran encontrarle*. Y un Salmo (78, 6) dice: *Descarga tu ira sobre las naciones que no te conocen.*

CAPITULO XVIII

De los pecados más leves

403. Muchos pueden llevar una vida sin crímenes, pero sin pecado no pueden tenerla. Pues por más que uno resplandezca en esta vida por una gran claridad de justicia, sin embargo nunca está tan purificado que carezca de manchas de pecados, atestiguándolo el Apóstol Juan (I Joan, I, 8), que dice: *Si dijéramos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros.*

404. Hay algunos hechos parecidos a los pecados, pero si están puestos con intención buena, no son pecados. Por ejemplo: el poder, cuando se ejercita no por el apetito de venganza, sino más bien se castiga al reo con ánimo de corregirlo.

405. Asimismo hay unos pecados leves que los incipientes purgan con la satisfacción cotidiana; pero que los varones perfectos evitan como grandes crímenes. Y ¿qué deberán hacer los hombres con los grandes crímenes, cuando los perfectos lloran como gravísimos hasta los leves delitos?

406. No sólo deben precaverse los pecados graves, sino que también los leves. Porque muchos leves hacen uno grande; como vemos que de pequeñas y diminutas gotas se forman los caudalosos ríos. La abundancia numerosa reunida en un punto causa la abundancia desbordante.

407. Los pecados que en los principiantes son leves, júzganse graves en los varones perfectos.

408. Porque el pecado es tenido en tanto mayor, cuanto en mayor estima es tenido quien peca; pues aumenta la magnitud del delito en proporción de los méritos, y no pocas veces lo que se disimula en los menores, se acumula en los mayores imputándoselo.

CAPITULO XIX

De los pecados más graves

409. Por la experiencia de pecados pequeños se cometen pecados mayores, para que sean castigados con más dureza por grandes crímenes los que no quisieron corregirse de los pequeños. Y en el juicio divino contraen más reato de malicia quienes desprecian escudriñar sus hechos menores.

410. Muchos caen de un crimen en otro, como son los que tienen conocimiento de Dios y son descuidados en temerle; y con sus actos no veneran a quien conocen por ciencia. Por tanto son cegados por sentencia divina, para que cometan lo que ha de castigarse y en pena del crimen cometido añadan otro crimen peor.

411. Muchas veces un pecado es causa de otro pecado, el cual se comete cuando el uno nace del otro como si fuera su prole: así suele acontecer que de la demasiada hartura del vientre se engendre lujuria.

412. El pecado es admitido como pena del pecado, cuando en castigo de cualquier pecado, permitiéndolo Dios, se va a dar en otro pecado más malo, con el que más se manche quien lo admita. Por tanto el pecado que precede es causa del pecado siguiente, y el pecado siguiente es pena del precedente delito. Son pues los pecados precedentes causas de los crímenes siguientes, para que éstos que les siguen, sean pena de los que anteceden.

413. La pena de los pecados precedentes llámase endurecimiento que proviene de la justicia divina. De aquí procede el dicho del Profeta (Isa., 63, 17): *Endureciste nuestro corazón, de modo que perdiésemos tu santo temor*; porque en tanto que algunos son justos, no son empujados por Dios para que se hagan malos; pero cuando son ya

malos, son endurecidos para que sean peores; como dice el Apóstol (2 Thes. 2, 10): *Por no haber recibido y amado la verdad a fin de salvarse, por eso Dios les enviará* –o permitirá que obre en ellos el espíritu– *el artificio del error.* Dios pues hace que algunos pequen; mas son aquellos en quienes precedieron ya pecados tales que en el justo juicio de Dios merecen caer más hondo. Porque habiendo precedido otros pecados caen en tales otros en castigo merecido por aquellos.

414. Algunos pecados proceden de que Dios está enojado y están compensados por el demérito de otros pecados. Por lo que dice el Profeta (Isa., 64, 5): *Tú ahora estás enojado porque hemos pecado, en pecados estuvimos siempre*, como si dijera: porque siempre estuvimos en pecado, te has enojado, para que pecáramos más gravemente.

415. El prudente lector debe saber qué es merecer el enojo de Dios y qué provocarlo. Porque más grave es el enojo que se provoca, que el que se merece, ya que lo merecemos al pecar por ignorancia, y lo provocamos al saber obrar lo bueno y no querer.

416. Y mientras vivimos no podemos evitar el enojo de Dios. Temamos pues no sea que al sobrevenir el castigo del juicio, sólo podamos experimentarlo, pero no evitarlo.

CAPITULO XX

De los pecados públicos y de los ocultos

417. Mayor culpa es pecar manifiesta que ocultamente. Porque de dos maneras es reo quien descubiertamente peca, pues no sólo es actor, sino también maestro. De los tales dice Isaías (3, 9): *Como los de Sodoma, hacen alarde de su pecado, ni lo encubren.*

418. Porque muchos que pecan públicamente, alardean sin ningún pudor de sus crímenes, y no guardan ninguna vergüenza por el crimen.

419. Pues una como justicia es que el hombre esconda su malicia y que se ruborice interiormente de sus pecados.

420. El perpetrar un pecado es un crimen, pero enseñar el pecado es un clamoreo; de que dice también el Apóstol (Ephes., 4, 3):

Apártese de vosotros el clamoreo con toda malicia, es decir, con los mismos pecados.

421. Desde el momento mismo que alguno esconde el pecado que hace, ya da indicios de juicio, porque no se avergüenza sino por el reato de la conciencia. Luego por lo mismo que uno se ruboriza en su corazón, ya se ha constituido juez de si mismo.

CAPITULO XXI

Del afecto al pecado

422. Una cosa es no pecar por amor de dilección de Dios y otra por temor del castigo. Porque quien no peca por amor de la caridad de Dios, cuando se abraza con el bien de la justicia, aborrece todo lo malo y no lo deleita el pecado, aunque se le prometa la impunidad del crimen. Mas quien sólo por temor del castigo reprime sus vicios, aunque de hecho no de satisfacción al pecado, con todo en él vive la voluntad de pecar, y se duele de que no le es lícito lo que conoce que la ley prohíbe. Por tanto recibe recompensa de la obra buena el que la ejecuta por amor de la justicia; no empero el que la guarda contrariado y sólo por miedo de las penas.

423. Algunos aman el pecado y lo cometen; algunos otros sólo lo aman y no lo cometen; pero los más sólo lo cometen y no lo aman. Algunos otros no cometen el pecado y no obstante aborrecen la justicia. Pero quien no solamente ama el pecado, sino que lo comete, peca más gravemente que quien no lo comete y lo ama, y aún más gravemente quien lo ama y no lo comete que quien lo comete y odia. Lo más grave no es cometer el pecado, sino el amarlo.

424. Porque hay algunos que al momento de haber cometido un crimen quedan confusos, y otros hay que no sólo no se duelen de haber obrado mal, antes se vanaglorian de la misma acción mala. Y así por comparación de lo malo se hace peor, pues al congratularse de sus vicios, se enorgullecen para peor. De tales dice Salomón (Proverbios 2, 14): *Se gozan en el mal que han hecho, y hacen gala de su maldad.*

CAPITULO XXII

De la ocasión de pecar

425. A veces al ser malos, los somos más por necesidad que por voluntad. No obstante la necesidad del mal se ha de convertir en voluntad del bien. Muchos pecan, no por voluntad, sino por sola necesidad, temiendo la inopia temporal y mientras rehúyen la necesidad del tiempo presente, quedan privados de los bienes futuros.

428. Otros hay asimismo que cometen el pecado porque lo quieren; son malos sin estar empujados por necesidad alguna, sino que quieren ser malos sólo porque sí, pues ni siquiera aman aquello que apetecen; se recrean tan sólo en la misma malicia del pecado.

CAPITULO XXII

Del hábito de pecar

427. Mejor es precaver el pecado que enmendarlo. Porque más fácilmente resistimos a un enemigo del que no hemos sido aún vencidos, que no a aquel de quien conocemos estar atados y vencidos.

428. Todo pecado, antes de ser admitido, es más temido. Mas en habiendo venido a ser costumbre, por grande que sea, se tiene por leve y se comete sin miedo alguno.

429. Por estos incentivos, como por unos grados, se desarrolla todo pecado: el mal pensamiento engendra la delectación; la delectación el consentimiento; el consentimiento la acción; la acción la costumbre; la costumbre la necesidad. Y así el hombre envuelto con estos lazos, está atado con una cadena de vicios, de tal modo que le es imposible desatarse de ella si no es que la gracia divina de la mano al que está caído en tierra.

430. Admitir un pecado es caer en un pozo; pero adquirir la costumbre de pecar es estrechar la boca del pozo para que no pueda salir quien haya caído. Pero algunas veces aun a los tales libra Dios, cuando conmuta la desesperación de ellos en conversión de libertad, porque compadeciéndose el mismo Dios se perdonan los pecados, y protegiendo El se verifica el que no se vaya a cosa peor pecando.

431. Malísimo es pecar, peor adquirir el hábito de pecar. De lo primero se huye fácilmente; de lo segundo, con trabajo, mientras se luche contra la costumbre mala.

432. Que la costumbre de obrar mal sea caer en un abismo lo asevera un Profeta. Por la costumbre, como si fuera una ley, está el hombre atado de tal suerte que hasta cuando no quiere, cometa pecado. Pero levantarse pronto de la caída es no ir al abismo.

433. Al apóstol dice que la ley del pecado está en nuestros miembros: esa ley es la costumbre que adquirimos pecando, y de la cual no nos alejamos cuando queremos, porque ya estamos retenidos por la costumbre con vínculos de necesidad.

434. Mucho obra en el hombre el amor de la verdad, pero la carne resiste por la ley de la mala costumbre; mas quien con valentía reprime en sí lo que insolentemente le combate alégrase con mucho valor por la buena conciencia.

435. Ha de precaverse pecar con frecuencia, pues aunque muchas veces Dios nos produce salvación de los males nuestros, cuanto es admirable, tanto es más raro. Por lo tanto debe temerse el confiar ser así salvos, no sea que mientras estamos en expectación de ser sanados de los vicios, de un lado multipliquemos los vicios y de otro no alcancemos salvación. Así pues cuidemos o de no caer, o de convertirnos pronto y levantarnos de la caída.

436. En absoluto hay que precaverse de pecar; pero si por la humana fragilidad se desliza un pecado, al punto ha de corregirse lo que se siente haber cometido inicuamente. Pues pronto se corrige la culpa que pronto se reconoce; y más tarda en sanar la llaga que se pone en cura después de mucho tiempo, cuando ya los miembros se pudren.

437. La repetición del pecado es más grave, como si una enfermedad viene sobre otra, o como si llueve sobre mojado.

438. La demora en el pecado acrecienta enormemente el crimen. Por esto dice el Profeta (Isa. 5, 18): *¡Ay de vosotros que arrastráis la iniquidad con las ruedas de la vanidad, y el pecado a manera de carro, del cual tiráis!* Porque arrastra la iniquidad como una soga quien tarda en convertirse a Dios, y arrastrar la iniquidad es hacer morada en la iniquidad. Por esto dice el Salmo (128, 3): *Por largo tiempo me hicieron sentir su injusticia, pero el Señor que es justo ha cortado la cabeza a los pecadores.*

CAPITULO XXIV

Del recuerdo de los pecados

439. Bueno le es al hombre tener siempre ante los ojos los propios pecados, según sentencia del Salmo 50, 4: *Delante de mí tengo siempre mi pecado*. Porque así como debe no recordarse el afecto del pecado, así es necesario que cada uno recuerde siempre su pecado para llorarlo.

440. En el justo el recuerdo del pecado engendra tedio. Pero los sometidos a la lujuria y a la concupiscencia hasta del mismo pecado de obra se envanecen con soberbia contumacia.

441. Para el siervo de Dios el recuerdo del pecado debe ser tanto que confiese siempre con lágrimas lo que hizo. Por lo cual dice el Salmo 31, 4, 5: *Revolcábame en mi miseria mientras tenía clavada la espina. Te manifesté mi delito, y dejé de ocultar mi injusticia. Confesaré, dije yo, contra mí mismo al Señor la injusticia mía*. Porque arriba había dicho: *Por haber yo callado, se consumieron todos mis huesos, dando alaridos todo el día*. ¿De qué pues, se arrepiente de haber callado, sino por no haber confesado sus pecados? Por tanto quien fue ocultador de sus pecados, es necesario que acuse arrepentido lo que con soberbia cometió mal.

CAPITULO XXV

Del pensamiento

442. Doble es la división del pecado, a saber, de obra y de pensamiento: una de ellas dícese iniquidad, cuando se hace por obra; otra llámase injusticia cuando se comete por pensamiento.

443. Mas primero ha de cortarse la obra, después el pensamiento; primero las malas obras, después los deseos. Porque indistintamente proceden las obras del pensamiento y los pensamientos de las obras; aunque sin embargo no será uno inocente de la malicia de los malos pensamientos por más que esté libre de las obras malas. De aquí por Isaías 1, 16, dice el Señor: *Apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos*.

444. Porque no sólo delinquimos con los hechos, sino que también con los pensamientos, si cuando se nos ocurren ilícitamente nos deleitamos en ellos.

445. Como perece la víbora desgarrada por los hijos puestos en su vientre, así nos matan nuestros pensamientos alimentados en nuestro interior, y una vez concebidos nos consumen por el veneno viperino, y matan a nuestra alma hiriéndola cruelmente.

446. No está en nuestro arbitrio vernos preservados de las sugestiones de un mal pensamiento; pero el dar cabida en el alma al pensamiento, de nuestra voluntad depende. Por tanto lo primero no se imputa a culpa, lo segunda se imputa a culpa. Porque propio es del demonio el ponernos delante pensamientos ilícitos, pero el deleitarse con pensamientos perversos es nuestro.

447. Sucede no pocas veces que imágenes inmundas de cosas corpóreas que aprendimos se presentan a nuestra mente y pensamos en ellas aun no queriendo: cuanto mayor empeño ponemos en alejarlas de nuestra actividad mental, tanto más se ingieren ellas en el ánimo y se nos introducen a hurtadillas con obscenos movimientos. Pero esto es debido a la condición humana de mortal, que el primer hombre mereció en castigo de su pecado.

448. Mientras uno está prevenido por la divina iluminación, al punto es avisado por las molestias de los torpes pensamientos. Mas el servidor de Dios rechaza de sí con el temor del juicio divino los placeres de ellos, y arroja los pensamientos torpes contraponiendo pensamientos buenos.

449. Gran cuidado ha de ponerse en la guarda del corazón: porque él es fuente original de lo bueno y de lo malo; como está escrito (Math. 15, 19): *Del corazón es de donde nacen los malos pensamientos*. Y por lo mismo si desde luego resistimos al pensamiento malo, no incurriremos en la obra mala.

450. No hay que temer si en los pensamientos va revuelto lo bueno y l malo; antes hay para gloriarse, mientras el alma por un acto razonable del entendimiento separe los buenos de los malos.

451. Así como de nada sirve que discernamos entre lo bueno y lo malo con más prudente sentir, si no nos precavemos de hecho contra lo malo conocido, o si no practicamos el bien aprendido.

CAPITULO XXVI

De la conciencia

452. Es humana condición, que turba la mente con diversas cosas viciosas, el que sufra ya por un desconocido apetito del ánimo, antes que las penas del infierno, las penas de la conciencia.

453. De todo podrá huir el hombre, menos de su corazón. Porque de sí no puede uno retirarse. Dondequiera vaya, la conciencia de su pecado no le abandona.

454. Aunque todo el que obra mal pueda esquivar los juicios humanos, sin embargo, de la propia conciencia no puede esconderse. A los demás oculta lo que hizo, pero no puede ocultarlo a sí, que conoció plenamente que era malo lo que hizo. Hay pues en él doble juicio, porque sufre aquí por el reato de su conciencia, y es condenado allí con pena eterna.

455. Esto, pues significa (Ps. 41, 8): *Un abismo llama a otro abismo, como el estampido con que se deshacen tus cataratas*. Puesto que llamar el abismo al abismo es ir del juicio de la propia conciencia al juicio de la condenación eterna. En el estampido de las cataratas, es decir: en la predicación de los santos.

CAPITULO XXVII

De la intención del alma

456. El ojo del hombre es la intención de sus actos. Por tanto si su intención es buena, también el acto de su intención es buena. Por el contrario el de la intención mala, aunque la obra tenga apariencia de que es buena, ya no lo es, sin embargo, porque por la intención o se aprueba por buena, o se reprueba por indigna. Es buena intención la que es por Dios; pero es mala la que busca lucro terrenal o vana gloria.

457. Quienes hacen una obra buena con intención no buena, más ciegos quedan de hecho en lo mismo por que habían podido quedar iluminados.

458. Haga cada uno con intención buena la obra buena que

hace; porque por la intención mala perdemos muchas veces la obra buena que hacemos y no estamos menos exentos de culpa.

459. Muchas veces lo que en el juicio humano parece bueno, en el juicio de un diligentísimo y agudísimo juez se descubre ser reprobable. Por esto todo justo teme no sea que el bien que practica sea reprobado en los ojos de Dios por alguna intención del alma.

CAPITULO XXVIII

De las sensaciones del cuerpo.

460. Por los sentidos corporales se desliza la enfermedad del alma. Por eso dice el Señor por el Profeta (Jer. 1, 15): *Yo convocaré todos los pueblos de los reinos del Norte: y vendrán y cada uno de ellos pondrá su pabellón a la entrada de las puertas de Jerusalén.* Los reinos del Aquilón o Norte son los vicios, que ponen su pabellón en las puertas, cuando por los sentidos corporales introducen mancha en el alma; y por esto reinan en las mismas puertas, es decir, en los mismos sentidos.

461. Porque no pecamos de otro modo sino viendo, oyendo, oliendo, gustando y tocando. Por lo cual se dice en otro lugar (Jer. 9, 21): *La muerte ha subido por nuestras ventanas.* Y en otra parte (Abdi, II): *Los extranjeros entraban en sus ciudades y echaban suertes sobre Jerusalén.* Porque extranjeros son los espíritus inmundos, los que como por unas puertas se deslizan por los sentidos corporales en el alma y con halagos la vencen.

CAPITULO XXIV

De la conversación.

462. Si no evitamos los pequeños vicios de las palabras, resbalamos en un gran crimen de lengua; y si cometemos deliberadamente y sin miedo algunos hechos no graves, caemos en otros más importantes y en la horrenda costumbre de pecar.

463. Así como la estulticia de los charlatanes es reprendida frecuentemente, así también el demasiado callar se nota de vicio. Porque aquellos, soltando mucho la lengua, dan en el escollo de la liviandad, éstos, con callar demasiado, no son útiles.

464. Los no peritos, así como no saben hablar, así no pueden callar. Porque sin enseñanza del entendimiento, locuaces, hacen ruido con las palabras y no dicen nada digno.

465. Tanto como los proficientes temen los crímenes de falsedad, tanto los varones perfectos evitan las palabras ociosas. Porque como dijo uno: Así como se da cuenta de una palabra ociosa, así se castiga con pena la palabra injusta.

466. Palabras vanas no deben haberlas en boca de cristianos. Pues al modo que los buenos discursos corrigen las malas costumbres, así los malos corrompen las buenas.

467. Pónese guarda a la boca cuando cada uno confiesa que es, no justo, sino pecador, que es más verdad.

468. Mano pone sobre la lengua quien con obras buenas tapa los excesos de la lengua. Mano pone sobre la boca quien tapa con velo de bien obrar las culpas de mal hablar.

469. Quien habla las cosas pertinentes a Dios y no las hace, aunque para sí es inútil, no obstante es provechoso a los oyentes.

470. Quienes afectan alabarse de sabios, oigan al Profeta (Isa. V, 21) que habla: *¡Ay de vosotros los que os tenéis por sabios en vuestros ojos, y por prudentes allá en vuestro interior!* Rectamente habla por sentencia quien siente el gusto del interno sabor de la verdadera sabiduría. Que de sentir dícese sentencia. Y por esto, los arrogantes que hablan sin humildad, hablan sólo por ciencia, no por experiencia.

471. Pues aquel sabe y gusta que gusta bien y según Dios.

472. Para vergüenza propia hablan los doctores, si en tanto que con sabiduría han dicho las cosas, las dicen con demasiada elocuencia. Porque la sabiduría se horroriza de la espumosa redundancia de palabras y del humo de la mundana elocuencia sobreadornada con ampulosas palabras.

473. Algunos curiosos deleitanse oyendo a cualesquiera sabios, no para buscar de ellos la verdad, sino por conocer la facundia de lenguaje de ellos, a estilo de los poetas, quienes buscan más la armoniosa composición de las palabras que la sentencia expositiva de la verdad.

474. De cuatro maneras es el razonamiento del discurso, pues es de prever qué, a quién, cuándo y en qué forma se diga.

475. Asimismo de cuatro maneras es la forma de decir: bien diciendo bellamente lo que bellamente se siente; bien no diciendo nada porque nada se siente, o haciendo ostentación de locuacidad sintiendo poco o diciendo sin elegancia lo que se siente y entiende óptimamente.

476. Porque habla bien de lo bueno quien con humildad aparece anunciando lo que es recto. Mal habla de lo malo quien trata de persuadir un crimen. De lo bueno habla mal quien se ve que predica con arrogancia alguna cosa recta. De lo malo habla bien quien tratando de algún vicio lo detesta, para que los hombres se alejen de él.

477. Habla bien con el corazón quien no simula caridad. Habla bien con la boca quien anuncia la verdad. Habla bien con las obras quien edifica a los prójimos con buenos ejemplos.

478. Habla mal con el corazón quien piensa y medita interiormente pensamientos dañinos. Habla mal con la lengua quien es castigado por lo malo que hace y murmura quejándose. Habla mal con las obras quien viviendo mal, con sus ejemplos enseña a otros para mal proceder.

479. Habla bien una vez quien se reprende arrepentido. Habla bien dos veces quien viviendo bien instruye a los demás.

480. Habla mal una vez quien después del vicio se corrige pronto. Habla mal dos veces quien vive mal y enseña lo malo. También habla mal dos veces quien piensa mal y refiere los malos pensamientos. También habla mal dos veces quien no hizo el bien que debió y cometió lo malo que no debía hacer.

481. Los malos responden con males y con molestias por los bienes y por las atenciones más finas. Los buenos corresponden con bienes por los males y con prosperidad por las contrariedades.

482. Contra los dicterios de la lengua hay que presentar la fortaleza de la paciencia, para que la tentación de la palabra, que ataca por fuera, se retire vencida por la virtud fuerte de la tolerancia.

483. No todo el que sufre oprobios es justo, sino el que siendo inocente padece por causa de la verdad; ése es justo y no otro.

484. En medio de los vituperios y oprobios de los hombres el alma justa se hace fuerte con este remedio: que tanto más sólidamente esté fija en Dios interiormente, cuanto más despreciada se vea exteriormente en los sentires humanos.

485. Quien con ánimo comunica las injurias que se le han inferido, abre el dolor del corazón y con facilidad arroja el veneno que está hirviendo en el ánimo.

486. Porque las heridas del alma descubiertas se curan pronto; cerradas atormentan demasiado.

487. Quien con pecho cerrado tapa el dolor de la injuria, cuanto más reprima la lengua con el silencio, tanto más nutre interiormente un dolor más acre. Por tanto dijo verdad un poeta gentil: "El fuego cuanto más cubierto, tanto más abrasa". La herida no abierta es dolorosa y duradera, porque vive escondida en lo interior.

CAPITULO XXX

De la mentira

488. Los mentirosos consiguen no ser creídos aun cuando dicen verdad. Porque la mucha falsedad hace con frecuencia a un hombre sospechoso hasta en la verdad.

489. Quien dirá falsedades, muchas veces adelanta algunas verdades a fin de que tan luego como haya adquirido crédito, haga crédulos a los oyentes de las restantes mentiras.

490. A muchos lo que es falso parece ser verdad; y a causa de esto hablan mentira, no por cuenta de Dios, sino por cuenta propia.

491. Algunas veces la falsedad anda mezclada con la verdad, y hasta las más veces comienza por verdad el que compone falsedades.

492. Ocúltanse frecuentemente los venenos envueltos con miel de palabras y el engañador simula la verdad por tanto tiempo, cuanto necesita para engañar mintiendo. A veces es peor meditar la mentira que hablarla, porque algún incauto suele decir de vez en cuanto una mentira por precipitación: pero el meditar la mentira no es posible más que por empeño. Luego es manifiesto que es más grave el mentir por empeño que el mentir sólo por precipitación.

493. Con sumo cuidado hay que guardarse de toda mentira; por más que algunas veces haya una clase de mentiras más leves de culpa, como cuanto uno miente por favorecer la salud de lo hombres. Pero como está escrito (Sap. 1, 11): *La boca mentirosa de muerte al alma, y* (Ps. 5, 7): *Tú perderás a todos aquellos que hablan mentira*; tam-

bién esta clase de mentiras la huyen muy cuidadosamente los varones perfectos: de modo que ni para defender la vida de alguien emplean falacia, por no dañar a la propia alma mientras están ocupados en favorecer la vida corporal ajena. Aunque creemos que esta clase de pecado se perdona con suma facilidad. Porque si cualquiera culpa se purga mediante la pena siguiente, ¿cuánto más fácilmente se limpiará ésta al ir acompañada de la misma pena?

494. Muchas mentiras dicen y fingen los hombres con motivo de las humanas alabanzas, y así sucede que éstos perecen mintiendo, y a los que alaban guíanlos al abismo de la vanagloria.

495. Así como el que tiene tranquilidad de conciencia no teme los ultrajes de la lengua, así el que de otro es alabado no debe poner atención al error de la ajena alabanza; sino cada uno busque más el testimonio de su conciencia, a la que está él más presente que quien le alaba.

496. *Examine cada uno sus propias obras,* como dice el Apóstol (Gal. 6, 11), *y así tendrá motivo de gloriarse en sí mismo solamente y no respecto de otro*, es decir en lo oculto de su conciencia, no en la pública alabanza ajena.

497. Los perfectos, que están profundamente arraigados, aunque se tuerzan un poco al empuje del soplo elogioso y del vituperio por el ímpetu de los vientos, no quedan del todo caídos en el suelo, sino que por la firmeza de la raíz pronto vuelven a su posición.

498. El alma buena no se entrega al mal ni por premios ni por amenazas. Porque los inicuos mezclan el terror con los halagos, para engañar a alguno con blanduras o quebrantarle con terrores.

499. El que es alabado queda inscrito en el corazón de los oyentes; dado que sea alabado de veras y no fingidamente, es decir, si son verdaderas las cosas de él contadas.

CAPITULO XXXI

Del juramento

500. Como no puede mentir quien no habla, así no puede perjurar quien no quiere jurar. Hay pues que precaver el juramento y no hà de usarse más que en caso de necesidad.

501. No es contrario al mandamiento divino el juramento; pero si adquirimos la costumbres de jurar, incurriremos en crimen de perjurio. Por tanto nunca jamás jure quien tiene miedo de perjurar. (Causa 22, q. 4 a Grat).

502. Muchos, mientras hablan, se recrean en jurar siempre, siendo así que en la boca debía andar sólo esto: *sí, si; no, no* (Math. 5, 37). *Porque lo que pasa de esto de mal principio proviene.*

503. Muchos con el fin de engañar perjuran: pretenden acreditar su palabra por la fe del juramento; y así mintiendo y engañando mientras juran, engañan al hombre incauto.

504. Algunas veces somos también engañados por fingidas lágrimas, y porque lloran se da crédito a quienes no debía darse crédito.

505. Muchas veces disponemos hablar sin juramento; pero por la incredulidad de los que no creen lo que decimos, nos vemos precisados a jurar, y por esta tal precisión de jurar adquiérese costumbre.

506. Hay muchos que son tardos en dar créditos, que no se mueven a creer la palabra. Pero quienes obligan a jurar a los que les hablan, pecan gravemente.

507. Sea cual fuere el artificio de palabras con que uno jura, Dios que es testigo de la conciencia conoce y así lo acepta tal cual lo entiende aquel a quien se jura. Pero es doblemente reo quien no sólo toma el nombre de Dios en vano, sino que también caza con dolo al prójimo (Causa 22, q. 5 a Grat.)

508. No se debe observar el juramento promisorio de cosa mala hecho incautamente, por ejemplo: si alguien prometiese a una adúltera permanecer con ella perpetuamente. Porque más tolerable es no cumplir el juramento, que permanecer en el crimen de estupro. (Causa 22, q. 5 a Grat.)

509. El jurar de Dios es aquella providencia por la que determinó no arrancar sus mandatos. El arrepentimiento en Dios es la mudanza de las cosas, como el no arrepentirse es no revocar lo estatuído, tal como aquello (Ps. 109, 4): *Juró el Señor, y no se arrepentirá,* esto es, lo que juró no lo mudará.

CAPITULO XXXII

De los vicios

510. El hombre que se aparta de Dios es al punto entregado en poder de los vicios, para que al experimentar los vicios contrarios, se arrepienta, volviendo al puesto de que ha caído.

511. Pues los santos trabajan con todo esmero en vencer los vicios y no los extinguen, ¿qué hacen los que no sólo no aborrecen los vicios, antes los siguen con todo apasionamiento?

512. Con bastante delicadeza se trata quien pretende vencer los vicios sin trabajo, cuando la inclinación o ley del pecado, que se impuso al estar sirviendo a los vicios, no es posible cortarla sin violencia dolorosa.

513. Perfectamente renuncia a un vicio quien evita la ocasión de perpetrar el pecado. Porque si sólo quieres no pecar, y puesta la ocasión pecares, para ti eres ya reo, ya juez: porque condenas lo cometido y cometes lo condenado. Mas el reo es su juez si los vicios los acusa y los perpetra.

514. Algunos vicios, como no se eviten perfectamente, hacen que sus hacedores vuelvan a reincidir en los mismos. De modo que si un vicio se evita diligentemente y los otros se descuidan, resulta vano el trabajo. Porque no se puede perseverar en la observancia de una virtud cuyos vicios contrarios dominan en el corazón.

515. Algunas veces los vicios persiguen al hombre, a saber: quien antes se los hizo socios por quererlos, después los experimenta aguijoneadores sin querer.

516. Algunos no caen en el error de los vicios antes que hayan perdido los ojos internos de la razón; como sucedió a Sansón, que no estuvo atado a la máquina por los Filisteos antes, sino después que le hubieron sido arrancados los ojos.

517. Otros teniendo vigorosa la razón son vencidos por el asalto de los vicios y así después pierden la intención de las obras buenas. Como hizo el Rey de Babilonia, quien primero mató los hijos de Sedecías en presencia de éste, y después le sacó los ojos, y de este modo en algunos piérdese aun la razón después de los hábitos de las malas obras y de la muerte de las buenas.

CAPITULO XXXIII

Los vicios nacen de los vicios y las virtudes nacen de las virtudes

518. De tal manera se originan los pecados del pecado, que no evitando los pequeños se cae en los mayores: y defendiendo los cometidos, y no llorándolos, se camina del crimen a la soberbia. De donde resulta que es reo de doble pecado quien admite voluntariamente los crímenes y los defiende por el tumor de la contumacia.

519. De un vicio nace un vicio, como de una virtud otra virtud. Porque de un vicio nace otro vicio, como se vio en David, quien al no evitar el adulterio, también perpetró homicidio.

520. Así también una virtud nace de una virtud, como por la virtud de la predicación del Evangelio merecieron los Apóstoles la virtud y fortaleza del martirio.

521. En el corazón de quienes viven mundanamente los vicios sucédense juntamente, de modo que al marchar uno le sucede otro, conforme a la palabra de Joel, 1, 4, que dice: *Lo que dejó la oruga se lo comió la langosta, y lo que dejó la langosta se lo comió el pulgón, y lo que dejó el pulgón, se lo comió el añublo*. Por tantos los vicios represéntanse bajo la alegoría de estas calamidades, puesto que sigue: *Despertad, oh ebrios, y llorad.*

522. Alguna vez útilmente se cae en los vicios menores para evitar mejor los mayores. Lee al Apóstol Pablo cuando permite unos pecados menores para que no se perpetren mayores. Pero en verdad se curan los vicios que son excluidos por las virtudes, no por los vicios. Sucede empero que los vicios ocultos de algunos entonces se descubren, cuando dejan el puesto a otros vicios.

CAPITULO XXXIV

Del mal empleo de las virtudes

523. Alguna vez también el usar mal las virtudes engendra vicios. Sucede esto por el desmesurado apetito del ánimo, al cual no le es bastante el don que obtuvo, sino que ha de buscar además alabanzas o lucros condenables.

524. Otras veces las virtudes engendran vicios, cuando a su tiempo y sazón debidos no se divierten, viniendo a suceder que en lugar congruo son virtudes las que en el inconveniente se tienen por vicios. Por ejemplo: si por celebrar la llegada de un hermano, no se levanta el ayuno acostumbrado.

525. A discernir las virtudes aprende del Apóstol Pablo, quien en su día practicó lo que prohibió terminantemente que se hiciera.

526. Asimismo hay virtudes, que de no regularse por la discreción, pasan a ser vicios. Pues muchas veces la justicia, que se excede de su justo módulo, origina cruel venganza; la demasiada compasión disuelve la disciplina; el excesivo celo, cuando pasa de la prudencia, llega a ser vicio de ira; la desmedida mansedumbre engendra la perezosa inacción.

527. Más la discreción del varón prudente mira con solicitud para no practicar destempladamente lo bueno y para no pasar de la virtud al vicio.

528. También en otros un vicio se origina de una virtud, si por ejemplo, se vanagloria uno de la castidad y abstinencia. Como también el que da por vanidad una limosna de una virtud hace un vicio. Y asimismo el que se deja dominar de arrogancia por motivo de la sabiduría, y el que apetece recompensa por la justicia, y el que convierte en alabanza propia algún don conseguido de Dios, o que lo emplea para usos malos, sin duda transforma una virtud en un vicio.

529. Algunos hombres alimentan vicios con virtudes y por los vicios se pierden. Y Dios con arte de omnipotencia otras veces da forma a las virtudes sacándolas de nuestros vicios, con las cuales nos reforma de nuestra iniquidad.

CAPITULO XXXV

De las virtudes simuladas.

530. Algunos vicios presentan formas de virtudes y engañan de este modo con mayor daño a los seguidores de ellos, ya que se cubren con capa de virtudes. Porque los vicios que desde luego aparecen como contrarios a las virtudes, cuando al público se manifiestan, pronto son castigados; con lo cual sus secuaces se avergüenzan de tales crímenes.

531. Mas los carnales con frecuencia por causa de la insensibilidad del alma, no conocen que un vicio es culpable y que es digno de condenación.

532. Más: algunos vicios parecen ser especies de virtudes, pero con todo no son virtudes. Porque algunas veces so pretexto de justicia es crueldad lo que se hace, y se tiene por virtud lo que en limpio es vicio, por ejemplo: tener por mansedumbre la perezosa dejadez; y lo que es obra de indolente negligencia se achaca a piadosa indulgencia. También alguna vez el vicio de prodigalidad tiene parecido con la virtud de la largueza, y la avaricia con la virtud de la parquedad; el defecto vicioso de contumacia se cubre como la virtud de la constancia. Item más: el miedo escóndese bajo la forma de obediencia y se llama virtud de humildad lo que en puridad es temor vicioso. Y la procacidad del tono de voz se toma como en favor de la libertad verdadera, y el vicio de la pereza remeda la virtud del reposo. Además la iniquidad viciosa busca ser llamada solicitud, y la ligereza de la precipitación es tenida por entusiasmo de buen deseo, como también la tardanza en bien obrar parece ser detenimiento en el consejo, siendo así que esto es virtud y aquello vicio. De este modo pues los vicios remedan la forma de las virtudes, y de ahí que algunos confían ser justos por lo mismo que son muy reprobados.

533. Un apropiado modelo de vicios se tiene en la manera de ser del ladrón. Porque así como el ladrón sale de su escondrijo y se junta con los caminantes, fingiendo ser compañero hasta engañar al desprevenido, y cuando de súbito se manifiesta, manifiéstase claro como ladrón perverso; así mézclanse a veces los vicios con las virtudes peligrosamente, hasta tanto que arrebatan toda la eficacia de la obra buena en sus actos, y el alma que se complacía por las virtudes se halla decepcionada con vicios merecedores de condenación.

CAPITULO XXXVI

De la codicia de las virtudes

534. Con dificultad subimos a las virtudes, sin trabajo caemos en los vicios. Porque éstos están abajo, aquellas empinadas. Y tenemos que sudar mucho para que podamos subir al cielo.

535. Así como los que aspiran a subir a la cima de las virtudes no empiezan por las alturas, sino por los actos pequeños, para llegar poco a poco a los más altos; así también los que se deslizan en los vicios no empiezan desde luego por grandes crímenes, sino que se acostumbran en los pequeños y luego caen en los máximos.

536. De la manera que un hombre cae desde los pequeños vicios en los máximos, así de las pequeñas virtudes sube gradualmente a las que son excelsas.

537. Mas quien desordenadamente se empeña en alcanzar las virtudes, pronto está en peligro. Este es el motivo porque en la naturaleza cuanto más rápidamente adquieren las cosas el perfecto desarrollo, tanto más deprisa se acaban, como sucede con las hierbas, que tanto más deprisa perecen, cuanto más deprisa crecen. Y de contario modo los árboles de profundas raíces son de más larga duración por motivo de que llegan gradualmente a su completo desarrollo.

538. Nada aprovecha hacer algo bueno mezclado con algo malo; pues primero se ha de quitar lo malo, después se ha de ejercitar lo bueno. Esto es lo que indica el Profeta (Isa, 1, 16) diciendo: Apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, *cesad de obrar mal, aprended a hacer bien.*

539. En el hombre antes deben extirpase los vicios, después deben sembrarse las virtudes. Porque no es posible que se junten y estén unidos la verdad con la mentira, el pudor con la petulancia, la fidelidad con la perfidia, la castidad con la lujuria.

540. Hay unas virtudes sumas y otras medianas (consistentes en un medio). Son virtudes supremas la Fe, Esperanza y Caridad. Porque quienes las tienen, ciertamente las tienen de veras. Y las otras virtudes son medianas (o medias) porque pueden tenerse para provecho y para perjuicio, si con arrogancia alguno se hinchare de ellas, como son la doctrina, el ayuno, la castidad, la ciencia, o las riquezas temporales, de todas las cuales puede hacerse uso tanto bueno, como malo.

541. Quien de malo haya comenzado a ser mejor, tenga cuenta de no engreírse por las virtudes alcanzadas, no sea que caiga por las virtudes más gravemente que cuando antes yacía en tierra por el resbalón de los vicios.

542. Dios a quien justifica le da unos dones de virtud y oros retira para que no se engría otra vez por las virtudes, a fin de que cuando la mente se envanece por lo que posee, al punto sea humillada, por aquello que conoce no tener de ningún modo.

543. Quienquiera que inspirado por la gracia del cielo está levantado a las virtudes, si moderando la mano Dios, se ve reprimido por alguna adversidad para que no se enorgullezca de las virtudes adquiridas, no debe quebrantarse; porque también el sobrellevar con ecuanimidad ser humillado con adversidades no hay duda que es grande virtud.

CAPITULO XXXVII

De la lucha de las virtudes contra los vicios.

544. Los varones santos entonces se limpian con más verdad del diluvio de los vicios, cuando oponen sendas virtudes contra sendos vicios. Algunas veces luchan los vicios con las virtudes para provecho, para que con la misma lucha sea el alma ejercitada, o para que el ánimo convertido de la soberbia se encoja.

545. Contra los impulsos de los vicios hase de luchar con las virtudes contrarias. Así contra lujuria hase de presentar la pureza del corazón; contra el odio hase de preparar dilección; contra la ira hase de preparar paciencia. Además contra el temor hase de ofrecer la virtud de la confianza; contra la pereza la diligencia del celo; también ha de oponerse a la tristeza el gozo; a la acidia la fortaleza; a la avaricia la largueza; a la soberbia la humildad. Y de este modo cada una de las virtudes reprime los vicios que nacen contrarios a ella y apaga los movimientos de las tentaciones por virtud de la caridad divina.

546. Con abstinencia doma la lujuria: porque cuanto el cuerpo está quebrantado por falta de comida, tanto el alma está más apartada del apetito vedado.

547. La tolerancia lucha contra la ira; pues la ira a sí misma mata; mientras que la paciencia aguantando consigue la victoria.

548. El abatimiento de la tristeza se vence con la esperanza del gozo eterno, y aquel a quien la mente turbada afecta por lo exterior, la dulzura de la tranquilidad interior se lo suaviza.

549. Contra la envidia prepárese caridad, y contra los incendios de la ira preséntese la tranquilidad de la mansedumbre.

550. Pero los soberbios imitan la soberbia del diablo, contra la

cual se opone la humildad de Cristo, por la que se humillan los soberbios.

551. La reina y madre de los siete principales vicios es la soberbia, y los mismos siete vicios capitales engendran muchos vicios, los que están como emparentados entre sí, de suerte que uno nace de otro.

552. Así como la soberbia, cabeza principal de los siete vicios, nos sujeta a los poderes de ellos; así Cristo lleno de septiforme gracia nos saca del dominio de los vicios, y a los que aquella sujeta con siete vicios, éste libra con el don de la gracia septiforme.

CAPITULO XXXVIII

De la soberbia

553. La soberbia es más mala que todos los vicios, o porque quienes la tienen son los primeros y más altos personajes, o porque brota de las obras justas y virtuosas y se tiene en menos su culpa. Al contrario, de la lujuria carnal, que a todos se hace notoria porque de suyo es torpe cosa; y no obstante en la balanza de Dios es menor que la soberbia. Pero quien está sujeto por la soberbia y no lo siente, cae en lujuria carnal, para que humillado por ésta, se levante, no sólo de la confusión, sino también de la soberbia.

554. Todo el que peca es soberbio, porque al hacer lo prohibido, tiene en poco los divinos preceptos. Luego es normal que el inicio de todo pecado es la soberbia; porque si no hubiera procedido la desobediencia de los mandamientos de Dios, no se siguiera la culpa de la transgresión.

555. Toda soberbia yace tanto más en lo profundo, cuanto más alto se erige, y tanto cae más profundamente, cuanto a más alto se levanta. Porque quien se yergue por la propia soberbia, es doblegado por la divina justicia.

556. Los que se hinchan con soberbia se alimentan de aire. Por lo cual dice el Profeta (Jer. 22, 22): *De viento se alimentan todos tus pastores*, es decir, del viento de la soberbia.

557. Quienes de sus virtudes es ensorbecen han de ser juzgados por las mismas obras de que abusan como virtudes; porque hacen una cosa buena con voluntad no buena. Y en verdad toda virtud no acompañada de humildad y caridad se reputa vicio.

558. El diablo por soberbia se despeñó de la felicidad suprema. Por tanto quienes se enaltecen de las virtudes, imitan al diablo; y por lo mismo más hondo caen, ya que desde lo excelso se precipitan.

559. La soberbia, así como es origen de todos los crímenes, así es ruina de todas las virtudes. Porque ella es primera en el pecado, y en la contienda la postrera; ella o al comienzo derriba el alma mediante el pecado, o al final la arroja de las virtudes. Por esto es el mayor de todos los pecados, ya que acaba con el alma tanto por medio de las virtudes, como por medio de los vicios.

560. Lo mismo es nacer la soberbia que caer en soberbia, para que a los soberbios no resulte una cosa la culpa y otra la pena, sino que la misma culpa les sea pena.

561. De la soberbia nace la arrogancia y no de la arrogancia la soberbia. Pues si no procediese una oculta soberbia de la mente, no se seguiría la manifiesta jactancia de alabarse. Así pues la soberbia se antepone a la arrogancia en cuanto a culpa, lo mismo que le es anterior por origen.

562. Muchas veces para corrección de la soberbia, por providencia de Dios, algunos tienen una caída, por la que saben reprenderse humildemente a sí mismos y apetecen no ser alabados por los dones de Dios; antes bien alaban a Dios de quien han recibido los dones por los que quieren ser alabados.

563. Al arrogante más útil es caer en un vicio cualquiera y después de la caída estar humilde ante Dios, que no el ensorberbecerse por la hinchazón y recibir por la soberbia una mayor condenación de la caída.

CAPITULO XXXIX

De la lujuria

564. Frecuentemente del pecado de la soberbia se pasa a las abominables inmundicias de la carne. Porque de lo uno pende lo otro: que así como por la humildad del alma se pone a salvo la castidad de la carne, así por la soberbia del alma se va a la prostitución de la lujuria. Pero Dios algunas veces castiga una oculta soberbia del alma con una manifiesta caída carnal.

565. Que la inmundicia libidinosa nace de oculta soberbia del ánimo consta por el ejemplo del primer hombre, quien al momento que se hinchó con soberbia en contra de Dios, al punto sintió la carne libidinosa y tapó las vergüenzas. Por tanto achàquese cada uno a culpa propia cuantas veces sea vencido por la lujuria; porque si no hubiera precedido latente soberbia, no seguiría la aparente caída de la lujuria.

566. A veces el cristiano es atacado por el diablo con los dos vicios, en lo oculto por soberbia, en público con lujuria. De modo que en tanto uno evita la lujuria, cae en la soberbia, y cuando incautamente se aparta de la soberbia, cae perezosamente en la lujuria; y así del oculto vicio de la soberbia se va al manifiesto de la lujuria, y del manifiesto de la lujuria al oculto de la soberbia. Pero el servidor de Dios pesando discretamente ambos extremos, de tal modo se guarda de la lujuria, que no incurra en soberbia, y de tal modo comprime la soberbia, que no de suelta al ánimo para la lujuria.

567. A los lujuriosos y soberbios fomentan los demonios más, y por más que los espíritus malignos sirven con diligencia en los otros vicios, sin embargo en éstos se juntan con mayor familiaridad y más y más les sirven según el deseo.

568. Por estos dos vicios principalmente domina el diablo al linaje humano, esto es, por la soberbia de la mente y por la lujuria de la carne. Por lo cual el Señor habla también en Job diciendo del diablo: "*Duerme a la sombra en lo escondido de un cañaveral, en tierras mantillosas*" (40, 16). Por la caña se expresa la vana soberbia, y por las tierras húmedas la lujuria carnal. Pues por estos dos vicios tiene el diablo posesión del género humano cuándo al levantar el alma con soberbia, cuando al corromper el cuerpo con lujuria.

569. Son muchos los esclavos de la lujuria, y con soberbia contumaz se vanaglorían de los mismos actos de lujuria, de suerte que están más engreídos por lo mismo que debían andar más corridos.

570. Es aún peor por comparación con lo malo cuando, no sólo se cometen crímenes, sino que también los perdidos se enorgullecen con vanas alabanzas de los mismos crímenes, como está escrito. (Ps. 12, 3): *el pecador se jacta en los deseos de su alma*. Pues ¿qué cosa peor que el gozarse los miserables en los crímenes de los que deben ya llorar más copiosamente?

571. La lujuria se busca más entonces cuando se ve. Pues como dijo un sabio: "Los primeros dardos de la fornicación son de los ojos;

los segundo de las palabras"; porque es bastante la naturaleza cuando el afecto está aún libre.

572. Quien refrena el placer de la sugestión libidinosa, no pasa a consentirlo. Con prontitud resiste el pecado de obra quien no se presta al placer que le está solicitando.

573. Más duramente es combatido con tentaciones carnales quien está tentado hasta el consentimiento, aunque no llegue a la perpetración, que aquel que se ve solicitado tan sólo por la sugestión, según su condición.

574. Los estímulos de la carne que estaban en Pablo excitándolos el ángel de Satanás, eran de la condición del pecado, que habitan en los miembros de lo hombres de condición libidinosa. Cuánto se perfecciona el que lucha en sí contra la inclinación rebelde, y de la flaqueza de la solicitación lujuriosa saca la fortaleza de una gloriosa contienda.

575. A los servidores de Dios la carne promueve muchas contiendas; pues aunque su intención esté inconcusa en el amor de Dios, empero la mente sufre internas batallas de la carne que lleva en lo exterior. Mas Dios, que las permite para prueba, no abandona a los suyos, protegiéndoles la gracia.

576. Alguna vez los elegidos caen en algún pecado carnal para que sanen del pecado de soberbia de las virtudes con que están hinchados. Y para que se levanten, sean humillados por el pecado carnal y caigan los que son soberbios por los afectos de las virtudes.

577. Antes de que un adulterio se cometa de hecho, el adulterio ya está presente en el pensamiento. Porque del corazón deben quitarse primeramente las fornicaciones y no prorrumpirán a las obras. De aquí que esté dicho por el Profeta: *"Ceñíos vuestros lomos, sobre vuestros pechos o mamas"* (Is. 32, 11). Esto es: cortad de vuestro corazón la lujuria, la cual corresponde a los lomos. Pues el corazón está sobre los pechos, no en los lomos.

578. La inmoderada licencia de la lujuria no sabe guardar modo. Porque cuando el ánimo vicioso se ha relajado para cometer fornicación, estando la carne agitada de lujuria, pasa también a otros crímenes nefandos por incitación de los demonios, y cuando ha traspasado todos los términos del pudor, añade crimen a crimen y poco a poco llega a los peores.

579. No es tan suave la inexperta, como la experimentada lujuria carnal de los amantes, o mejor dicho, de los amentes; y no deleita

tanto la fornicación cuando por vez primera se comete, pues repetida proporciona mayor deleite.

Ahora bien, si llega a ser habitual, se hace tan dulce a los perdidos que es difícil vencerla. Por lo cual muchas veces, a causa de la costumbre de pecar, como cautivos, con cierta violencia, son arrastrados a pecar; y sienten rebelarse los sentidos en contra de la recta voluntad.

580. Si al alma deleita el placer de la fornicación más que el amor de la castidad, todavía en aquel hombre reina el pecado. Y ciertamente si la hermosura de la íntima castidad es más deleitosa, ya no reina el pecado, reina la justicia. Porque el pecado reina en el hombre, no sólo por la fornicación cometida, sino reina sin duda cuando todavía deleita y ocupa el ánimo (Causa 32 q. 7 a Grat).

581. La fornicación de la carne es un adulterio; la fornicación del alma es servidumbre de ídolos. Peor hay asimismo una fornicación espiritual, según lo que dice el Señor (Math. 5, 28): *Cualquiera que mirara a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón.*

582. Llámase fornicación toda asquerosa polución, aunque uno se prostituya por diverso placer de torpeza. Porque varios crímenes se engendran del deleite de fornicar, con los que se cierra el reino de los cielos y el hombre es apartado de Dios.

583. Entre los siete restantes vicios, la fornicación es crimen máximo; pues por la inmundicia carnal viola el templo de Dios, y abusando de los miembros de Cristo los hace miembros de una prostituta.

584. El género humano está más sujeto al demonio por la lujuria carnal, que por los otros vicios. Porque tratando él de pervertir a los hombres solicitados con tentaciones varias, lo que más sugiere es el deseo de fornicar, ya que conoce que ambos sexos están enfermos preferentemente de este vicio.

585. Conociendo los demonios que la castidad es hermosura del alma y que mediante ella el hombre se iguala a los merecimientos angélicos, de donde ellos cayeron, atacados de furiosa envidia inyectan por los sentidos corporales el deseo y los actos libidinosos, con el ánimo de arrastrar el alma caída de las alturas celestes al fango y burlones llevar consigo a los infiernos a los que vencieron.

586. Cuando el alma está empujada por impulso demoníaco al deleite de la fornicación, pónganse ante los ojos del alma el miedo del juicio divino y los tormentos del fuego eterno; porque toda pena se

vence con el miedo de más grave suplicio. Pues así como un clavo saca otro clavo, así no pocas veces el recuerdo del fuego infernal apaga el ardor del fuego de la lujuria.

587. Hay algunos que viven lujuriosamente en la juventud y se ilusionan con que se harán continentes en la senectud, y eligen ponerse al servicio de la castidad, cuando ya la lujuria los desprecia como esclavos.

588. En manera alguna han de llamarse continentes en la senectud quienes vivieron lujuriosamente en la juventud. No tienen premio los tales, pues no han sostenido lucha, y la gloria sólo espera a los que lucharon con denuedo laboriosas batallas.

CAPITULO XL

De la continencia.

589. La continencia Dios la da: pedid y recibiréis. Y entonces es otorgada cuando es Dios llamado con interiores gemidos.

590. La virginidad está preferida al matrimonio: bueno es éste, aquella óptima. El matrimonio está permitido, la virginidad sólo aconsejada, no impuesta. Mas por esto tan solamente aconsejada, porque es demasiado excelsa.

591. La virginidad es un doble bien, porque no sólo quita en esta vida las solicitudes seculares, sino que además en la futura recibe un premio eterno de la castidad.

592. Las vírgenes tienen en la vida eterna mayor dicha, como atestigua Isaías (56, 4, 5): *Esto dice el Señor a los eunucos: A los que observaron mis sábados... les daré un lugar distinguido en mi Casa, y dentro de mis muros, y un nombre más apreciable que el que les darían los hijos e hijas.* Y no hay duda que los que perseveran castos y vírgenes se equiparan con los ángeles de Dios.

593. Debe ser amada la hermosura de la castidad, cuyos deleites gustados encuéntrase que son más dulces que los de la carne. Porque la castidad es el fruto suavísimo y la intacta belleza de los Santos. La castidad es seguridad del alma y salud del cuerpo. Tanto que leemos de algunos gimnastas gentiles que practicaban perpetua continencia para no debilitar con la lujuria sus fuerzas. Porque la vida lujuriosa

debilita pronto el cuerpo y una vez quebrantado los envejece deprisa, aceleradamente.

594. Todo pecado por la penitencia recibe curación de la herida; la virginidad empero, si se pierde, no hay modo de que sea reparada. Pues aunque, mediante la penitencia, reciba el fruto del perdón, con todo nunca recibe la incorrupción primitiva.

595. El virgen de cuerpo y no de alma ningún premio tiene en la repromisión. De ahí que a las vírgenes fatuas, cuando el Salvador venga a juicio, díceles (Math. 25, 12): *En verdad os digo que yo no os conozco*. Pues cuando el juez encuentre el alma corrompida, indudablemente condenará la incorrupta carne.

596. Nada aprovecha la integridad del cuerpo donde no hay integridad de alma. Y de nada vale estar limpio de cuerpo a quien está manchado de alma.

597. Son muchos los réprobos que desconocen el contagio de la corrupción carnal, los cuales así como son infecundos corporalmente, así son estériles de alma y de la fecundidad del bien obrar: éstos se alegrarían rectamente de la virginidad, si no estuviesen al servicio de otras malas obras.

598. Cualquiera que profesa continencia y no se libra de los otros deseos terrenos, aunque no esté manchado por la carnal lujuria, sin embargo le manchan diversas obras del trato mundano.

599. Los vírgenes que se jactan de sus méritos, son comparables a los hipócritas, que apetecen por fuera la gloria de bien obrar, que humildes debieron tener en la conciencia. Así es que estos tales no llegan a conseguir las celestiales promesas; porque ellos mismos se quitan el premio de la virginidad por el pecado de orgullo. Esto se significa en el Evangelio diciendo que unas vírgenes no tenían aceite en las lámparas, es decir, no tenían en la conciencia el testimonio del bien obrar, sino que se jactaban aparentemente delante de los hombres, no delante de Dios en su corazón.

600. La ruina del hombre caído se sostiene con el apoyo del matrimonio, y es mejor casarse que perecer en el fuego de la lujuria.

601. Para algunos es agradable el honor conyugal, no para engendrar hijos, sino que lo apetecen por la turbulenta y lujuriosa costumbre carnal, y así hacen mal uso de lo bueno.

602. Los vicios son malos de por sí, los matrimonios y los poderes cierto que son buenos de por sí; mas se tornan malos por circunstancias de que están rodeados. Los matrimonios, por ejemplo, son

malos por lo que dice el Apóstol: *"Mas quien está casado piensa en las cosas del mundo"* (1 Cor. 7, 33). Y *"por precaver la fornicación cada uno tenga su mujer"* (1 Cor. 7, 2). Del mismo modo las especies de potestad se tornan malas por la soberbia, por la opresión y también por la prevaricación de la justicia. Que si dañan las riquezas, si dañan también los poderes, más es por lo que se les yuxtapone y no de suyo; como en un camino recto en cuyos bordes nacen espinas, que ensanchándose por la margen, punzan a los que andan por el camino.

CAPITULO XLI

De la ambición y codicia

603. Nadie puede acometer las batallas espirituales, si antes no ha domado los deseos carnales.

604. El alma no puede estar libre para contemplar a Dios, si ansía vehementemente los deseos y codicias de este mundo. Como no puede el ojo ver a gran distancia si está cubierto de polvo.

605. La avaricia es peor que todos los pecados y también el amor de las riquezas. Por lo cual dice Salomón (Eccli. 10, 10): *No hay cosa más inicua que el que codicia el dinero, porque el tal a su alma misma pone en venta y aun viviendo se arrancó sus propias entrañas.*

606. La avaricia es madre de todos los crímenes. Por lo cual el Apóstol dice (I Tim. 6, 15): *La raíz de todos os males es la avaricia de la cual arrastrados algunos se desviaron de la fe.* Si pues se arranca la raíz de los crímenes, no pulularán los otros brotes de pecados.

607. Muchos hasta de la fe renunciaron por causa de la avaricia terrena. La avaricia vendió a Cristo. Y muchos tienen tanta codicia de las cosas ajenas, que ni se avergüenzan de perpetrar un homicidio; como Achab, que sació el apetito de su codicia con el derramamiento de sangre.

608. Los malos cosiguen muchas veces lo malo que desean hasta cuando son castigados, más fuertemente, por el afecto del mal deseo. Pero Dios no deja que sus elegidos lleguen a cumplir los malos deseos, sino que excita el dolor en sus obras en vez de lo que apetecen

malamente en el mundo, a fin de que con esta experiencia se arrepientan para volverse a Dios, de quien se alejaron con aquellos en el alma. Por tanto aquel que no es consentido satisfacer sus apetitos temporales, reconozca que dios benévolo hácele la contra y crea que por secreto juicio de Dios se verifica para más dura condenación que al deseo de los tales malos se siga inmediatamente el efecto de la acción.

609. La codicia no se sacia jamás. El avaro siempre necesita y cuanto más adquiere, tanto más busca; y no está atormentado sólo por el deseo de atesorar, sino también anda apurado por el miedo de perder.

610. Pobres nacemos a esta vida, pobres saldremos de ella. Si tenemos por perecederos los bienes de este mundo, ¿por qué deseamos con tanto amor lo perecedero?

611. La mayor parte de los pudientes se abrasan con la rabia de la avaricia, de modo que excluyen a los pobres de sus confines y no les consienten habitar. Bien dice a los tales el Profeta (Isa. 5, 8): *¡Ay de vosotros los que juntáis casa con casa, y agregáis heredades a heredades hasta que no queda ya más terreno! ¿Por ventura habéis de habitar vosotros solos en medio de la tierra?* El mismo Profeta después anuncia que a tales hombres arrebata el infierno, es decir, el diablo para condenarlos, diciendo: *Por esto ensanchó el infierno su seno y abrió su inmensa boca, y en ella caerán sus campeones, y el pueblo y cuanto hay en él de ilustre y glorioso.* Y no es de admirar que los que mientras viven no apagaron la llama de su avaricia, cuando mueran, sean destinados a los fuegos infernales.

612. Quienes se abrasan con deseos de concuspicencia, están quemados por el soplo de inspiración diabólica. Encendió con la soberbia el corazón de Eva para que comiese la fruta prohibida; encendió con la envidia el alma de Caín para que matase al hermano; encendió con teas de lujuria a Salomón para que adorara ídolos por afición a las mujeres; encendió con la avaricia a Achab para que añadiese a la avaricia el homicidio. Así pues con semejantes inspiraciones deprava el diablo los corazones humanos con escondidas concupiscencias.

CAPITULO XLII

De la gula.

613. La primera sugestión de esta concupiscencia es del pan, a la cual si se resiste, quedan reprimidos diversos deseos de devorar. Por esto dice Daniel: *No comí pan de deseo,* es decir, no cumplí la concupiscencia de él (no satisfice la gana de comerlo).

614. La hartura de pan (de comida) es la materia prima de la lujuria. Y por eso a Sodoma acusa el Profeta (Ezequiel 16, 49) de hartura de comida, cuando dice: *He aquí cuál fue la maldad de Sodoma... la soberbia, la hartura y la abundancia.* Porque los moradores de Sodoma, que comían desmesuradamente, se dejaron caer en torpísimos crímenes, y por ellos merecieron, acompañándoles la soberbia, merecieron ser abrasados con fuego del cielo, por no haber tenido moderación en devorar manjares.

615. Provechoso es guardarse de la gula y de la codicia de los manjares. Pues ¿qué cosa más dañosa que el tener el ánimo al servicio del estómago y de las viandas que han de ser destruidas, como atestigua y dice el Apóstol (I Corintios, 6, 13): *Mas Dios destruirá a aquel y a éstas?*

616. Vecina es del vientre la lujuria, tanto por el sitio como por el vicio. Porque donde hay cuidado del vientre, no falta para lo que está próximo alrededor del mismo. Y en la disposición orgánica de los miembros están los genitales unidos al vientre: y cuando uno se refocila desmedidamente, los otros experimentan excitación a la lujuria.

617. De los manjares debe usarse, no para lujuria o para hartura, sino sólo para que el cuerpo se sustente. Pues como los filósofos dicen, los alimentos se inventaron para conservar la vida, no para corromperla.

618. Los que comen demasiado, cuanto más ceban el vientre, tanto más embotan el entendimiento. Porque dijeron los Griegos que de vientre graso no puede engendrarse sutil entendimiento. Pues la hartura de la gula en demasía embota el entendimiento y hace que se evapore el ingenio.

619. Los fuegos libidinosos crecen con el fomento de los manjares, pero la tentación no quema un cuerpo quebrantado por el ayuno. Y por ello las llamas del horno de Babilonia, si bien tocaron a los

Tres Jóvenes que ayunaban, pero no los abrasaron; quiere decirse, que si el fuego de los deseos carnales inflama las almas de los abstinentes, con todo no las abrasa hasta consentir los deseos o las obras.

620. Quien tiene abundancia de manjares, mire los suplicios del rico Epulón, que está ardiendo y que en los fuegos del infierno estaba tan pobre, como aquí tuvo abundancia de viandas. Porque no quiso sentir hambre y sed en ésta, en aquella, sediento en medio de llamas, no mereció una gota de agua que pidió.

621. Es para considerar con qué vehemencia son reprendidas las comilonas y convites suntuosos. Pues amenaza el Señor por un Profeta que El no perdona esta iniquidad a los que voluntariamente la rondan. Dice pues por Isaías (22, 13): *Mas he aquí que vosotros no pensaréis, sino en danzas y alegría, en matar terneras, degollar carneros y en comer sus carnes y beber vino. No, no se os perdonará esa iniquidad hasta que muráis.*

622. Así como todos los apetitos carnales se cortan con el ayuno, así se destruyen todas las virtudes del alma con el vicio de la glotonería. De ahí que el cocinero destruyó los muros de Jerusalén; porque el vientre a quien sirven los cocineros destroza la fortaleza del alma. Y no es posible que uno alcance la perfección de las virtudes, si antes no ha dominado la glotonería del vientre.

623. Nadie puede dominar los otros vicios, si antes no ha contenido la gula. Y no podrá uno arrojar fácilmente de sí mismo los espíritus inmundos, más que por medio del ayuno y abstinencia. Pues entonces vencemos con más fuerza a los enemigos que tenemos fuera de nosotros, cuando primero destruimos los vicios que tenemos dentro. Inútil es llevar la guerra afuera, si el peligro se tiene dentro.

624. No es la calidad de los manjares, sino la codicia de ellos lo que debe precaverse. Puesto que no pocas veces lo más cuidadosamente preparados se toman sin gula, y otras tómanse con ansias de glotonería los más corrientes y viles. Y así resulta que no está la culpa en la calidad de los alimentos, sino que está en tomarlos codiciosamente por vicio.

625. Cuatro divisiones generales pueden presentarse del apetito de la gula a saber: sobre qué, cuándo, cuánto y cómo se apetece alguna cosa. Qué toca a la misma sustancia que se apetece; cuándo si se apetece algo antes del tiempo debido; cuánto, refiérese a la excesiva cantidad; y cómo, se asigna al afán de comer con precipitación.

626. No tiene el hombre un exactor tan impertinente como el

estómago; éste llena totalmente la reflacción cotidiana con la cotidiana reclamación del hambre. Pues si con los otros vicios también nacemos a veces, no obstante a veces no morimos con ellos; mas con ése nacemos y con él morimos.

627. El comer y beber es una necesidad natural.

628. Generalmente el placer de la comida se desliza bajo pretexto de necesidad, para que mientas se piensa satisfacer una necesidad, se satisfaga el apetito del placer, sin que sea fácil discernir si lo que se toma es por gula o por necesidad.

CAPITULO XLIII

De la embriaguez

629. La comida engendra crápula; la bebida embriaguez. Y ésta da origen a perturbación de la mente, a furor del corazón, a las llamas de la lujuria.

630. De tal modo la embriaguez enajena la mente, que el ebrio no sabe dónde está. Por esto tampoco se da cuenta del mal que por embriagarse comete. Es verdad el dicho del Profeta (Oseas, 4, 11): *La deshonestidad y el vino y embriaguez quitan el buen sentido.* La fornicación vuelve fatuo al prudente, como en Salomón y la embriaguez encadena la razón, como en Lot. Por eso en los Proverbios (23, 30) se dice: *Los poderosos son iracundos, no beban vino, no sea que en habiendo bebido, olviden la prudencia.*

631. La mayor parte tiene a gala el beber mucho vino y no embriagarse. Oigan éstos a un Profeta (Isa. 5, 22) que dice contra ellos: *¡Ay de vosotros que sois briosos para beber vino, y hombres fuertes para embriagaros con diversos licores!*

632. A los muy dados al vino y que viven lujuriosamente reprende Isaías (V, 11) de este modo: *¡Ay de vosotros los que os levantáis de mañana a emborracharos, y a beber hasta la noche, hasta que os abrasa el vino!* Y en otro lugar (Ecles., 10, 16): *Desdichado de ti, oh país, cuyo rey es un niño, y cuyos príncipes comen de mañana.*

633. Porque muchos desde que amanece hasta que anochece están al servicio del placer de la gula y embriaguez, y no entienden para que han nacido, sino que detentados por el instinto bestial, están durante todo el tiempo sirviendo a la lujuria y a la gula.

634. El Profeta Joel (1, 5) clama a los esclavos de la embriaguez: *Despertaos, oh ebrios, y llorad; alzad el grito todos los que estáis bebiendo alegremente el vino.* En el cual testimonio, no dice sólo: llorad todos los que estáis bebiendo el vino, de modo que no esté permitido beber vino, sino añade, alegremente, lo que corresponde a deleitoso y pródigo derroche. Porque el Apóstol amonesta a Timoteo que beba lo que sea necesario a la salud, cuando le dice: *Usa un poco de vino* (1 Tim. 5, 23)

635. No sólo con vino se embriagan los hombres, sino también con otros géneros de bebidas, compuestas de varios modos. Y por esto a los Nazarenos, que se consagraban al Señor, se mandó no beber ni vino ni sidra; porque ambas bebidas perturban el juicio y emborrachan, y asimismo las dos engendran igualmente lujuria carnal.

636. Algunos continentes, así como toman medido el pan, así también toman el agua tasada, alegando que para la castidad corporal también es conveniente abstenerse de agua.

CAPITULO XLIV

De la abstinencia

637. El perfecto y racional ayuno es éste: que cuando el hombre ayuna exteriormente, ore interiormente. La oración con el ayuno penetra más fácilmente en el cielo. Porque entonces el hombre está espiritualizado, se junta con los Angeles y se une con Dios más libremente.

638. También por el ayuno son revelados los secretos celestiales de los misterios y se hacen manifiestos los arcanos misteriosos del divino sacramento. Pues no de otro modo Daniel pudo conocer los ocultos misterios revelándolos un Angel. Esta virtud descubre las manifestaciones de los Angeles y sus mensajes.

639. Son los ayunos armas poderosas contra las tentaciones de los demonios; porque pronto están vencidos por la abstinencia. Por lo cual también el Señor y el Salvador nos enseñó a vencer esos ataques con ayunos y oraciones, diciendo (Math., 17, 20): *Esta casta de demonios no se lanza sino mediante la oración y el ayuno.* Porque los espíritus inmundos donde más se lanzan es donde ven más comida y bebida.

640. Los Santos durante el tiempo de esta vida por el deseo del rocío celeste arrastran su cuerpo árido. Lo dice el Salmo 62, 2: *De Ti está sedienta el alma mía. ¡Y de cuántas maneras lo está este mi cuerpo!* Porque entonces el cuerpo tiene sed de Dios, cuando por el ayuno se abstiene y seca. Que la abstinencia ya vivifica, ya mortifica: da vida al alma, mortifica al cuerpo.

641. Con frecuencia se practica simuladamente la abstinencia y se ejercita el ayuno por hipocresía. Porque algunos destrozan su cuerpo con sorprendente ayuno, *desfiguran sus rostros*, como dice el Evangelio (Math. 6, 16), *para manifestar a los hombres que ayunan*. Porque palidecen en la cara, están quebrantados en el cuerpo, dan profundos suspiros. Asimismo, se entregan a suplicios mortíferos antes de la muerte; y los miserables prosiguen tan laborioso ejercicio, no por amor de Dios, sino tan solamente por conseguir humanas alabanzas de admiración.

642. Otros se abstienen increíblemente para parecer santos a los hombres curiosos. Pero este ejercicio de abstinencia no se debe contar a los tales como virtud, sino como vicio, pues usan mal de lo bueno.

643. Tanto el ayuno como la limosna gustan de estar escondidas, para que sólo Dios, que todo lo ve, de la recompensa de las buenas obras. Pero quienes las hacen para manifestarse al público, de ningún modo se justifican ante Dios; porque según las enseñanzas evangélicas, recibieron ya su recompensa de los hombres.

644. Los ayunos acompañados de obras buenas son aceptables a Dios; mas quienes se privan de alimentos y obran mal, imitan a los demonios, que no comen y siempre son malvados. Ayuna bien quien, no sólo se abstiene de los alimentos, sino también de las malas obras y ayuna también de las ambiciones mundanas.

645. Quienes por abominar las comidas y no por voto de abstinencia, se las suspenden, éstos más bien deben ser execrados, porque abominan de usar la comida creada por Dios y permitida a los hombres. Porque para los fieles nada hay manchado, nada se juzga inmundo, conforme al testimonio de Pablo Apóstol (Tit., 1, 15): *"Para los limpios todas las cosas son limpias; mas para los contaminados, y que no tienen fe, no hay nada limpio, sino que tienen contaminada su alma y su conciencia"*.

646. Se desprestigia el ayuno que al atardecer se repara con un hartazgo. Y no debe tenerse por ayuno aquel al que ha de suceder hartura de vientre.

647. Se desprestigia el ayuno que al atardecer queda compensado con placeres, diciendo Isaías (58, 3): *En el día de vuestro ayuno os vais en pos de vuestros apetitos*. Y en el nombre *voluptas* (en la Vulgata se lee voluntas, apetito) se sobreentienden los placeres. Pues, así como se condena el apurar a los deudores, y los pleitos, y las contiendas y el herir con puñadas, igualmente reprueba el Profeta los placeres en el ayuno.

648. Quien se preprara delicias para dar gusto a la gula por la tarde, durante todo el día con el pensamiento rumia manjares.

649. Al cuerpo no se debe administrar desmesurado ayuno, no sea que cargando demasiado al cuerpo con el peso de la abstinencia, luego ni pueda ejecutar lo malo, ni empezar a obrar el bien; y lo que se le aplica para que carezca de malas costumbres, sirva a su vez para privarle del poder cumplir sus deberes, por estar demasiado oprimido. Es pues cosa de moderarse con discreta solicitud el trato del cuerpo material, para que ni se extinga del todo, ni se le deje en desmedida libertad.

650. Mientras prevalece una gran debilidad corporal ninguno puede alcanzar la perfección. Pues por más que se ame la santidad, no se puede ejecutar la obra meritoria a que uno se entregaría con toda el alma.

651. La excesiva flaqueza corporal quebranta también las fuerzas del alma y ocasiona asímismo que el ingenio se marchite, y no permita perfeccionar cosa alguna por causa de la debilidad.

652. Todo a medida. Pues cuanto se hace con regla y medida es saludable; cuanto va con demasía y sin regla resulta pernicioso y el anhelo mismo se invierte. Así pues en todo es preciso guardar regla y medida; porque todo cuanto sobra es peligroso, como se ve en el agua, que cuando llueve demasiado, no sólo no es de provecho, sino que también acarrea daños y peligros.

LIBRO III

SAN ISIDORO DE SEVILLA

LIBRO TERCERO DE SENTENCIAS

CAPITULO I

De los castigos de Dios.

653. La ingeniosa penetración de la divina Sabiduría, así com en lo oculto es testigo que escudriña las conciencias, así en lo de fuera es juez que impone castigos, para que sea veraz un testimonio del Profeta (Jer., 20, 23): *"Yo mismo soy el juez y el testigo"*.

¡Oh Señor!, ten compasión del pobre Isidoro, que hace y padece cosas indignas, que peca asiduamente y soporta a diario tus castigos.

654. La misericordia divina es ordenada cuando en esta vida primero corrige el hombre con azotes y después lo libra del suplicio eterno. Porque los elegidos de Dios son desmenuzados por los dolores de esta vida, para que ganen lo más perfecto de la vida futura.

655. En manera alguna deja Dios sin castigar a ninguno que delinque, puesto que o bien hiere con azote temporal al pecador, o bien le deja para que sea castigado con el juicio con pena eterna, o bien el mismo hombre se castiga, arrepintiéndose de lo malo cometido; así es como Dios no deja impune al delicuente.

656. Los castigos temporales aprovechan al justo para los gozos eternos; razón por la cual el justo debe alegrarse en las penalidades, así como el impío debe temer en la prosperidad.

657. Ni del justo ni del réprobo aparta Dios la misericordia y la justicia: porque a los buenos aquí juzga por la aflicción y allí recompensa por misericordia; a los malos contrariamente paga aquí por clemencia temporal y allí castiga por justicia eterna.

658. Porque en esta vida Dios perdona a los impíos y no perdona a los elegidos; en la otra perdona a los elegidos, mas no perdonará a los malos.

659. La seguridad de los malos en esta vida es peligrosa y el dolor de los buenos es tranquilizador. Porque el malo, luego de la muerte, es conducido a ser atormentado, mientras que el justo después del sufrimiento, seguro descansa en paz.

660. Ha de entenderse esto no sólo de los padecimientos corporales, sino también de los espirituales, de modo que cuantos sufrimientos pasa uno en el cuerpo o en el alma, tanto espere que se le ha de premiar en la muerte.

661. Muchas veces, por justo juicio de Dios, en este mundo están los réprobos apartados del castigo de la corrección, y cuando se ve que han cometido muchos actos condenables, dejados de Dios no están heridos por ningún castigo de enmienda.

662. Quien es de Dios amado, si llegare a pecar, es más corregido con el azote, según dice el Profeta Amós (3, 2): *De entre todos los linajes de la tierra, sois vosotros los únicos a quienes he conocido: por lo mismo os he de castigar por todas vuestras maldades. Porque el Señor castiga a los que ama, y en los cuales tiene puesto su afecto, como lo tiene un padre en sus hijos.* (Prov., 3, 12).

663. Es muy necesario que el justo sea ya tentado, ya castigado con azotes en esta vida, para que cuando es atormentado de vicios no se engría de las virtudes, y cuando anda destrozado por el dolor espiritual o corporal, se reserve del amor mundano. Conviene que el justo sea probado, pero con la prueba, no de la lujuria, sino del castigo.

664. En esta vida Dios procede más duramente con sus escogidos, a fin de que cuanto más los hiere con fuertes castigos, tanto menos contentamientos hallen en la vida presente, y más ansíen incesantemente la patria celeste, en donde esperan segura tranquilidad.

665. Los escogidos deben ser probados por las adversidades de esta vida, porque según Pedro (1, 4, 17), *tiempo es de que comience el juicio por la casa de Dios*; es decir, mientras que Dios en esta vida corrige a sus elegidos con el azote del juicio.

CAPITULO II

De un doble azote de Dios.

666. Dos son los modos de herir Dios: por el uno hiere en el cuerpo para bien, a fin de enmendarnos; por el otro, azota en la conciencia, para que más ardientes amemos a Dios.

667. Doblemente mira Dios, o para perdonar, o para vengar; para perdonar, como miró a Pedro; para vengar, como cuando aseguró que bajaría y vería los actos de los moradores de Sodoma.

668. Por tres motivos hiere Dios a quienes le place, a saber: para condenación a los réprobos, para purgación de los elegidos, que ve andan engañados, para aumentar la gloria de los merecimientos a los justos. Del primer modo, para condenación, fue herido Egipto; del segundo, para purificación, Lázaro el Pobre; del tercero, por prueba, fue herido Job.

669. Dios generalmente azota al hombre antes de que éste peque, para que no sea malo; como a Pablo, que sentía los estímulos de la carne, por instigación de un ángel de Satanás. Pero también le castiga Dios después que pecó, para que se enmiende; como aquel de quien dice el Apóstol (1 Cor., 5, 5) que *fue entregado a Satanás para castigo de su cuerpo, a trueque de que su alma sea salva.*

670. Sin embargo el que ignora por qué es azotado murmura injustamente. Porque en general Dios mortifica al justo, para que no caiga enorgulleciéndose de la justicia.

671. Dios tanto más procura perdonar en esta vida cuanto esperando más azote; sino que a unos con mortificarlos corrige, pero a otros hiriéndolos mata. Porque corrige hiriéndolos a aquellos de quienes dice. (Apoc., 3, 19): *Yo a los que amo reprendo y castigo.* Y mata cuando hiere a los que ve delicuentes incorregibles y a los que hiere, no ya por disciplina como Padre, sino como adversario a los enemigos con severa condenación. De éstos dice (Jer., 30, 14): *Te he hecho una llaga como de mano hostil, y con un terrible azote.* Y en otra parte: *¿Por qué alzas el grito en tus penas? Tu dolor es incurable.* Apresúrese pues cada uno y tema que su vida no esté herida con culpa. Porque cuando ha mudado la vida, entonces el castigo lava la culpa; pero si no cambian las costumbres, no expía las acciones.

672. Toda herida divina o es una purgación de la vida presente, o un comienzo de la pena siguiente. Porque para algunos los castigos

se comienzan desde esta vida y perduran en los tormentos eternos. De ahí que por Moisés dice (Dent. 32, 22): *mi furor se ha encendido como un fuego grande que los abrasará hasta el abismo del infierno.*

673. Suelen decir algunos: Dios castiga dos veces lo mismo. Y no ponen atención en lo que en otra parte queda escrito (Jds, 5): *Habiendo Jesús sacado a salvo el pueblo hebreo de la tierra de Egipto destruyó después a los que fueron incrédulos.* Pues si bien una culpa no es castigada dos veces, entiéndase que es uno solo el castigo que aquí comenzó y allí se termina, para que en los que absolutamente son incorregibles, el castigo de los azotes precedentes sea principio de los tormentos siguientes. De aquí lo que se escribe en el Salmo (108, 29): *Cubiertos sean de ignominia mis detractores, y envueltos en su afrenta como en una doble manta.* Pues manta doble es vestido doble con que simbólicamente están vestidos los que están condenados con pena temporal y con castigo eterno. Por ello Jeremías (4, 20) dice también: *Desastre sobre desastre*, es decir, condenación doble, aquí y en el siglo futuro. Y el mismo dice en otro lugar (17, 19): *Castígalos con doble azote,* esto es, con pena doble, a saber: con la presente y con la futura.

674. Algunos, por secreto juicio de Dios, lo pasan mal aquí y bien allí, sa saber: aquí son castigados para que se corrijan, y allí se vean a salvo de la condenación eterna. Otros al contrario lo pasan bien aquí y mal allí; como sucedió al rico Epulón, que aquí fue esclarecido por poderoso, pero después de muerto fue allí entregado para ser atormentado con ardores infernales. Otros finalmente lo pasan mal aquí y allí, como los incorregibles que comienzan a ser castigados en esta vida y son castigados en la otra con castigo eterno.

675. Algunos están sumergidos tan hondo en el abismo de la desesperación que no pueden enmendarse ni mediando los azotes. Bien dice de ellos el Señor por el Profeta (Jer., 2, 30): *En vano castigué a vuestros hijos; ellos no hicieron caso de la corrección.*

676. Por lo común el justo llora y no sabe si padece los males actuales por todos sus pecados o por uno solo; desconoce cual sea la culpa por la que ha merecido padecer tales suplicios y está triste ante todo por razón de la misma incertidumbre.

677. Aunque los presentes azotes libran al justo de los pecados, todavía anda turbado esto no obstante por miedo de la justa venganza: por si los presentes castigos no le fueran suficientes para limpiarse de sus delitos. Así pues en tanto que padece los presentes, está temeroso

de los futuros; según dijo un Profeta, en cierto modo recibe castigo doble de sus pecados.

CAPITULO III

De la enfermedad corporal.

678. Hombres hay de tal calidad que no aciertan a corregirse sino cuando en otros ven los castigos, de modo que por comparación aprovechan de los males, temiendo que les toque a ellos lo que ven a otros mata.

679. Viendo Dios que algunos no se determinan a corregirse por propia decisión, los mueve con los estímulos de adversidades. También conociendo en su presciencia que otros pueden pecar mucho, para salvarlos, castígalos con enfermedad corporal, para que no pequen; de modo que les es más provechoso para salvar el alma estar consumidos de enfermedades, que no el estar incólumes y condenarse.

680. La visita de Dios ni siempre se recibe para bien ni siempre para mal. Porque se recibe para bien según aquello (Ps. 105-4): *"Visítanos por medio de tu Salvador:"*, y para mal según lo otro (Jer. 6-15): *"En el tiempo de la visita perecerán."*

681. Por tres causas sobrevienen las enfermedades del cuerpo, a saber: por el pecado, por la prueba, o tentación y por la pasión de la destemplanza; sólo a esta última puede socorrer la medicina humana, a las otras sólo la piedad de la divina misericordia.

682. A los que son robustos y sanos es útil enfermar y no pecar, a fin de que por razón del vigor no se manchen con ilícitas codicias y con deseos de lujuria.

683. La dureza, que oprime al alma y no es conocida, provechosamente es mudada en el cuerpo para que sea conocida, y una vez conocida sea enmendada. Porque las heridas del cuerpo se sienten más pronto que las del alma, y por esto los que andan equivocados mejor se corrigen con los azotes corporales.

684. La salud que al hombre lleva a desobedecer es dañosa. Y la enfermedad, que con la corrección de Dios quebranta la dureza del alma, es saludable.

685. La enfermedad del alma, es decir, el pecado, es perniciosa; de ella dice también el Apóstol: *¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?* (2 Cor. 11, 29). Y el mismo Apóstol prueba que es útil la enfermedad corporal diciendo: *"Cuando estoy débil, entonces soy más fuerte"* (2 Cor. 12-10).

CAPITULO IV

De la tolerancia del divino castigo.

686. El hombre pecador no debe murmurar en los castigos de Dios, porque sobre todo se enmienda porque es castigado. Y cada uno soporta más resignadamente lo que padece, si desentraña los pecados por los que recibe tan justa paga.

687. Quien sufre males aprenda a no murmurar, aunque desconozca por qué los padece. Y piensa que los padece justamente, puesto que son por juicio de Dios, cuyos juicios nunca son injustos. Quien padece castigos y murmura contra Dios, acusa al justo juez; pero quien, aunque ignore por qué sufre, reconoce que lo que padece lo sufre justamente del justo juez, ya por ello está justificado, pues él mismo se acusa y enaltece la justicia de Dios.

688. Cuando el justo en los días prósperos da a los hombres útiles ejemplos es preciso que otra vez se vea visitado de las tribulaciones hasta que su paciencia esté probada, a fin de que nuevamente tomen de él enseñanzas de fortaleza los que conocieron su templanza en la prosperidad.

689. Los que por insidias del enemigo sufren con pasiones del alma, no por ello se crean alejados de Cristo porque tales cosas pasan; antes bien piensen que son más recomendables a Dios por ellos, con tal empero que mientras las padecen, en vez de acusar a Dios, más bien le alaben.

690. Para gran provecho, por juicio divino, el alma del justo está agitada con diversas tentaciones de las pasiones; si de ellas diere gracias a Dios y se culpare a sí porque es merecedor de tales sufrimientos, lo que tolera de la pasión se le reputará virtud, puesto que reconoce la justicia de Dios y confiesa su culpa.

CAPITULO V

De las pruebas o tentaciones diabólicas

691. En esta vida, el alma del justo se ve agitada con numerosas pruebas de infortunios; de ahí que desee ser arrancada radicalmente de este mundo, a fin de carecer de miserias y encontrar allá una firme seguridad.

692. Existe gran diferencia entre las penas que padece el justo en su cuerpo y las que sufre en su espíritu por engaño del diablo. Ciertamente soporta con más dificultad las que deplora en su interior que aquellas que sufre externamente, porque éstas las evita o bien con el lugar o bien con el tiempo; aquéllas ni con el lugar ni con el tiempo puede evitarlas.

693. El diablo no tienta a los elegidos más de lo que permite la voluntad de Dios. Mas con la tentación ayuda al progreso de los santos.

694. Aun sin quererlo, ayuda el diablo a la perfección de los santos, siempre que no les venza con la tentación, sino que más bien los ejercite. Porque a veces el Espíritu Santo transforma las tentaciones que él promueve para la ruina de los hombres, con saludable utilidad, en ejercicio de virtudes.

695. Las asechanzas y engaños del diablo, aunque se difundan por todas partes buscando a quién devorar (1 Pe. 5, 8), con todo, no escapan al poder de Dios, a fin de que no perjudiquen tanto cuanto en su malicia desearían. Porque ¿cómo la virtud de los santos podría soportar tantas dificultades, si la providencia celeste no frenase la astucia diabólica con benigna moderación? Y, aunque el diablo desea siempre provocar en el justo la tentación, no obstante, si no recibe la autorización de Dios, no puede en modo alguno conseguir lo que pretende. De ahí que toda intención del diablo es injusta, y, sin embargo, por permisión divina, es justo todo su poder. Por propio impulso desea injustamente tentar a cualesquiera que sea, pero sólo Dios le permite justamente tentar a aquellos que han de ser tentados y del modo que deben serlo.

De ahí que en los libros de los Reyes se haya escrito también acerca del diablo que *turbaba a Saúl un mal espíritu mandado por el*

Señor (1 Sam. 16, 14). Sobre cuyo pasaje con razón se pregunta: *Si es del Señor, ¿por qué es malo?; y si es malo, ¿cómo es del Señor?* Es que con ambas palabras se ha expresado la justa permisión de Dios y la perversa intención del diablo, porque el espíritu es malo por su iniquísima voluntad y él mismo es del Señor por la muy justa permisión que ha recibido.

696. El diablo no es quien infunde el vicio, sino quien lo provoca, pues no aviva el incentivo de la concupiscencia sino allí donde antes ha comprobado existe el placer del mal pensamiento; placer que, si rechazamos de nosotros, infaliblemente aquél se retira confuso y al instante se quiebran los dardos de su concupiscencia: *Sus teas, despreciadas, yacen en tierra sin lumbre.*

697. Es preciso que el siervo de Dios comprenda y al propio tiempo evite las asechanzas del enemigo, y que sea tan sencillo en su inocencia, que le convenga, no obstante, ser prudente en medio de la sencillez. Quien no une la prudencia a la simplicidad, es, en frase del profeta, *paloma estúpida sin corazón* (Os. 7, 17). Paloma, porque es sencilla, pero no tiene corazón, porque desconoce la prudencia.

698. A menudo, el engaño de Satanás se pone de manifiesto a la inteligencia de los santos cuando bajo la apariencia de bondad, fingiéndose ángel de luz, es descubierto y despreciado mientras se esfuerza en seducir a los elegidos. Así, hace comprender Dios a los santos los términos de una falsa doctrina, de modo que descubran en su interior el fraude diabólico y lo eviten con solicitud.

699. La discreción de los santos debe ser tanta, que, como seres inteligentes, distingan entre el bien y el mal, para que el diablo no les engañe bajo la apariencia del bien. En esto se funda la pregunta de Josué cuando decía: *¿Eres de los nuestros o de los enemigos?* (Jos. 5, 13) Por esta misma causa se dice a Jeremías: *Si tú sabes distinguir lo precioso de lo vil, serás como mi boca* (Jer. 15, 19). Porque entonces los santos juzgan bien de sí mismos cuando Dios les da a conocer las falaces argucias de los demonios.

700. Muchos son engañados por el diablo y desconocen que lo han sido, como lo declara el testimonio del profeta Oseas: *Los extraños devoran su sustancia sin que él se dé cuenta* (Os. 7, 9). En efecto, los extraños simbolizan a los espíritus malignos, que destruyen las virtudes del alma; pero esto no lo comprenden los corazones negligentes.

701. Como enemigo indefenso es vencido el diablo cuando se empeña en corromper al hombre con un crimen manifiesto; mas en-

tonces se presenta armado cuando, bajo la apariencia de santidad y virtud, destruye lo que es santo y cuando la víctima del engaño no siente su desgracia, sino que busca y ama como virtudes lo que son vicios.

702. El diablo es terrible a los ojos de los hombres carnales, pero a los ojos de los elegidos el terror que inspira es despreciable. Los incrédulos le temen como a un león, los de fe robusta le desprecian como a un gusano, y tan pronto como se presenta, al instante le rechazan.

703. De ningún modo incurre en las asechanzas del diablo quien no admite las sugestiones de él. Porque, si se desprecian sus primeros estímulos, fácilmente se le rechaza en la acción consiguiente. El diablo es, en efecto, una serpiente escurridiza, que, si no combatimos en la cabeza, es decir, en la primera sugestión, penetra toda entera, al no darnos cuenta, en lo íntimo del corazón.

704. Los principios de las tentaciones diabólicas son endebles; pero, si no se atajan, antes bien, por la repetición de actos, se convierten en costumbre, a la postre se acrecientan poderosamente, de tal modo que nunca o con dificultad se vencen.

705. Si es cierto que el diablo desea que el hombre peque durante toda la vida, sin embargo, al final de ésta se esfuerza más en engañarlo. De aquí resulta cierto lo que al principio se dijo a la serpiente con respecto al primer hombre.: *Y tú le acecharás el calcañal* (Gén. 3, 15), porque es verdad que el diablo se apresta a poner asechanzas en los últimos momentos al hombre que en el decurso de la vida anterior no pudo engañar. Así, pues, aunque uno sea justo, nunca debe considerarse seguro en esta vida, antes debe estar siempre precavido con humildad y siempre temer con solicitud, no vaya a sucumbir al fin.

706. El diablo halaga a sus secuaces, mas a los siervos de Dios les acecha con pruebas diversas; sirva de ejemplo el Señor, que permitió le tentase el diablo después del bautismo (Mt. 4, 1).

707. A ningún santo lo retiene el diablo bajo su poder, sino que lo persigue con la tentación. Pues, ya que no reina interiormente en ellos, los combate desde el exterior. Y el que perdió el dominio del interior, promueve la guerra desde afuera.

708. Entonces el diablo se ensaña con más furor con aquel a quien posee bajo su dominio cuando conoce que va a ser expulsado de él por la virtud divina. De ahí que el espíritu inmundo sacudiera con más violencia al niño en que habitaba en el momento en que, por

mandato de Cristo, fue obligado a salir de él (Mc. 9, 20 y 26). Hecho que responde a las palabras de Job, donde a la postre Behemoth endereza su cola como un cedro.

709. El diablo acosa más con diversas tentaciones a quienes con sus enseñanzas pueden aprovechar a los demás, a fin de que, mientras ellos son obstaculizados, no adelanten los que deben ser instruidos por ellos.

710. Los espíritus malignos intentan sin tregua manchar de nuevo lo que en nuestra alma deseamos purificar. Mas los santos presienten sus asechanzas con ánimo previsor y, perseverantes, expían con santas obras todo cuanto conocen que hay en ellos de terreno, para ser hallados puros en su interior.

711. Los hombres son engañados actualmente mediante los mismos halagos con que lo fueron los primeros padres en el paraíso. Así, con los numerosos ardides del vicio, Satanás, explorando las mentes de los réprobos, las cautiva. Porque ora les engaña con promesas, ora les seduce con asuntos intrascendentes como si fuera necesario, ora les presenta incluso los mismos suplicios del infierno como leves y efímeros, hasta que corrompe el corazón de los infelices con la ambición y la lujuria y los arrastra consigo al tártaro.

712. De tal suerte mantienen la mente aprisionada por todas partes los astutos razonamientos y los gérmenes de malos pensamientos que el diablo infunde en el ánimo de los hombres, que uno no puede salir sin peligro por allí por donde había intentado escapar; como en el caso de que uno jure realizar tal acción que, si la lleva a efecto, peca, y en caso contrario es reo de perjurio. Por ello, en un riesgo tan grande de pecar, con objeto de tener a mano la posibilidad de escapar, hay que elegir de antemano el mal menor para evitar el más grave.

713. Cuando el diablo busca engañar a alguien, primero estudia la naturaleza de cada cual y se apoya allí donde comprueba que el hombre está predispuesto al pecado.

714. El diablo tienta a los hombres por aquella parte por donde considera, teniendo en cuenta la índole que manifiestan, que fácilmente se inclinarán al vicio, de modo que, según la configuración de su carácter, usa de la tentación. Lee la historia de Balaam, quien, como figura del diablo, manda tender perniciosas asechanzas contra el pueblo de Dios por allí por donde supone que ellos han de sucumbir más fácilmente. Pues tampoco el que conduce el agua a un lugar la hace correr por un sitio distinto de aquel hacia donde conoce que va su impulso.

715. Nadie considere culpa lo que sufre por su propio temperamento; pero luche cuanto pueda contra esto que tiene que soportar, ya que, si uno cede a su temperamento, jamás resiste a la tentación o al vicio.

716. Al diablo se le llama Behemoth (Job. 40, 10-19) en las Sagradas Escrituras, esto es, bestia, porque, derribado del cielo cayó en tierra. Leviatán (Job. 40, 20 ss.), esto es, serpiente de las aguas, por cuanto con voluble astucia se desliza por el mar de este mundo. Se le llama, en cambio, ave (Job. 40, 24) porque, a causa de la soberbia, se eleva a las alturas. Y se le designa justamente con estos tres apelativos, ya que por su culpa mereció, como un ave, tener el aire por cárcel; la tierra, por ser animal inmundo, y es serpiente, para arrojarse con furiosa agitación por el mar de este mundo.

717. Así, pues, el diablo recibe los apelativos de aquello mismo que realiza a través de sus miembros, de tal modo que él toma su nombre de la acción que cada uno ejecuta a impulso suyo. Porque ¿a quién no engaña el diablo? Por eso es animal, esto es, provoca con la lujuria; por eso es serpiente, es decir, por la malicia de su ambición y nocividad. Mas a quien ni siquiera así engaña, le pone asechanzas; por eso es ave, a saber, por el pecado de la soberbia. Por todas partes prepara sus engaños hasta encontrar el modo de burlar al incauto.

718. Una cosa es que el diablo se introduzca en el alma de uno, y otra distinta que habite en ella. Porque entra en el corazón de los santos cuando insinúa sus malas sugestiones; pero no habita en ellos, puesto que no los incorpora a su círculo. En cambio, habita en aquellos que son de su partido, pues ellos constituyen su templo. Y, aunque el diablo se insinúe en el ánimo de los elegidos, con todo, no descansa en ellos, como lo hace en el corazón de los réprobos, ya que el fervor de la fe le obliga a salir de los elegidos.

719. Algunos a los que el diablo ya había devorado con avidez, de nuevo son arrancados de sus fauces, por la inefable bondad del divino juicio, y restituidos a la salud. Porque con frecuencia a muchos que el enemigo antiguo tenía inmersos en la vorágine de la lujuria, el poder de Dios los arrebata de las fauces de aquél mediante la penitencia.

720. ¿Cómo puede decir el profeta que la perdición de los buenos es el mapa preferido por el diablo, cuando en otro lugar se ha escrito de él: *Comerá heno como el buey* (Job. 40, 10), si no es porque a los ojos de Dios no son sino heno los que a juicio de los hombres

parecen ser manjar selecto? Por esta causa, los que sucumben del número de los buenos, para los hombres son elegidos, mas para Dios heno.

721. Se dice que el diablo ha tragado ya a quien, una vez consumado ya el crimen, parece haber devorado. Mas a quien no ha tragado de un modo perfecto, sino que lo muerde con el estímulo de la tentación para devorarlo, es como si todavía lo mascara en la mandíbula. De ahí que Pablo siente los incentivos de la carne para su humillación, pero sin haber consumado el pecado por donde se le pueda tragar (Cf. 2 Cor. 12, 7-9).

722. Fauces del diablo son sus palabras. Estas, a su vez, son las sugestiones ocultas, con las que aquél, hablando al corazón del hombre, le abrasa con pasiones ocultas.

723. Algunos, por crimen incorregible, puesto que no se enmiendan espontáneamente, son entregados a los espíritus inmundos para su tormento, a fin de que los demonios tengan el poder de arrebatarlos corporalmente, y ellos, angustiados por su terror, se humillen, se arrepientan y sean salvos, como lo dice el Apóstol al escribir a los corintios: *Entregad a ese tal a Satanás para perdición de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo* (I Cor. 5, 5). Porque es provechoso a algunos pecadores se les entregue corporalmente a Satanás, a fin de que por el castigo presente teman el juicio futuro y en adelante se guarden de pecar. Mas unos son entregados en poder de los demonios para su enmienda; otros, en cambio, rechazados ya, lo son para sola su ruina.

724. Con respecto al varón justo, el diablo nunca está ocioso, porque, o bien le acrecienta las atribulaciones del alma, o bien provoca dolores en el cuerpo. A esto alude lo que dice el Apóstol: *Se me dio una espina en mi carne, emisario de Satanás, que me abofetea* (2 Cor. 12, 7).

725. Muchas veces la violencia de los demonios tortura el alma del justo con diversos sufrimientos dolorosos, por lo que a veces les oprimen hasta la angustia de la desesperación. Mas para el alma que persevera en el amor de Dios, una tal angustia contribuye a su mérito, ya que cualquier adversidad que, por instigación de los espíritus inmundos, sufre el justo en su alma o en su cuerpo, la soporta por permisión de Dios. Y, si esta misma prueba la refiere con humildad a gloria de Dios y dice lo propio que Job en su dolor corporal: *si recibimos del Señor los bienes, ¿por qué no hemos de recibir los*

males? (2, 10), este tal no se aparta de Dios, sino que se une a el, sea cual fuere la cruel angustia que le atormenta.

726. Muchas adversidades sufre el justo en su alma por instigación de los demonios; mas por tales pruebas no puede perecer en la vida eterna, porque el Señor en su piedad no considera culpa digna de condenación lo que, por consentimiento de su majestad, soporta contrariado quien lo padece. Entonces ciertamente pecamos cuando nos extraviamos por la pasión o por la voluntad. En cambio, cuando cedemos por la violencia, aunque no haya crimen ni infamia, existe miseria en lugar de crimen e infamia. Mas quien alaba a Dios por la desgracia que le infligió, no hay duda que está libre de haber cometido el crimen.

CAPITULO VI

De las tentaciones de los sueños

727. A menudo, los demonios, cuando se presentan por la noche, turban los sentidos del hombre con imaginaciones para hacerlos miedosos y pusilánimes. También algunas veces agitan el ánimo del converso durante el sueño con la desesperación, a causa de sus pecados, y le amenazan con los horribles suplicios del infierno. Pero otras veces, lanzándose con descaro al ataque, azotan los cuerpos humanos; prueba que, por permisión divina, se convierte en castigo para los malos, y para los buenos, en premio de su paciencia.

728. Con frecuencia, los espíritus inmundos a aquellos que ven están entregados al amor del siglo les engañan con una vana esperanza de felicidad mientras duermen. A otros, empero, de quienes presienten que temen alguna adversidad, les impresionan con vano temor durante el sueño. Y así, acechando con diversos engaños los ánimos de los infelices, ora les halagan con falsa prosperidad, ora les aterran con infundado temor.

729. Quienes no son conscientes de ninguno o de muy pocos delitos, jamás o pocas veces son molestados con espectros nocturnos, antes, descansando con plácido sueño, incluso descubren y ven de vez en cuando ciertas imágenes ocultas y místicas. En cambio, quienes mancillaron sus almas con delitos más graves, ofuscados por el temor de su conciencia, contemplan horribles figuras, pues una imagen en-

gañosa burla las mentes de los desgraciados con diversas representaciones, fatigando en sueños a los que sedujo en su vida estando despiertos, de modo que no les permita jamás descansar tranquilos.

730. A veces, los espíritus inmundos se esfuerzan en atemorizar incluso las mentes de los elegidos con las horribles imágenes de los sueños, y atacan con violencia cuando duermen a los que tientan en vigilia con los vicios y no los pueden vencer.

731. Mas los santos, aunque de momento se impresionen con tales visiones, luego, vigilando sin cesar, desprecian la vanidad del engaño, y al punto dirigen su intención a Dios.

732. Diversas son las especies de los sueños. Unos sobrevienen por hartura o por falta de alimento, como por experiencia es bien sabido; pero otros son fruto de los propios pensamientos, dado que a menudo reconocemos de noche lo que durante el día pensamos.

733. Con todo, algunas visiones se producen por engaño de los espíritus inmundos, según demuestra Salomón: *A muchos extraviaron los sueños* (Ecol. 34, 7) y las ilusiones vanas. Otras, en cambio, se originan por justo motivo, esto es, por causa del misterio de la revelación celeste, como en la ley se lee acerca de José, el hijo de Jacob, a quien en la visión del sueño se le predice que ha de ser antepuesto a los hermanos (Gén. 37, 5 ss.). O como (se lee) en el Evangelio de José, el esposo de María, a quien se advierte en sueños que huya con el Niño a Egipto (Mt. 2, 13). A veces sobrevienen también visiones mixtas, es decir, de pensamiento y de ilusión a un tiempo, y, asimismo, de pensamiento y revelación, como afirma Daniel: *En tu lecho, ¡oh rey!, te vinieron pensamientos de lo que vendrá después de este tiempo, y el que revela los secretos te dio a conocer lo que sucederá* (2, 29). Porque muchas veces se nos muestran mientras dormimos, por un cierto arrobamiento de la mente, aquellas cosas a las que aplicamos la atención de nuestro pensamiento.

734. Por más que algunos sueños sean veraces, no es conveniente darles crédito con facilidad, pues se originan de diversas clases de representaciones, y rara vez examinamos la causa que los motiva. Así, pues, no hay que depositar la confianza en los sueños a la ligera, no sea que Satanás, transfigurándose en ángel de luz, engañe al incauto, sea quien fuere, embaucándole con cualquier fraude ilusorio.

735. A veces, los demonios acechan con falaz astucia a algunos hombres indiscretos, y les engañan de tal suerte, que ciertos sueños se cumplen del mismo modo que se manifiestan. Pues con objeto de

engañarles en muchas cosas, de vez en cuando presagian la verdad. Mas, aunque así suceda, hay que desdeñarlos, no sea que provengan de la ilusión, teniendo presente el testimonio de la Escritura, que dice: *Si os lo anunciaren y así sucediera no lo creáis* (Mt. 24, 23).

736. Los sueños son semejantes a los augurios, y a quienes les hacen caso se les llama agoreros. No son verdaderos los sueños que el ánimo se forja discurriendo día y noche, porque a veces el alma misma inventa los sueños.

737. A menudo, cuando traemos a nuestra consideración la triste memoria de los antiguos delitos, al recordar a éstos imaginamos sufrir por su causa en nosotros mismos el castigo del infierno. Tales imaginaciones, que tanto por los pecados anteriores cometidos como por el recuerdo futuro sobrevienen a los que están despiertos, no sólo se presentan en las visiones de los sueños, sino que perturban también los pensamientos del alma, pues con el solo poder de la memoria se llevan a efecto ambas cosas ya estemos en vigilia, ya en el sueño.

738. En efecto, una tal conmoción del ánimo nos agita aun en el descanso con horrible pavor, y con la imaginación de la mente contemplamos incluso en sueños cuán graves son las acciones cometidas y cuán penoso el castigo que tememos.

739. No hay pecado cuando sin querer somos burlados con imaginaciones nocturnas; mas entonces hay pecado si, antes de ser burlados, nos predisponemos acariciando el mal pensamiento. Las imágenes de actos de lujuria que en realidad cometimos, se presentan a menudo a nuestro espíritu cuando dormimos, pero no causan perjuicio alguno si nos asaltan sin desearlas.

740. Quien a causa de ilusiones nocturnas sufre la polución, aun cuando se dé cuenta que se ha mancillado sin provocar el recuerdo de torpes pensamientos, atribuya, con todo, a culpa suya el ser tentado y al instante lave con lágrimas su impureza.

CAPITULO VII

De la oración

741. Este es el remedio para el que es asediado por el incentivo de los vicios: aplicarse a la oración cuantas veces le asalta algún vicio, ya que la oración frecuente neutraliza el ataque de éstos.

742. Conviene aplicar nuestro ánimo a la oración y la súplica con tal perseverancia, que lleguemos a superar con firmísima voluntad las molestas sugestiones de los deseos carnales que se insinúan a través de los sentidos, e insistir todo el tiempo hasta que las venzamos con nuestra tenacidad, ya que una súplica negligente ni siquiera logra conseguir de los hombres lo que desea.

743. Cuando uno ora, invoca la asistencia del Espíritu Santo. Mas tan pronto como El llega, al punto se desvanecen las tentaciones de los demonios que asaltan el alma humana al no poder soportar la presencia de Aquél.

744. Orar es propio del corazón, no de los labios, pues Dios no atiende a las palabras del que suplica, sino mira al corazón del que ora. Pero si el corazón ora en secreto y la voz se calla, aunque (la plegaria) se oculte a los hombres, no puede ocultarse a Dios, que está presente en la conciencia. Efectivamente, es preferible orar interiormente en silencio, sin sonido de palabras, que con solas las palabras, sin aplicación de la mente.

745. Nunca se ha de orar sin lágrimas, pues el recuerdo de los pecados engendra aflicción; mientras oramos recordamos las culpas, y entonces nos reconocemos más culpables. Así, pues, cuando comparecemos ante Dios, debemos gemir y llorar al acordarnos cuán graves son los crímenes que cometimos y cuán terribles los suplicios del infierno que tememos.

746. El alma, cual se presenta en la oración, así debe mantenerse después de ella. Porque de nada aprovecha la oración si reiteradamente se comete el pecado del que nuevamente se pide perdón. Aquel, sin duda, percibe el fruto que espera de la plegaria que no reitera con sus faltas lo que pide se les perdone en la oración.

747. Nuestra alma es celestial, y entonces contempla rectamente a Dios en la oración cuando no está embarazada por ninguna preocupación o extravío terreno. En su propio ambiente está dispuesta para el bien, en otro distinto se turba.

748. Es pura la oración cuya práctica no impiden los cuidados del siglo, mas está lejos de Dios el ánimo que durante la oración se halla distraído con pensamientos terrenos. Entonces, pues, oramos sinceramente cuando no pensamos en otra cosa. Pero son muy pocos los que practican tal clase de oración. Y, aunque se da en algunos, es difícil, no obstante, que siempre sea así.

749. El alma que antes de la oración, alejada de Dios, se entre-

tiene con pensamientos torpes, cuando se entrega a la oración le asaltan las imaginaciones que recientemente tuvo, dificultándose el fácil acceso a la plegaria, a fin de que su espíritu no se eleve libremente al deseo celestial.

750. Por ello, en primer lugar se ha de purificar el ánimo y apartarlo de la consideración de los asuntos temporales, para que con pureza de intención se dirija a Dios verdadera y sinceramente. Porque entonces en realidad confiamos poder conseguir los dones divinos cuando nos presentemos en la oración con sencillez de afecto.

751. De múltiples maneras se distrae la atención de la plegaria cuantas veces las vanidades del mundo invaden el ánimo de quienquiera que practica la oración. Pero entonces el diablo sugiere con más ahínco al espíritu humano el pensamiento de los cuidados temporales cuando se da cuenta que uno está orando.

752. De dos modos se impide la oración a fin de que uno no pueda alcanzar sus peticiones, esto es, cuando uno todavía comete pecados o cuando no perdona al que le ofendió. Doble vicio que, si uno aleja de sí, al punto se consagra seguro a la práctica de la oración y alza libremente su ánimo hacia aquellas peticiones que espera conseguir con la plegaria.

753. El que es injuriado no deje de orar por los que le injurian; de no hacerlo así, conforme a la sentencia del Señor, peca el que no ora por los enemigos (Mt. 5, 44).

754. Como ningún remedio aprovecha para la herida si todavía tiene dentro la metralla, así de nada sirve la oración de aquel en cuyo ánimo persiste el dolor, y el odio en su pecho.

755. Tan grande debe ser el amor a Dios del que ora, que no debe desconfiar del resultado de la plegaria, porque en vano hacemos oración si no tenemos confianza en ella. Así, pues, pida cada uno con fe, sin titubear lo más mínimo, pues el que duda se asemeja al oleaje del mar, que el viento provoca y dispersa a la vez (Sant. 1, 6).

756. La desconfianza en conseguir las peticiones se origina cuando el ánimo siente que todavía conserva el afecto al pecado. En efecto, no puede albergar segura confianza en su súplica quien todavía es indolente en el servicio de Dios y se deleita con el recuerdo del pecado.

757. No merece recibir lo que pide en la oración quien se aparta de los preceptos de Dios, ni puede conseguir el favor que pide a Aquel cuya ley no obedece. Si realizamos lo que Dios manda, sin

duda conseguimos nuestras peticiones, porque como está escrito, *es abominable la oración de aquel que se aparta de la ley* (Prov. 28, 9).

758. En el servicio de Dios se encarecen necesariamente estas dos cosas: que las obras se apoyen en la oración, y la oración en las obras. Por lo cual dice también Jeremías: *Alcemos nuestro corazones a Dios junto con nuestras manos* (Lm. 3, 41). Así, alza corazón y manos el que eleva la oración acompañada de las obras, pues todo el que ora y no trabaja, alza el corazón, pero no las manos. En cambio, el que trabaja y no ora, alza las manos, pero no el corazón. Mas, puesto que es indispensable trabajar y orar a un tiempo, con razón se han dicho ambas cosas a la vez: *Alcemos nuestros corazones y nuestras manos a Dios*, no sea que el corazón nos reprenda por la negligencia en cumplir los mandamientos en el caso de que pretendamos alcanzar nuestra salud o sólo con la oración o sólo con las obras.

759. Después de realizar la buena obra, derrámese lágrimas en la oración, para que la humilde plegaria alcance el mérito de la acción.

760. Levanta sus manos a Dios de forma vituperable quien publica sus obras con jactancia, como el fariseo, que oraba en el templo con vanidad y que pretendía se alabase a él más que a Dios por sus buenas obras (Lc. 18, 11 ss.).

761. La oración de algunos se convierte en pecado, como se lee acerca de Judas el traidor, pues la plegaria del que ora con arrogancia, buscando la alabanza de los hombres (Sal. 108, 7), no sólo no borra el pecado, sino que ella misma se convierte en pecado. Como sucede con los judíos y herejes, quienes, aunque parece que ayunan y oran, sin embargo, su oración no les sirve para merecer el perdón, antes bien se transforma e pecado.

762. A veces, la oración de los elegidos, en medio de sus tribulaciones, tarda en ser escuchada, a fin de que aumente la perversidad de los impíos; mas, cuando los justos son escuchados oportunamente, ello acontece para la salvación de quienes les persiguen, a fin de que, mientras a ellos se les brinda el remedio temporal, los malvados abran sus ojos y se conviertan. Por esta razón, el fuego encendido para los tres mancebos resultó inactivo (Cf. Dan 3, 50), a fin de que Nabucodonosor reconociera al verdadero Dios. Como dice el profeta en los Salmos: *Líbrame por causa de mis enemigos* (68, 29).

763. Así, pues, las oraciones de algunos son escuchadas más tarde, para que, impulsadas con mayor fuerza, en tanto no se las atiende,

acumulem mayores premios. Sirvan de ejemplo los inviernos en el retraso de las cosechas, durante los cuales, cuanto más tarde aparece la simiente sembrada, tanto se desarrolla con más plenitud en orden al fruto.

764. Cuantas veces en nuestra oración no somos al punto escuchados, pongamos ante nuestra consideración nuestras obras, a fin de atribuir el hecho mismo de la tardanza a la justicia divina y a nuestra culpa.

765. A veces es para nuestro provecho y no para nuestra desgracia que, orando con perseverancia, no seamos al instante escuchados. Porque con frecuencia Dios a muchos no les atiende según su deseo, para atenderles en orden a la salvación.

766. Muchos no son escuchados cuando oran, pero Dios les procura bienes mejores de los que piden, como suele suceder con los pequeñuelos, que suplican a Dios para no ser azotados en la clase. Mas no se les concede el favor que piden, porque atenderles es un obstáculo para su perfeccionamiento. No de otra suerte acontece a algunos elegidos: suplican a Dios por ciertas ventajas o contrariedades de esta vida; mas la Providencia divina no se cuida de sus aspiraciones en este mundo, porque les reserva bienes mejores para la eternidad.

767. La oración se practica con más provecho y consigue mejores resultados en recinto privado, por cuanto se realiza siendo sólo Dios el testigo.

768. En cambio, es propio de los hipócritas darse a conocer a los presentes, cuyo propósito no es el de agradar a Dios, sino el de recabar la gloria de los hombres.

769. Dios no escucha a los hombres porque hablen mucho, como si se empeñaran en conmoverle con muchas palabras. Pues no granjea su favor la verbosidad del que ora, sino la recta y sincera intención de la plegaria.

770. Es cosa saludable orar siempre en el corazón, es también saludable con el tono de la voz glorificar a Dios con himnos espirituales. De nada sirve cantar con sola la voz de la intención del alma, como dice el Apóstol, *cantando en vuestro corazón* (Ef. 5, 19); esto es, salmodiando no sólo de palabra, sino también de corazón. De ahí que afirme en otro lugar: *Oraré con el espíritu, mas oraré también con la mente* (I Cor. 14, 15).

771. Como la oración nos guía, así el estudio de los salmos nos

deleita, pues la práctica de salmodiar consuela los corazones afligidos, hace los espíritus más agradecidos, deleita a los melancólicos, despierta a los negligentes, invita al llanto a los pecadores. En efecto, por más duros que sean los corazones de los mundanos, tan pronto como suena la melodía del salmo, impulsa su alma a la práctica de la piedad.

772. Aun cuando no sea la inflexión de la voz, sino las palabras divinas que en la salmodia se pronuncian, lo que debe conmover al cristiano, no se´de qué manera nace de la modulación del canto una mayor compunción. Pues son muchos los que, impresionados por la suavidad del canto, deploran sus crímenes, y en aquel pasaje se mueven más al llanto en el que se percibe muy suave la modulación del salmista.

773. La oración sólo se practica en esta vida para la remisión de los pecados, mas la recitación cantada de los salmos refleja la alabanza perpetua de Dios en la gloria eterna, tal como está escrito: *Bienaventurados los que moran en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos* (Sal. 83, 5). Y todo el que lleva a cabo la ejecución de esta obra con fidelidad y atención, se asocia, en cierto modo, a los ángeles.

CAPITULO VIII

De la lectura

774. La oración nos purifica, la lectura nos instruye; ambas cosas son buenas cuando son posibles; pero, si no, mejor es orar que leer.

775. El que gusta de estar siempre con Dios, debe orar con frecuencia, y asimismo leer. Porque, cuando oramos, somos nosotros los que hablamos con Dios; mas, cuando leemos, es Dios quien habla con nosotros.

776. Todo el aprovechamiento proviene de la lectura y de la meditación, porque con la lectura aprendemos las cosas que ignoramos y con la meditación conservamos las que hemos aprendido.

777. Un doble beneficio proporciona la lectura de las santas Escrituras, sea porque instruye mejor al entendimiento, sea porque conduce al amor de Dios al hombre que ya se ha apartado de las vanida-

des del mundo. Efectivamente, muchas veces, estimulados por las enseñanzas, nos sustraemos al deseo de la vida mundana, y enardecidos por el amor de la sabiduría, tanto más se desvanece ante nosotros la vana esperanza en nuestra condición mortal cuanto más brilla a causa de la lectura la esperanza eterna.

778. Doble es el propósito en la lectura; el primero se refiere al modo de entender las Escrituras, el segundo, al provecho y dignidad con que se dan a conocer. Pues primeramente uno estará en disposición de entender lo que lee, luego será apto para comunicar lo que aprendió.

779. El lector diligente estará más resuelto a poner en práctica lo que lee que a entenderlo. Es menos penoso desconocer lo que uno pretende que no ejecutar lo conocido. Porque del mismo modo que con la lectura buscamos saber, así debemos realizar las buenas obras que aprendimos al tener conocimiento de ellas.

780. La ley de Dios encierra un premio y un castigo para quienes la leen. Premio para quienes, por vivir con rectitud, la observan; castigo para los que, por su vida depravada, la desprecian.

781. Todo el que por su conducta se aparta de los preceptos de Dios, cuantas veces tuviere la ocasión de leer o escuchar estos mismos preceptos divinos, al ser reprendido en su corazón, queda confuso, pues recuerda lo que no practica y en su interior le acusa el testimonio de la conciencia. Por ello, el profeta David suplica con estas palabras: *Entonces no seré confundido cuando atienda a todos tus mandatos* (Sal 2. 8, 6). En efecto, uno queda sumamente confuso cuando, leyendo o escuchando, considera los mandamientos de Dios, que en su vida desprecia, y su corazón le reprende en tanto es instruido con la meditación de los mandamientos, porque no realizó de obra lo que aprendió por imperativo divino.

CAPITULO IX

De la asiduidad en leer

782. Nadie puede conocer el sentido de la santa Escritura de no familiarizarse con su lectura, según está escrito: *Tenla en gran estima, y ella te ensalzará, y cuando la hubieres abrazado, te glorificará* (Prov. 4, 8).

783. Cuando uno es más asiduo en leer las Sagradas Escrituras, tanto consigue una inteligencia más plena de ellas; como sucede con la tierra, que cuanto mejor se cultiva, tanto es más abundante el fruto que produce.

784. Cuanto más sobresale el hombre en cualquier parte, tanto más el propio arte se pone al alcance del hombres, como se dice en la ley: *Moisés subió al monte, y el Señor descendió* (Cf. Ex. 19, 3 y 20).

785. Con respecto a la contemplación espiritual, es cierto que sólo aquel podrá investigar el secreto de los mandamientos divinos que apartare su ánimo de la dedicación a los asuntos terrenos y con asidua familiaridad se aplicare a las Santas Escrituras. Porque como el ciego y el que tiene vista pueden ambos ciertamente caminar, pero no con igual desenvoltura, ya que el ciego tropieza al dirigirse a un lugar que no ve, y, en cambio, el que tiene vista evita los obstáculos y sabe a donde ha de dirigirse, así también el que anda a obscuras por la espesa niebla de los cuidados terrenos, cuando intenta escudriñar los misterios de Dios, no puede hacerlo, ya que no ve a causa de las preocupaciones que nos ofuscan. Sólo aquel puede lograrlo que se aparta de los cuidados materiales del siglo y se concentra enteramente en la meditación de las Escrituras.

786. Algunos tienen capacidad intelectual, pero descuidan el interés por la lectura y desprecian en su abandono cuanto leyendo pudieron aprender. Otros, por el contrario, tiene deseos de saber, pero se lo impide la torpeza de su inteligencia, los cuales, no obstante, por la lectura asidua llegan a entender aquello que los inteligentes no conocieron por su desidia.

787. El ingenio se desarrolla con el tiempo, si no por la disposición natural, al menos por la constante lectura. Pues, aunque haya torpeza de juicio, la lectura frecuente acrece la inteligencia.

788. Como aquel que es tardo de comprensión, a pesar de ello, recibe el premio por el esfuerzo en su noble afán (de aprender), así el que descuida la capacidad intelectual que Dios le concedió, se hace reo de condenación, porque desprecia el don que recibió, y peca por abandono.

789. Algunos, por disposición de Dios, reciben el don de ciencia, que descuidan para ser castigados más duramente por los dones que se les han confiado. Y los más torpes descubren con dificultad lo que desean saber, a fin de recibir el más alto precio de recompensa en proporción al máximo esfuerzo en el trabajo.

CAPITULO X

De la doctrina sin la gracia.

790. La doctrina sin la gracia adyuvante, aunque se derrame en los oídos, nunca penetra hasta el corazón: ciertamente por de fuera hace ruido, mas interiormente nada aprovecha. Y cuando interiormente toca la gracia de Dios al alma para que entienda, entonces la palabra de Dios infusa por los oídos llega a los últimos pliegues del corazón.

791. Porque así como a unos ilumina Dios con la llama de su caridad eterna, para que gusten vitalmente, así a otro deja fríos y desidiosos, para que persistan sin sentido.

762. Muchos hay bien dotados con agudeza de entendimiento, pero están angustiados por falta de palabra. Otros sin embargo disponen de ambos dones, tienen ciencia copiosa y facundia para persuadir.

CAPITULO XI

De los doctores soberbios

793. Los más, habiendo recibido ciencia de las Escrituras, no la emplean para la gloria de Dios, sino para su alabanza: en tanto que se engríen de la misma ciencia, vienen a pecar con lo que hubieran debido limpiar los pecados.

794. Los arrogantes leyendo jamás consiguen la ciencia perfecta. Pues aunque a primera vista aparezcan sabios, pero no llegan a profundizar los arcanos de la verdad, porque están oscurecidos por la nube de la soberbia. Los soberbios leen siempre y buscan, pero jamás encuentran.

795. Los secretos de la divina ley están patentes a los humildes y a los que entran bien a Dios, pero están cerrados a los malos y a los soberbios. Pues aunque las divinas palabras en la lección sean descubiertas a los arrogantes, pero en los misterios les están cerradas y ocultas.

796. En tanto que la palabra de Dios es luz para los fieles, de cierto modo es tiniebla para los réprobos y soberbios: de ahí que con lo que son iluminados aquellos, éstos están cegados.

CAPITULO XII

De los lectores carnales y de los herejes.

797. Quien carnalmente pasa por las palabras de la ley de ninguna manera entiende la ley; sólo el que la mira con un sentido interior de inteligencia. Porque quienes ponen su intención en la letra, no pueden penetrar lo que está oculto.

798. Muchos por no entender espiritualmente las Escrituras y no sentir de ellas rectamente, rodando han caído en herejía y se han derramado en muchos errores.

799. Sólo en los fieles está escrita la ley, según testifica el Profeta: *Ata el testimonio, escribe la ley en mis discípulo;* a fin de que ni el judío ni el hereje la entiendan, porque no son discípulos de Cristo. Pues no siguen la unidad de la paz que enseñó Cristo, de la que dice el mismo Señor (Jn., 13, 35): *"Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros"*.

800. Los herejes no gustan las Escrituras con sano sentido, sino que las depravan para el error de mala inteligencia; y ellos mismos no se someten a los sentidos de ellas, sino que las arrastran y violentan malamente para el error propio.

801. Los que enseñan errores de tal suerte enredan a los oyentes con perversas persuasiones y mentirosos argumentos que los meten en una especie de laberinto de donde no puedan apenas salir.

802. Tanta es la astucia de los herejes que mezclan lo verdadero con lo falso, lo bueno con lo malo, y entre cosas saludables ponen generalmente el veneno del error suyo, con el fin de poder persuadir más fácilmente la malicia del perverso dogma bajo el manto de la verdad.

803. Por lo general los herejes redactan sus dichos bajo nombre de doctores católicos para que al ser leídos sean creídos sin ninguna duda. Algunas veces interpolan sus blasfemias con dolo escondidas en los libros de los nuestros y corrompen la doctrina verdadera adulterándola, a saber: unas veces añadiendo cosas impías, otras quitando las que son piadosas.

804. Cautamente han de meditarse y con sentido de prudencia han de probarse las cosas que se leen, a fin de que según las advertencias del Apóstol mantengamos las que son verdaderas y rechacemos

las que son contrarias a la verdad, y de tal manera seamos instruidos por las buenas, que permanezcamos ilesos de las malas.

CAPITULO XIII

De los libros de los Gentiles

805. La razón por que se prohíbe a los cristianos leer las ficciones de los poetas es porque, mediante el placer de las inanes fábulas, despiertan el alma a los incentivos libidinosos. Porque no se inmola a los demonios sólo quemando incienso, sino también recibiendo sus dichos con gran voluntad o complacencia. (Distinct. 37 Can. a Grat).

806. Por la exageración y ornato del discurso algunos recréanse más al recitar los dichos de los Gentiles, que no las Santas Escrituras a causa del estilo sencillo. Mas ¿qué utilidad hay en aprovechar mucho en las doctrinas mundanas y quedarse vacío en las divinas?, ¿entusiasmarse con ficciones caducas y hastiarse de los misterios celestes? Hay pues que precaverse contra tales libros y evitarlos por amor de las Santas Escrituras.

807. Los libros de los Gentiles brillan exteriormente por la elocuencia de las palabras, mientras que interiormente están vacío de la sabiduría virtuosa; al contrario la elocuencia sagrada preséntase desaliñada en las palabras, pero interiormente destella en la sabiduría de los misterios. Por lo cual dice también el Apóstol (2 Cor. 4, 7): *Mas este tesoro lo llevamos en vasos de barro.*

808. Porque la palabra de Dios tiene un escondido brillo de sabiduría y de verdad depositado en los humildísimos vasos de las palabras.

809. Los libros santos están escritos en estilo sencillo para que los hombres sean guiados a la fe mediante aquellos *con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios* (I. Cor., 2, 4). Porque de haberse publicado con la sagacidad de un ingenio dialéctico, o con la elocuencia de la Retórica, en manera alguna se atribuiría la fe de Cristo a la virtud de Dios, sino que diríase que está en pie por los argumentos de la elocuencia humana, y no creeríamos que alguien fuese provocado a la fe por divina inspiración, sino antes bien seducido por la astucia de las palabras.

810. Toda la ciencia humana que resuena con palabras espumosas y que se alza con la hinchazón de la elocuencia, quedó debilitada por la sencilla y humilde doctrina de Cristo, según dice San Pablo (1 Cor., 1, 20): *¿No es verdad que Dios ha convencido de fatua la sabiduría de este mundo?*

811. Las Santas Escrituras gustan menos a los hastiados y locuaces por causa del lenguaje sencillo, porque comparadas con la elocuencia gentil parécenles cosa indigna. Pero si con espíritu humilde piden atención a sus misterios, al momento advierten cuán altas son las cosas que en las Escrituras desestiman.

812. En la lectura debe amarse no las palabras, sino la verdad. Mas no pocas veces la verdad se encuentra en la sencillez y la falsedad en los adornos. Esta halaga al hombre para sus errores, y por el ornato del lenguaje siembra placenteros lazos.

813. El deseo de la ciencia mundana no se ocupa en otra cosa que en levantar con alabanzas al hombre. Y cuando fueren mayores los adornos de la literatura, tanto más se esponja el tumor del ánimo inflado por la arrogancia. Bien dice el Salmo (70, 15, 16), mirando a esto: *Como yo no entiendo de literatura o sabiduría mundana, me internaré en la consideración de las obras del Señor.*

814. No debe anteponerse el barniz del arte gramatical a los escritos más sencillos, porque más valen los tratados comunes por ser más sencillos y que tratan de la humildad propia de los lectores, que los otros más inicuos que inducen las mentes humanas a perniciosa soberbia.

815. Con todo mejores son los gramáticos que los herejes, porque éstos propinan copas de mortífero jugo persuadiendo, y la enseñanza de los gramáticos hasta puede ser provechosa para la vida, con tal que se emplee para los usos mejores.

CAPITULO XIV

De la conferencia o colación.

816. Siendo la lectura de utilidad para instruir, si se le añade la conferencia es de más provecho para entenderla. Mejor es conferir que sólo leer.

817. Y la conferencia causa docilidad: porque con las cuestiones propuestas exclúyese la lentitud de las cosas y con frecuencia la verdad latente se descubre por las objeciones. Pues colacionando o confiriendo pronto se ve lo que es oscuro o dudoso.

818. En la conferencia sirven de mucho los ejemplos. Porque las cosas que se advierten menos por sí mismas, comparándolas con otras se aprenden con facilidad. Y las divinas Escrituras insinúan frecuentemente las utilidades espirituales bajo símbolos, y como no sea mediante una exposición evidente, apenas si se vislumbran los misterios ocultos.

819. Pero del mismo modo que la colación suele instruir, así la contienda suele destruir. Porque ésta, abandonado el sentido de la verdad, engendra los pleitos, y combatiendo con palabras llega hasta blasfemar contra Dios. De ahí tanto las herejías como los cismas, con los que ser pervierte la fe, se corrompe la verdad y se desgarra la caridad.

820. El empeño de los contenciosos es luchar, no en favor de la verdad, sino en favor de su ambición de gloria. Y hay en éstos perversidad tan grande que no se avienen a ceder a la verdad y luchan para desvirtuar la recta doctrina.

821. En la discusión de los fieles debe evitarse la artificiosa sutileza de las proposiciones, que tiende lazos con astutas objeciones; porque de tal manera embrollan la discusión los malos con astutas aserciones, que simulan ser cosas rectas las perversas que persuaden.

822. La lectura tiene necesidad de la memoria. Y dado que ésta sea de natural más tarda, se aguza con la frecuente meditación y se adquiere por la asiduidad en leer.

823. A veces la lectura prolija, por causa de la duración, sofoca la memoria del lector. Pero si la lectura es corta y retirado el libro se revuelve en el ánimo la sentencia, entonces léese sin cansancio y lo que se ha leído, recapacitándolo, en manera alguna se va de la memoria.

824. Más aceptable para los sentidos es la lectura silenciosa que la en voz alta, porque se instruye más el entendimiento cuando la voz del lector descansa y la lengua se mueve silenciosamente. Porque leyendo alto se fatiga el cuerpo y la agudeza de la voz se embota.

CAPITULO XV

De la contemplación y de la acción.

825. Vida activa es la inocencia de las obras buenas, contemplativa es la especulación de lo sobrenatural: aquella es común a muchos, más ésta es de pocos.

826. La vida activa hace buen uso de las cosas mundanas, la contemplativa empero, renunciando al mundo, se deleita en vivir para Dios solo.

827. Quien primero aprovecha en la vida activa sube bien a la contemplación. Justamente es levantado en ésta quien fue hallado útil en aquella. Quienquiera que está aún aficionado a la gloria temporal o a la concupiscencia carnal, tiene impedimento para la contemplación, hasta tanto que se limpie de ello ejercitándose en los actos de esta vida. Porque en la vida activa se han de agotar primero todos los vicios mediante la práctica de obras buenas, para que en la contemplativa cada uno pase a contemplar con intensidad a Dios con el alma ya purificada. Y por más que el converso desee subir al instante a la contemplación, sin embargo la prudencia obliga a permanecer primero en los ejercicios de la vida activa.

828. Modelo de la vida activa y contemplativa tómalo de Jacob, quien destinado primero para Raquel, que simboliza la contemplación, fuéle sustituida Lía, que es la vida trabajosa y simboliza la activa.

829. Así como el sepultado está alejado de todo asunto terreno, así el dedicado a la contemplación se aleja de espaldas a toda ocupación actual. Y como los que suben de la vida actual quedan sepultados en el reposo de la contemplación, así los que se retiran de los negocios seculares son recibidos por la vida activa como para ser sepultados; y esto mediando se verifica que la vida activa es sepulcro de la vida mundana, y la contemplativa es sepulcro de la vida activa.

830. Los varones santos, así como del retiro de la contemplación salen en público para actuar, así otra vez de la actuación pública se vuelven al retiro íntimo de la contemplación para alabar a Dios en su interior, en donde recibieron con qué trabajar fuera para gloria de Dios.

831. Así como es costumbre del águila fijar siempre la vista en el rayo del sol y no retirarla más que para conseguir la caza que

comer, así también los santos vuelven a veces de la contemplación a la vida activa, considerando que aquellas alturas son muy útiles, pero de modo que las cosas viles son para nuestra indigencia un tanto necesarias.

832. En el género de la vida activa la intención del hombre camina con perseverancia, pero en la contemplación se recoge por intervalos, porque se fatiga con la duración de contemplar.

833. La visión de Ezequiel sobre los animales que iban y no volvían, corresponde a la perseverancia de la vida activa; la de los animales que iban y volvían pertenece al módulo de la vida contemplativa, en la cual mientras uno al verse azotado por la debilidad vuelve sobre sí y retrocede, renovada otra vez la intención, levántase allí de donde había descendido. Lo que no puede hacerse en la vida activa, de donde si uno se desvía, al punto caen en los excesos del vicio.

834. El ojo derecho, que escandaliza y que mandó el Señor sea arrancado, es la vida contemplativa. Dos ojos en la cara son en el hombre vida activa y contemplativa. Por tanto quien por la contemplación enseñara un error, es mejor que arranque el ojo de la contemplación, conservando para sí el ojo único de la vida activa, a trueque de que resulte más provechoso el encaminarse a la vida por la activa, que ir al infierno por el error de la contemplación.

835. Muchas veces el alma se levanta de los seres más viles a las mayores alturas, otras empero desde las alturas vuélvese a lo más abyecto arrastrada por el peso de la carne.

836. Dios visita con su gracia a muchos de entre los carnales y los levanta a la cúspide de la contemplación, y a muchos por sus justos juicios prívalos de la contemplación y caídos los abandona en trabajos terrenos.

CAPITULO XVI

De los menospreciadores del mundo.

837. Las cosas que a los amadores del mundo son caras, rehúyenlas los santos como adversas: más se gozan con las adversidades del mundo, que no se deleitan con las prosperidades.

838. Alejados están de Dios aquellos a quienes este siglo proporciona toda suerte de comodidades. Que a los servidores de Dios todo lo de este mundo les es contrario; a fin de que con más ardor se exciten a desear lo celestial, mientras que sienten serles contrario lo de la tierra.

839. Quien es despreciable para este mundo, brilla con gracia grande en la presencia de Dios, porque en verdad es preciso que sea amado de Dios quien es del mundo aborrecido.

840. Leemos que los varones santos eran huéspedes y peregrinos en este mundo; y aun Pedro fue reprendido porque pensó en fijar el tabernáculo en el monte: porque los santos no tienen aquí tabernáculo, ya que tienen su casa y patria en el cielo.

841. Para esto los varones santos desean despreciar el mundo y dirigen a lo alto el ímpetu del alma, para recogerse allí de donde ha descendido y salir de aquí donde están desparramados.

842. Los justos que renuncian a los bienes, honores y delicadezas de la vida, se privan además de toda posesión terrena con el fin de vivir para Dios; y por tanto pisotean los halagos de este siglo para levantarse más robustos para la mortificación de esta vida. Porque todas las cosas temporales se secan y pasan como hierbas frescas: por lo cual el servidor de Dios las desprecia justamente por las eternas, que nunca se marchitan: en aquellas no encuentra estabilidad.

843. Quien después de renunciar al mundo ansía con santos anhelos la patria suprema, levántase de esta terrena ocupación como con unas alas y gimiendo mira de dónde había caído, y cuando haya llegado dilátase con gozo grande. Mas quien salido del retiro de la contemplación cae en los cuidados de este siglo, si recapacita en su memoria, pronto suspira; y conoce cuánta era la tranquilidad que ha perdido y cuánta es la confusión en que ha caído, por la dificultad misma de su trabajo. Pues ¿qué cosa en deseos terrenos? O ¿qué hay aquí más seguro que el no apetecer cosa de este siglo? Porque quienes aman este mundo están conturbados con turbulentos cuidados y solicitudes de él; pero quienes le odian y no le siguen, gozando de tranquila interior paz, comienzan aquí a tener ya de alguna manera el descanso de la paz futura que allá esperan.

CAPITULO XVII

De los santos que se retiran del trato mundano.

844. Los varones santos que renuncian totalmente al siglo, de tal manera mueren al mundo, que solamente se gozan en servir a Dios solo; y cuanto se sustraen de la conversación de este siglo, tanto con la intensidad del alma contemplan interiormente la presencia de Dios y disfrutan de la compañía de los Angeles.

845. Son tan manifiestas las obras inicuas de los malos, que quienes desean la patria de arriba no tan sólo huyen de sus costumbres, sino también de sus reuniones. Y algunos desean estar corporalmente separados de los malos para no verse envueltos en los delitos de ellos. Otros aunque no con separación corporal, sí se retiran espiritualmente de la intención de aquellos; éstos aunque se comunican por la conversación, con todo están separados de corazón y de obra. Y por más que frecuentemente Dios protege la vida de los elegidos en medio de los carnales, es sin embargo bastante raro que, puesto uno entre los placeres del siglo, permanezca limpio de vicios, en los que si no se enreda pronto, por lo menos alguna vez es atraído. Porque no podrá estar seguro largo tiempo quien estuviere próximo al peligro.

846. Vía sin tropiezo la vida del monje, sin el impedimento de codicias y temores. Porque cuando alguien se retira del consorcio mundano, la codicia no le obliga a consentir ni le atormenta a sentir.

847. Bueno es estar alejado corporalmente del mundo, pero mucho mejor es estarlo de corazón. Y estarlo de ambas maneras perfecto. Por tanto es perfecto quien está separado de este siglo con el cuerpo y con el corazón.

848. El onagro, que es asno silvestre, desdeña la ciudad, como dice Job; y los monjes la conversación ordinaria de los ciudadanos seglares. Estos monjes apetecen las adversidades de nuestra vida, desprecian las comodidades, a trueque de encontrar la vida futura, en tanto que menosprecian esta vida.

CAPITULO XVIII

De los preceptos más elevados de los monjes.

849. Unos son los preceptos que se dan a los fieles que viven vida ordinaria en el siglo y otros a quienes renuncian al siglo. A los primeros se les dice que desempeñen bien todo lo suyo, sus bienes; a los segundos se dice que dejen toda su hacienda. Aquellos están obligados por los preceptos generales; éstos viviendo más perfectamente remontan los preceptos generales.

850. Para la perfección no es bastante haber renunciado a todos sus bienes, si cada uno no se niega también a sí mismo. Pero ¿en qué consiste negarse a sí mismo, sino en renunciar a los propios gustos? De suerte que quien era soberbio, sea humilde; quien iracundo, desee ser manso. Porque si no renuncia a todo cuanto posee, de tal modo que no renuncia también a sus costumbres, no es discípulo de Cristo. Pues el que renuncia a todas las cosas, renuncia y niega sus bienes; pero quien renuncia a las malas costumbres, se niega a sí mismo. Por esto el Señor (Math. 16, 14) dice: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.*

CAPITULO XIX

De la humildad del monje y de su labor.

851. La suma virtud del monje es la humildad y el vicio sumo es la soberbia. Entonces téngase uno por monje cuando se estime por nada, aun cuando haya ejecutado las mayores obras de virtud.

852. Quienes abandonan el mundo y a pesar de ello siguen los preceptos de las virtudes sin humildad de corazón, éstos caen más gravemente como de una altura, porque por la soberbia de las virtudes se hunden mucho más que cuanto por los vicios pudieron sumergirse.

853. Todo siervo de Dios debe no engreírse de sus méritos, conociendo ser posible que algunos de entre los inferiores le estén preferidos. Y sepan todos los santos no anteponerse a la vida de los otros. La conciencia del siervo de Dios debe ser siempre humilde y triste, es decir, que por humildad no se ensoberbezca y por tristeza provechosa no abandone el corazón a la lascivia.

854. Cuando el siervo de Dios hace alguna buena obra, está incierto si lo que hace le servirá para ser recompensado por bueno, por si acaso en el juicio del juez celestial se encontrase que en algo de lo hecho en las cosas de Dios ha habido negligencia o soberbia. Por lo cual se entristece de esto mismo y se aflige y se turba constantemente, acordándose sin duda de que está escrito (Jer. 48, 10): *Maldito aquel que ejecuta con negligencia la obra del Señor*. Pues en verdad somos condenados si practicamos con negligencia las obras que son buenas.

855. Es preciso que el siervo de Dios lea, ore y trabaje sin cesar; para que el espíritu de fornicación no arrebate el alma que casualmente está ociosa. La voluptuosidad, que pronto se apodera del alma ociosa, no resiste al trabajo. Mira a Salomón envuelto en fornicaciones por causa del ocio y caído hasta en idolatría por causa de la fornicación.

CAPITULO XX

De la tibieza de los monjes.

856. Quienes no practican la profesión del monje con intención inflexible, cuanto con más flojedad se dirigen a conseguir el amor sobrenatural, tanto con mayor tendencia se encaminan nuevamente el amor mundano. Porque la profesión que no es perfecta vuelve a los deseos de la vida presente, en los cuales por más que de hecho no se vea atado el monje, pero ya se ata con amor de pensamiento. Porque el ánimo que tiene esta vida por dulce está lejos de Dios. Y el tal no sabe qué apetecer de los bienes superiores, qué huir de los ínfimos. Pues escrito queda (Eccles. 1, 16): *Quien acrecienta el saber, también acrecienta el trabajo.*

857. Porque cuanto alguien pudiera conocer los bienes superiores que apetecer, tanto más acerbamente debe dolerse de los ínfimos a que se encuentra apegado. Que por esto dice el Apóstol Santiago (4, 9): *Mortificaos y plañid, y sollozad; truéquese vuestra risa en llanto, y el gozo en tristeza.* Y también el Señor dijo: *Bienaventurado los que lloran, porque ellos serán consolados* (Mt. 5, 5). Y otra vez: *¡Ay de vosotros, los que reís, porque lloraréis!* (Lc. 6, 25).

858. Quien en la profesión de la santidad pretende esto, a saber, ser algún día quien preside a los otros, ese tal no es discípulo de Cristo, sino que es seguidor de la maldad; porque pretende llevar el trabajo de la cruz de Cristo, no por la gloria de Dios, sino por los hombres del siglo.

CAPITULO XXI

De los monjes que están ocupados en negocios seculares.

859. Los que renuncian al siglo por temor de Dios y no obstante se implican en cuidados de los asuntos de familia, cuanto se ocupan en diligencias asuntos, tanto se apartan de la caridad divina. Quienes pretenden simultanear el obedecer a cuidados terrenales y el ejercitarse en las cosas de Dios, no pueden abrazar a la vez ambas cosas. Porque no cabe que en pecho humano haya a una dos cuidados: es muy difícil que quien sirve a dos señores complazca a entrambos.

860. Si primero no se expulsa de lo más recóndito del corazón la importuna multitud de preocupaciones seculares, el alma que dentro está enferma, no se repondrá jamás. Porque en tanto que se disipa en incontables pensamientos del siglo, no se recoge para pensar en sí misma.

861. Es reprensible la desidia de los que, deseando servir a Dios, renuncian al mundo y desprecian sus propios asuntos, pero que mientras procuran el provecho de los allegados, sepáranse del amor de Dios.

862. El varón espiritual de tal manera debe aprovechar a sus parientes que, en tanto que cuida de prestarles apoyo material, de ningún modo decline él de su método de vida espiritual. Porque muchos monjes, por amor de los parientes, no sólo se hallan envueltos en negocios seculares, sino que hasta en los pleitos están metidos, y por salvar a los suyos en lo temporal, pierden ellos sus almas.

863. A veces es ordenada discreción el negar a los parientes próximos lo que se presta al extraño, a fin de que conozcas que no se te prohíben los deberes de piedad, sino que renuncies al afecto carnal. Porque con los parientes se hace por afecto carnal lo que con piedad se da a los extraños.

864. Al modo que no debemos aborrecer nuestra alma, pero debemos odiar sus aficiones carnales; así tampoco tenemos que aborrecer a los parientes, sino los estorbos suyos que no sacan del camino derecho; no obstante que el Señor nos manda odiar a los parientes lo mismo que a nuestras almas.

865. Figura de los santos varones que renuncian al siglo fueron las vacas de los Filisteos que llevaban el arca de Dios. Pues así como aquellas no se desviaron del camino recto por amor de los terrenos, así el varón que renuncia al mundo, no debe ser estorbado en su buena norma de vida por atender a la parentela.

CAPITULO XXII

De los que se ven estorbados por el amor mundano para el amor de Dios.

866. Muchos desean volar a la gracia de Dios, pero temen carecer de los gustos mundanos. Ciertamente el amor de Cristo los provoca, pero la codicia del siglo los retrae. Además, éstos se olvidan de sus propósitos porque están cogidos por los vanos contentamientos.

867. Alma, seas la que fueres, que estás envuelta en las borrascas de este mundo: Sube al árbol de la Cruz, para que te libres del mar, es decir, de la tempestad de este siglo. Nadie te salvará del lago de la muerte humana, como Cristo no te librare.

868. Quien ha prometido renunciar al siglo hácese reo de transgresión si cambió de voluntad. Y atrozmente han de ser castigados en el juicio divino los que menospreciaron cumplir de hecho lo que en la profesión prometieron.

869. Admirablemente está comparado quien pone conato en volver a Dios desde las mundanas delicias, mientras le retienen las concupiscencias mundanales, al otro que hace esfuerzos para levantarse mientras duerme y está deprimido por el sopor del sueño. Porque el primero sabe volver a lo bueno, mas no se lo consienten las luces de los placeres; el segundo quiere preferentemente despertar, pero está sujeto por la inacción del sopor.

870. Los que del bien han caído en el mal, hácense más negros que los carbones apagados; porque el fuego de la caridad de Dios se

apagó por la tibieza del alma, y privados por causa del apetito mundano de la luz soberana de iluminación, se oscurecen en la negrura de los pecados.

871. Algunos matan las aspiraciones del bien obrar por miedo de la indigencia, y son estorbados para llevar a cabo los deseos de una voluntad débil, y en tanto que temen ser indigentes en este mundo, a sí mismos se quitan la gloria eterna.

872. Con muchas argucias de consejos pone el diablo asechanzas para que, quienes tenían hecho voto de estar contentos con poco y con escaseces, adquieran muchísimos. Porque les hace presente la futura necesidad de los hijos, les persuade que adquieran mucho a fin de tener bastante para sí y para los indigentes; y con tales pretextos cambia la intención de la obra buena y arrastra hacia el lucro terreno al alma seducida.

873. Con muchas argucias pone el diablo emboscadas a los que renuncian al siglo a fin de que nuevamente se sometan a su amor. Y con más gravedad hiere con las codicias mundanas a los que, después de haber renunciado al mundo, ha reducido nuevamente a su amor. Y máxime el diablo somete al monje por la vanagloria: de modo que a quien no pudo retener por amor del siglo, lo derribe de la cima de la humildad y por el tumor de la soberbia se lo somete como súbdito.

874. El siervo de Dios debe prever siempre las asechanzas del diablo, engañador perpetuo, y debe cautelarse sobre todo en las obras buenas, para que no se pierda por vanagloria y perezca y pierda todos los bienes obtenidos con su recto proceder.

CAPITULO XXIII

De la jactancia.

875. Tanto en las palabras como en las obras debe huírse la jactancia; pero es para llorarse la ruina de quien pone más empeño en complacerse a sí que en agradar a Dios y en buscar las humanas alabanzas.

876. Vano es y completamente equivocado el ánimo que pone su cuidado en desear fama y anda ocupado en adquirir terrenas alabanzas. ¡Oh hombre! mírate, remírate, y no te atribuyas nada de cuan-

to hay en ti, como no sea el pecado. No se inclina al lado derecho quien no se atribuye los bienes que hace, sino a Dios; y no se vuelve al izquierdo quien no toma licencia para pecar con motivo de la divina indulgencia. Esto es lo qu dice el Profeta (Isa. 30, 21): *Este es el camino, andad por él; y no torzáis ni a la derecha ni a la izquierda.*

877. Verdad es que la naturaleza apetece recrearse en las alabanzas; mas sólo entonces hácenlo rectamente si en Dios, no en sí, es uno alabado, conforme a lo escrito (Ps. 33, 3): *En el Señor se gloriará mi alma.*

878. A veces despreciando la vanagloria se cae en otro género de soberbia, cuando se gloría uno de que desprecia las alabanzas de los hombres.

879. A algunos se ha concedido solamente que obren bien, y no recogen el fruto de la obra buena, porque ellos se lo quitan con su empeño de humana jactancia.

880. Miren siempre la fealdad de la vanagloria los que aman los favores de ella, y duélanse de haber perdido la obra buena que hicieron por vana ostentación.

881. El amador de la vanagloria es incansable en hacer por qué pueda siempre ser alabado, y de vez en cuando el mal deseo de la vanidad acrécele las fuerzas.

882. El comienzo de una obra buena no debe llegar cuanto antes al público conocimiento de los hombres; a fin de que, mientras se descubre a las miradas el comienzo de la obra buena, no se evapore el principio de la santidad y quede vacío del valor de la perfección. Las mieses que florecen antes de tiempo, mueren pronto y las semillas son inútiles.

883. Las virtudes de los santos por el apetito de ostentación quedan sometidas al dominio de los asquerosos demonios, como el Rey Ezequías, quien por jactancia enseñó a los Caldeos las riquezas y por este motivo oyó del Profeta que las perdería: para significar que el siervo de Dios pierde sus virtudes, cuando las publica por vanagloriarse, y al momento a los demonios hace señores de sus obras, al modo que el Rey Ezequías, por ostentación, hizo a los Caldeos dueños de sus riquezas.

884. La discreción mejor es aquélla mediante la cual nuestras obras sean conocidas con el fin de aumentar la gloria de Dios y queden ocultas en evitación del orgullo humano. Así pues quien asen-

tado en profunda humildad ya no se siente conmovido por engreimiento alguno, debe hacer público el bien que practica; mas quien conoce que todavía está empujado por afición de alabanza, haga ocultamente sus obras buenas para no perder lo que haya practicado.

885. Los varones santos algunas veces están atacados del tumor de la soberbia, en tanto que desean profundamente corregir su inconstancia, siendo conscientes de su acción justa; pero se limpian del mal de esta subrección por la humilde compunción.

886. Alguna vez los varones santos hablan de sí a los oyentes, y no obstante guárdanse con mucha humillación en esto, para que mientras a los otros levantan de los pensamientos terrenos, no sean ellos sumergidos por el apetito de la terrena alabanza.

887. Unos por incauta jactancia de las virtudes vuelven a caer en los vicios, y otros en tanto que con frecuencia lloran el empuje de los vicios, por humildad cúranse mejor de la misma enfermedad.

888. Generalmente a los arrogantes es útil quedar abandonados de Dios, ya que al conocer su flaqueza vuelvan a la humildad y después de la caída persistan humildes.

889. Algunos se tienen por perfectos, no siéndolo, con falsa opinión de arrogancia: éstos se conocerán en las tentaciones que vengan.

890. Tanto más cercano de la verdad está uno, cuanto más apartado haya creído hallarse. Esto es propio de la humildad, que junta al hombre con Dios. Además los ojos con que podía ser Dios visto, la jactancia los cierra.

891. Al modo que cuando se mira al sol se ofuscan los ojos, así también el que sin modo escudriña cosas más altas, es ofuscado por la intensa verdad.

892. Como el águila que desde las alturas se abate a las presas, así el hombre que de la cumbre de una vida santa se sumerge en lo terreno por seguir el apetito del cuerpo.

CAPITULO XXIV

De la hipocresía.

893. El hipócrita tiene palabras de los santos, la vida de los santos no la tiene: a los que engendró por la comunicación de la doctrina, no fomenta con ejemplos: si con la palabra edifica, con la vida y las costumbre destruye.

894. A los hipócritas llámase simuladores, que no buscan el ser justos, sino que desean parecerlo. Estos hacen el mal y profesan el bien, pues mientras que por ostentación aparecen buenos, por sus hechos son malos.

895. Los simples pueden perpetrar todos los pecados, pero la simulación y la hipocresía no la cometen más que los muy astutos y sagaces, que saben cubrir los vicios con el manto de las virtudes y ofrecer la santidad no verdadera.

896. Los Santos no sólo no apetecen gloria que no corresponde a su vida, sino que huyen de parecer lo que han merecido ser; mas los hipócritas para ser venerados, tapando lo vergonzoso de sus maldades, preséntanse a las miradas de los hombres revestidos de cierta inocencia de santidad. A los tales dice bien la divina palabra (Mt. 33, 27, 18): *¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas!, porque sois semejantes a los sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos y de todo género de podredumbre. Así también vosotros en el exterior os mostráis justos a los hombres; mas en el interior estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.*

897. Doblemente se condena a los hipócritas, por su oculta malicia y por su manifiesta simulación. Por lo primero se los condena porque son inicuos; por lo segundo porque ostentan lo que no son.

898. No siempre están ocultos los hipócritas, pues aunque algunos no se descubran en un principio, sin embargo descúbrense antes que se les acaba la vida que con simulación vivieron. Porque todo lo sincero es permanente, mientras que lo simulado no puede ser duradero.

899. No ha de desesperarse la salvación de los que todavía tienen algún gusto terreno, mientras que puedan también hacer ocultamente por qué ser justificados. Porque éstos son mejores que los hipócritas, por cuanto si son malos manifiestamente, también son bue-

nos ocultamente; los hipócritas empero son malos ocultamente y se presentan como buenos en público.

900. El justo se ve contenido de reprender al hipócrita, para que castigado éste no se haga peor, como advierte Salomón (Prov. 4, 8): *"No quieras redargüir al mofador, para que no te aborrezca"*.

CAPITULO XXV

De la envidia.

901. La envidia del bien ajeno atormenta a su autor. Pues por lo que el bueno adelanta, por lo mismo el envidioso se consume.

902. Los hombres que viven malamente, así como se gozan en las caídas de los buenos, así quedan confusos por las obras rectas y por la perseverancia de los buenos.

903. El envidioso es un miembro del diablo; por envidia del diablo entró la muerte en la tierra; como también el soberbio es un miembro del diablo. De éste hay escrito: *"Ve todo lo sublime, y él mismo es rey sobre todos los hijos de la soberbia"* (Job, 51, 25).

904. Ninguna virtud hay que no tenga por contrario el mal de la envidia. Sola la miseria está libre de envidia, porque nadie tiene envidia del miserable, al cual realmente sale al encuentro, no la envidia, sino la misericordia que se le muestra.

905. Muchos ni quieren imitar a los buenos ni dejan de consumirse con la envidia por los progresos de los buenos. De donde sucede que ellos no se corrigen de su maldad, antes se vuelven peores por la envidia, y si es que pueden, tratan de pervertir a los buenos de su propósito en cuanto de ellos depende.

906. Cuando los buenos vean que los malos prosperan, no se escandalicen y sobre todo piensen en el fin que han de tener.

907. Todo envidioso de las virtudes ajenas realiza lo que Satanás hizo con el bienaventurado Job. Porque emulándole la prosperidad, concibió adversidades; pero cuando el diablo confió que Job podía ser derribado, por lo mismo fuéronle a Job acrecentados los merecimientos y tanto más resplandecieron ejemplos de paciencia los más dignos de elogio.

908. Los envidiosos buscan la entrada de la mala fama por la

que mancillan la vida de los buenos, como los Sodomitas buscaban la puerta para entrar en la casa de Lot y dañarle. Pero aquellos atacados de la ceguera de error veían las paredes, mas no daban con la puerta. No de otra suerte los envidiosos, envidiando disimulan, como una pared, las virtudes, pero buscan los vicios que abrasen la conciencia de los buenos.

CAPITULO XXVI

De la simulación.

909. Un género hay de fraudulencia que a manera de aljaba esconde sutilmente las saetas de las insidias, para acusar falsa seguridad y engañar astutamente a aquél contra quien se maquina solapadamente.

910. El enemigo que está manifiesto debe temerse, pero más el que no puede ser visto. Porque fácilmente vencemos a quien vemos, mas a quien no vemos, con dificultad lo rechazamos.

911. El hombre rara vez es perjudicado por los extraños, si los suyos no le hacen daño. Más peligramos por las emboscadas de los nuestros, que por las de los extraños.

912. Muchas veces los venenos ocúltanse rodeados y envueltos en miel de palabras, y el engañador simula bondad por tanto tiempo, cuanto necesita para engañar.

CAPITULO XXVII

Del odio.

913. Los vicios, no los hombres, han de ser odiados.

914. Y amargamente han de ser llorados con lágrimas los que se consumen por odiar al hermano y observan dañosa doblez de ánimo en contra de los otros.

915. Pues los que se disocian de la caridad, se alejan del reino de Dios.

916. Como la madre Iglesia es malamente oprimida por los he-

rejes y no obstante abraza con benigna caridad a los que vienen a ella; así también cada uno de nosotros, imitando a la madre, soportamos a cualesquiera enemigos y debemos abrazar prontamente a los que retornan.

917. Pronto ha de perdonarse a cualquiera cuando pide perdón.

918. No es posible que se perdonen los pecados al que no perdona al que peca contra él. Porque la norma del perdón nos la puso Dios en razón de nuestra disposición, cuando nos manda orar de este modo: "*Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*" (Mt. 6, 12). El juicio de Dios es justo y manifiesta que tanto perdona al pecador, cuanto cada uno perdona a quien le ofendió.

919. Algunos confiando en sus merecimientos perezosamente dan el perdón a quienes les ofenden; pero a quien no está preparado para perdonar de nada aprovecha estar limpio de culpa. Porque esta es culpa tanto más grande cuanto más se tarda en perdonar las faltas de los hermanos.

920. Quien más tarda en reconciliar al hermano, más tarda en aplacar a Dios en favor suyo. Quien es negligente en aplacarse pronto con su prójimo en vano busca que Dios le sea propicio.

CAPITULO XXVIII

De la dilección.

921. Dos cosas han de guardarse con respecto al amor o dilección del prójimo: una, el no causarle daño; otra, el procurarle bienes. Lo primero para guardarse de perjudicar; lo segundo para enseñarse a dar.

922. Amistad es sociedad de ánimos. Se establece por dos, ya que la dilección no podría existir entre menos de dos.

923. Dijeron los antiguos que por causa del amor dos amigos tenían una alma en dos cuerpos. Así leemos en los Hechos de los Apóstoles (5, 32): *Tenían un corazón y una alma*. No porque muchos cuerpos tuviesen alma única, sino porque unidos por el lazo y fuego de la caridad, todos generalmente gustaban de lo mismo sin disensión.

924. La amistad, así como hace más dulce lo próspero, así templa lo adverso y lo hace más ligero por la comunión, porque cuando

en la tribulación se encuentra el consuelo del amigo, ni el ánimo se quebranta, ni sufre decaimiento.

925. Pero sólo entonces se ama al amigo, si no se le ama por él, sino por Dios. Y quien ama al amigo por él, neciamente le abraza. Muy sumergido está en la tierra quien ama más que debe a un hombre que carnalmente ha de morir.

926. Generalmente el hombre ama en otro lo que aborrece en sí, como en los infantes. Gustamos de una cierta cortedad en ellos, y con todo la odiamos, porque no queremos ser encogidos. Otro tanto sucede con las joyas, caballos y objetos que por más que nos gusten, no querríamos serlo nosotros, aunque nos fuera posible.

CAPITULO XXIX

De las amistades fingidas.

927. El falso amigo se clarea pronto en las adversidades, porque la amistad en la bonanza no es cierta y no se sabe si es querida la persona o la felicidad.

928. Muchas veces se cultiva simuladamente la amistad a fin de engañar fraudulentamente a quien no pudo engañar al descubierto.

929. Entonces hácese uno más contrario a la piedad y justicia divina, cuando desprecia a un amigo agobiado por alguna contrariedad. En lo cual no sólo se quita la ocasión de merecer, sino que es cruel para con la herida del prójimo. Así aconteció entre Lázaro el llagado y el rico soberbio. Así pues por lo próspero y por lo adverso se comprueba si en verdad se ama a Dios y al prójimo; pues cuando la adversidad sobreviene, descúbrese el falso amigo. Este desdeña al momento al que simuló querer.

930. No hay fuerza que rompa ni tiempo que borre la amistad verdadera, pues de cualquier modo que se presente el tiempo, ella persevera invariable.

931. Raros son los amigos que se quieren hasta morir. A muchos los aleja de la amistad ya una contrariedad temporal, ya la discusión de un hecho.

932. En algunos los honores cambian algunas veces las costumbres, y una vez llegados a las cumbres del honor se desdeñan de tener por amigos a los que antes tuvieron íntimos por amistad.

CAPITULO XXX

De la amistad interesada.

933. Entre los amigos de verdad la amistad nace de benevolencia, entre los amigos falsos se engendra por un favor.

934. No permanecen fieles a la amistad los que están unidos por un presente, no por la afectuosa voluntad. Pues desfallecen pronto como no reciban siempre. El amor que está cimentado en regalos se desmorona una vez se suspendió éste. Amistad verdadera es la que de las cosas del amigo nada más busca que benevolencia, es decir, amar graciosamente al que ama.

935. Generalmente la amistad nace de parentesco o de indigencia, a fin de tener uno por cuya mediación conseguir lo que se desea. Mas aquel que la pretende sin necesidad de nada, la busca de veras. La que nace de indigencia es corta y ficticia, la otra es verdadera y perpetua.

CAPITULO XXXI

De la concordia de los malos.

936. La amistad ha de tenerse sólo para lo bueno y los que la emplean para el mal no son amigos, sino enemigos.

937. La concordia de los malos es contraria a la de los buenos. Y así como es de desear que los buenos tengan mutua paz entre sí, así es de apetecer que los malos anden entre sí discordes. Que la unanimidad de los malos sea contraria a la de los buenos pruébalo el Apóstol Pablo, quien pone en frente de él a los malos, a los que vio que habían convenido en su muerte. Asimismo la Ley: el mar Rojo, símbolo de la concordia de los hombres malos, se divide para que no se estorbe el camino de los escogidos para la felicidad. Y se estorba el camino de los buenos, si el mar, es decir, la unidad de los malos no se rasga.

CAPITULO XXXII

De la corrección fraterna.

938. No debe adelantarse a reprender defectos ajenos quien todavía está dominado de los vicios. Porque reprender a otro de lo que uno en persona es reprensible no es de aprobar.

939. Quien de veras quiere corregir y curar la enfermedad fraterna, mire de ayudar al provecho del hermano de tal modo que amoneste con humilde corazón a quien desea corregir, y haga esto como por compasión de común peligro, para que tampoco sea él sometido a la prueba.

940. Así como los varones espirituales confían en la enmienda del pecado ajeno, así los protervos insultan con burlas a los que delinquen y en cuanto pueden los juzgan incurables; y no encaminan el corazón a la compasiva misericordia, sino que ensorberbeciéndose detestan y ultrajan.

941. Sucede algunas veces que una discordia entre amigos alimentada por una discusión engendra luego mayor caridad: como cuando se corrigen cosas en el amigo que parecen desagradar, y al principio el avisado no recibe esto sin cierta molestia, mas una vez enmendado, da las gracias. Otros muchos por el contrario rompen el lazo de la caridad por un insignificante daño y se retiran para siempre del amor de dilección.

942. Muchos estiman su corrección un deber de caridad; mas no pocos achacan a injuriosa contumelia el que por caridad sean corregidos. De lo cual resulta que se vuelven peores por lo mismo por que pudieron enmendarse obedeciendo.

943. Los justos aceptan saludablemente cuantas veces son corregidos de sus defectos. Pero es supérflua humildad la de los que se acusan de haber hecho lo que no cometieron. Y quien sin arrogancia pública sus buenas obras, sin ningún género de duda no peca.

944. Algunos perversos para quitarse la censura cuando son reprendidos por sus crímenes, se excusan y rechazan las palabras de los justos, remitiéndose al juicio divino, en el cual serán castigados con más dureza por cuanto desprecian ser temporalmente juzgados de los hombres.

945. Los malos tienen la verdad por molesta, la justa disciplina por amarga; y no se deleitan sino en la complacencia de la propia

imbecilidad: son estériles para la justicia y para la verdad, son ciegos para mirar la luz y tienen ojos para ver el error de las tinieblas.

946. El corazón de los réprobos es resbaladizo y flojo para consentir en lo malo, pero durísimo para sentir lo bueno.

947. Comprueba Salomón tanto lo de la corrección del justo, como lo de la amonestación del necio al decir (Prov. 9, 9): *enseña al justo y se apresurará a aprender*. Y poco antes (9, 7), dice del necio: *El que instruye al mofador o impío se acarrea ignominia.*

948. Hay hombres tan malvados que mientras son negligentes para corregirse ellos mismos del mal, censuran con falsas inculpaciones, la vida de los correctores: y para consuelo de su crimen presenten lo que es infamante para los buenos, aunque sepan que es falso, conforme a esto de Salomón: El impío convierte en mal los bienes y en los escogidos pone mancha. Mas ¡ay de aquél que reniega de corregir la vida y no desiste de censurar la de los buenos!

949. Muchos malvados defienden a los que se les parecen en lo malo y ponen a los malos bajo su protección en contra de la corrección de los buenos, para que no se enmienden por estar displicentes: echan sobre sí los delitos ajenos, para ser castigados, no tan sólo por los propios, sino también por los crímenes de los otros cuyos pecados defienden.

CAPITULO XXXIII

De los Prepósitos de la Iglesia.

950. El varón eclesiástico debe estar crucificado al mundo, no solamente por la mortificación del propio cuerpo, sino también por el desempeño del orden eclesiástico, dando que hubiere llegado, no por voluntad propia, sino por voluntad de Dios, recibiendo con humildad el gobierno.

951. Con múltiples fraudes Satanás sorprende a los que descuellan por su buena vida y sentido para presidir y no quieren aprovechar a los otros: y cuando se les impone el gobierno de las almas resisten, teniendo por más seguro llevar vida ociosa que dedicarse a enriquecer almas. Esto hacen engañados por un argumento del diablo mentiroso, que persuade so pretexto de algo bueno, a fin de que, retraídos del

oficio pastoral, de ningún modo adelanten los que habrían podido instruirse con sus palabras y ejemplos.

952. Los varones santos no apetecen los cuidados de las ocupaciones del siglo, sino gimen por los que llevan impuestos por secreta disposición. Y aunque los huyan por mejor intención, con todo los sobrellevan por ánimo sumiso. Pero si les resulta lícito, en gran manera se dan prisa a evitarlos; mas temiendo la secreta disposición de Dios, aceptan lo que huyen, ejercen lo que sabido es que evitan. Recógense en su corazón y consultan allí qué pretenda la voluntad de Dios; y conociendo que deben ser súbditos sumisos de las soberanas disposiciones humillan la cerviz del corazón al yugo de la divina disposición.

CAPITULO XXXIV

De los Prepósitos indignos.

953. No deben ser promovidos al gobierno o régimen de la Iglesia quienes todavía están sometidos a los vicios. De ahí que se mandó a David no edificar un templo visible, porque en razón de las frecuentes guerras era hombre sanguinario. Figura con la cual los que están aún dados a la corrupción de los vicios son amonestados que no edifiquen templo, es decir, que no presuman enseñar a la Iglesia.

954. No debe subir al puesto de honor quien no sabe ir delante de los subordinados en el camino de la vida mejor. Porque no está uno puesto al frente sólo para castigar las culpas de los súbditos y él entregarse a los vicios.

955. Quien pretende con empeño el régimen del sacerdocio, discuta en su conciencia, examine si su vida dice bien con el honor; y si no discrepa, acérquese con humildad a lo que siente vocación. Dobla la culpa quien con conciencia de pecado aspira a la dignidad sacerdotal-episcopal.

¡Ay miserable de mí, sujeto con lazos indisolubles, que si el gobierno de la Iglesia que recibí detento, consciente de crimen me atemorizo, y si lo dejo para que no sea mayor la culpa, temo aún más abandonar la grey recibida! De todos modos temo yo miserable y no se qué hacer en tan grande apuro.

956. La caída de cualquiera es tanto más criminosa cuanto más virtuoso era antes de caer, porque la grandeza de las anteriores virtudes aumenta el cúmulo de los delitos anteriores.

957. La mayor parte de los sacerdotes-obispos desean presidir más por su provechos que por utilidad de la grey, y no codícian ser nombrados obispos para aprovechar, sino más bien para hacerse ricos y ser honrados. Suben a la cumbre de la dignidad no para el régimen pastoral, sino por ambición del honor, y descuidando el trabajo de la dignidad, tan sólo apetecen el nombre de la dignidad.

958. Los malos sacerdotes, aunque no sean nombrados sin el conocimiento de Dios, no son obstante desconocidos de Dios, que por el Profeta lo atestigua: *Fueron levantados príncipes, pero no los conozco* (Os. 8, 4). Ahora bien, el no conocer Dios es reprobar, puesto que Dios lo conoce todo.

CAPITULO XXXV

De los Prepósitos ignorantes.

959. Así como los malos y pecadores deben estar alejados del ministerio sacerdotal, así los indoctos e imperitos sean retirados. Porque aquéllos con sus ejemplos corrompen la vida de los buenos; éstos por su ignorancia no pueden corregir a los malos. Pues ¿cómo es posible que enseñen lo que no aprendieron? Deje las cátedras quien no sabe enseñar. Que la ignorancia de los prelados no es conveniente para la vida de los súbditos, pues *si un ciego se mete a guiar a otro ciego, entrambos caen en la hoya* (Mt., 15, 14).

960. Por Isaías Profet (56, 11) desaprueba así el Señor a los sacerdotes indoctos: *Los pastores mismos están faltos de toda inteligencia.* Y otra vez: *Ciegos son todos su atalayas,* es decir, los obispos imperitos, *ignorantes todos; perros mudos impotentes para ladrar,* o sea, impotentes para defender por la palabra de doctrina los pueblos encomendados y resistir a los malos.

CAPITULO XXXVI

De la doctrina y ejemplos de los Prepósitos.

961. El Doctor eclesiástico debe ser esclarecido tanto en su vida, como en la doctrina; porque la doctrina sin la vida hácele arrogante, la vida sin la doctrina le vuelve inútil.

962. La predicación del sacerdote debe estar confirmada con sus obras, de tal manera que lo enseñado de palabra lo informe con su ejemplo. Pues la doctrina a la que se conforme el modelo de la vida tiénese por verdadera. Así como no hay cosa más fea que el descuidar poner en práctica lo que se predica bien en el sermón. La predicación resulta útil cuando efizcamente se cumple.

963. Cada uno de los Doctores ha de poner empeño en obrar y predicar bien, pues lo uno sin lo otro no le hace perfecto; pero el justo vaya delante con el bien obrar para que luego pueda bien enseñar.

964. Todo Doctor útil a los pueblos subordinados de tal manera debe presentarse e insistir en la doctrina que cuanto más esclarecido sea en la palabra, otro tanto brille por los méritos. Pues lo que con todo imperio manda el Apóstol a Timoteo que enseñe, no es exhortación a hincharse por la soberbia, sino a que lo autorice la buena vida, a saber: para que no perdiera la libertad de predicar si enseñaba bien y vivía mal. Por lo que dice el Señor (Math. 5, 19): *El que violare uno de estos mandamiento por mínimos que parezcan, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el más pequeño en el reino de los cielos*. Ve cómo carece de autoridad de magisterio quien no hace lo que enseña.

965. Así como en la moneda se atiende al metal, a la figura y al peso, así de todo doctor en la Iglesia se pregunta qué sigue, qué enseña, cómo vive. De tal manera que por la calidad del metal desígnase la doctrina, por la figura el parecido con los Padres, por el peso de la humildad. Mas quien discrepare de estas tres cosas no será metal, será tierra.

CAPITULO XXXVII

De los que enseñan bien y viven mal.

966. Algunas veces por culpa del doctor hasta la doctrina verdadera se envilece, y hace despreciable la misma verdad que predica quien no vive conforme enseña.

967. Arco falso invertido es la lengua de los maestros que enseñan bien y viven mal. Y por lo mismo es como si dispararan la saeta con un arco invertido, que con el golpe de la propia lengua atraviesan su depravada vida.

968. Quienes predican las verdades divinas y se cuidan menos de vivir según la dignidad de la misma predicación, teniendo en la boca la palabra de Dios y no practicándola en su vida, enseñando muchas cosas buenas, pero no practicando ninguna, imitan a Balaam el adivino, que de hecho era un perverso, y tuvo abiertos los ojos para contemplar el fulgor de la doctrina.

969. Quien enseña bien y vive mal es como una campana o metal bronce, para los otros produce sonido, mas él no se oye, se queda insensible.

970. Quien enseña bien y vive mal, por cuanto enseña bien, aprovecha a los que viven, mas por cuanto vive mal, a sí mismo mata. Así el sacerdote que se porta dignamente como el sacerdote corresponde, su ministerio es útil para sí y para los otros; mas el que vive indignamente, para los demás es útil hablando, pero se mata a sí viviendo malamente. Y por esto lo que en él está muerto suyo propio es, mas lo que en él está vivo, es decir, el sagrado ministerio, que lo es de vida, ajeno es, no propio.

971. Quien enseña bien y vive mal, cuando expone lo bueno, parécese al cirio que da luz a los demás mientras él se consume y se apaga en maldades.

972. Quien enseña bien y vive mal parece juntar el bien con el mal, mezclar la luz con las tinieblas, convertir la verdad en mentira.

CAPITULO XXXVIII

De los ejemplos de los malos sacerdotes-obispos.

973. Frecuentemente la peste del pecado infiltra y pasa la muerte a los pueblos por aquellos mismos que enseñan la ley, o porque enseñan lo malo o porque lo practican.

974. La mayor parte de los sacerdotes y clérigos que viven mal, sirven a los otros de modelo para lo malo, ellos que debieron ser ejemplar en lo bueno. Pero no hay duda que éstos darán cuenta de los que pierdan con el mal ejemplo de su vida.

975. Con frecuencia por el ejemplo de prepósitos carnales se hace peor la vida de los súbditos, y por causa de la plebe se eligen sacerdotes tales que destruyen al pueblo con el mal ejemplo y no edifican. Porque algunas veces por causa de la plebe son elegidos obispos, para que más fácilmente se arruinen los que los siguen.

976. Al padecer la cabeza sufren los restantes miembros del cuerpo. Y de ahí que está escrito (Isa, 1, 5): *Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay en él cosa sana.* Ahora bien, cabeza enferma es el doctor que comete pecado habitual, de cuya malicia se contagia el cuerpo, cuando la pestilente enfermedad pasa a las plebes sometidas ora pecando él, ora enseñando maldades.

977. Los que ya con la doctrina, ya con los ejemplos corrompen la vida y costumbres de los buenos, son peores que los que roban las haciendas y predios ajenos. Porque éstos quitan cosas que están fuera de nosotros, por más que son nuestras, pero los corruptores de costumbres propiamente nos engañan a nosotros mismos, porque las riquezas de los hombres consisten en sus costumbres morales. Por lo tanto es grande la diferencia entre los daños a las costumbres y entre los perjuicios a los bienes temporales, hallándose éstos fuera y las costumbres dentro de nosotros.

CAPITULO XXXIX

De los Prepósitos carnales.

978. Generalmente por providencia del divino consejo se ordenan prepósitos que ambicionan lo mundano y exterior, a fin de que en tanto que ellos están totalmente dedicados a los negocios temporales, los espirituales se ejercitan en más segura vida de contemplación. Pues para los que suspiran por vivir tranquilos son duras las cargas de los cuidados episcopales. Provee Dios muchas veces en los dados a los negocios temporales que tomen el gobierno para que mientras éstos, sin cansancio, cuidan las exterioridades, los espirituales se dediquen a las cosas interiores sin el estorbo de las terrenas. Así es que hacen cargos contra el orden divino establecido los que critican condenando a los obispos, cuando éstos atienden menos a los asuntos espirituales, pero más a los terrenos. Porque disposición de Dios es para su gloria que haya instituídos obispos que cuiden de los asuntos seculares para quitar los desórdenes y alborotos mundanos, con el fin de que los deseosos de vida interior puedan sin ningún impedimento de la tierra dedicarse con mayor libertad a lo que aman. No hay pues motivo para que la plebe juzgue al rector por desordenado, cuando más bien los pueblos deben darse cuenta que ha sido culpa suya el haber elegido el régimen de un pontífice perverso. Porque Dios dispone la vida de los que rigen según merecen los pueblos. Sirva de ejemplo David, que peca para advertencia de los príncipes que prevarican por culpa de la plebe.

979. Justamente condena Noé a los hijos de Cham que publican las faltas de sus prepósitos, como Cham que no cubrió a su padre, sino que mostró lo vergonzoso burlándose. Tendrán mérito los imitadores de Sem y Jafeth, que con respeto tapan lo que entienden que es un exceso que han cometido sus padres; con tal empero que sólo cubran los actos aquellos y no los quieran ni los imiten. Pues hay quienes, si ellos han pensado, aunque no sea más que un momento, en los negocios espirituales, juzgan perversamente a sus prepósitos en cuanto han visto que están atendiendo más a los negocios temporales.

980. Por tanto los rectores serán juzgados por Dios y no deben los súbditos en manera alguna juzgarlos: a ejemplo del Señor, que por sí mismo derribó las mesas de los que vendían palomas, y las de los banqueros y con un azote echó fuera del templo a los que vendían; o

también como dice el Salmista (81, 1): *Presente está Dios en la reunión de los dioses de la tierra; y allí en medio de ellos juzga a los tales dioses o jueces.*

981. Pero si en la fe se hubiere extraviado el rector, entonces debe ser reprendido por los súbditos; mas en cosa de costumbres reprobables antes ha de ser tolerado que restringido por la plebe.

CAPITULO XL

De los maestros o doctores iracundos.

982. Los maestros iracundos convierten el tono de la enseñanza por su rabioso furor en crueldad enorme y por lo mismo más hieren a los súbditos con lo que podían enmendarlos.

983. El propósitio iracundo castiga desmedidamente las culpas, porque su corazón distraído con los cuidados de las cosas no se recoge en el amor único de la divinidad. Porque el entendimiento desparramado en mil asuntos no está recogido por el lazo de la caridad, sino que malamente laxo, se mueve mal en toda ocasión.

CAPITULO XLI

De los doctores soberbios.

984. El doctor y rector bueno es el que guarda la disciplina en humildad y por la disciplina no incurre en soberbia.

985. Mas los pastores soberbios oprimen tiránicamente a los pueblos, no los rigen, y no exigen de los pueblos la gloria de Dios, sino la suya.

986. Muchos hay que al enseñar no son humildes en la exposición, sino arrogantes y que aun lo bueno que predican no lo anuncian por deseo de corrección, sino por vicio de grandilocuencia.

987. Muchos hay que enseñan no por intención de edificar, sino por la hinchazón de engrandecerse, y no son sabios para aprovechar, sino que desean enseñar para parecer sabios.

988. Hay una perversa imitación de arrogantes sacerdotes por la que imitan a los santos en el rigor de la disciplina y desdeñan seguirlos en el afecto de la caridad: quieren parecer rígidos por la severidad y no quieren dar ejemplos de humildad, para ser tenidos más como terribles, que como mansos y afables.

989. Los doctores soberbios saben más de herir que de curar. Es Salomón quien (Prov. 14, 9): *En la boca de insensato está la vara de su soberbia,* porque reprendiendo con rigor hieren y desconocen el compadecer con humildad.

990. Quien acepta por caridad de corazón y humildad de conciencia el curar los males del pecado ajeno bien acepta. Además quien reprende al delincuente con corazón soberbio o lleno de odio no enmienda, sino hiere. Porque todo cuanto profiera el protervo o airado es furor de quien ofende, no dilección de quien corrige.

CAPITULO XLII

De la humildad de los Prepósitos

991. Quien está puesto al frente de un régimen de tal modo debe aventajar en disciplina a sus súbditos, que no sólo por autoridad, sino por humildad resplandezca. Sea no obstante humilde de tal modo que no se relaje la vida de los súbditos, y tal sea la autoridad de su potestad que no haya excesiva severidad por motivo del tumor del corazón. Pues en los sacerdotes de Dios ésta es la verdadera discreción: que ni sean soberbios por la libertad ni remisos por la humildad. De ahí que los santos con grande firmeza reprendieron los vicios aun en los príncipes y teniendo suma humildad, cuando fue necesario reprendían con libertad a los quebrantadores de la justicia.

992. También algunas veces debemos ser nosotros más humildes que los súbditos, porque nosotros juzgamos los hechos de los súbditos, pero los nuestros júzgalos Dios.

993. Reconozca el obispo que es servidor del pueblo, no señor, y que esto lo exige la caridad, no la dignidad.

CAPITULO XLIII

De la discreción de la doctrina.

994. No ha de darse a todos una misma instrucción, sino la exhortación de los doctores ha de ser diversa en consonancia con las costumbres, porque a unos corrige la reprensión áspera, mientras que a otros la blanda exhortación.

995. Así como los buenos expertos médicos para curar los varios males corporales se sirven de diversas medicinas, de suerte que sea diversa la medicina según sean varias las heridas; así también el doctor de la Iglesia empleará el remedio doctrinal conveniente a cada uno y enseñará que es lo correspondiente a cada cual según la edad y el sexo y la profesión.

996. No a todos deben abrirse los arcanos que están cerrados. Porque son muchos los que no pueden entenderlos y si a los tales indiscretamente se manifiestan, luego o murmuran, o descuidan.

997. Porque la primera propiedad de la prudencia es enseñar qué persona debe estimarse. A los pueblos rudos y carnales se deben predicar cosas llanas y comunes, pero no las muy altas y difíciles, para que con la desproporcionada grandeza de la doctrina, en vez de instruídos, no queden oprimidos. Por esto dice el Apóstol Pablo (1 Corintios, 3, 8, 9): *Yo no he podido hablaros como a hombres espirituales, sino como a personas aún carnales.* Y por eso, como a niños en Jesucristo, os he alimentado con leche y no con manjares sólidos. Porque a los ánimos carnales ni conviene predicarles cosas por demás altas de los cielos ni cosas de la tierra, sino conviene enseñarles cosas intermedias según lo requieran sus principios y costumbres.

998. El cuervo en tanto que ve a sus polluelos de color blanco no les da alimento alguno, sino que espera a que negreen de color del padre y entonces les lleva cebo con frecuencia. De semejante manera el diestro maestro de la Iglesia, si a los que enseña no ve semejantes a sí, que están negreando por la confesión de penitencia, y perdido el brillo secular, están revestidos con el hábito del lamento por el recuerdo del pecado, como a quienes son todavía exteriores o sea, carnales, no descubre los más hondos misterios del sentido espiritual, no sea que mientras que no alcanzan lo oído, comiencen a despreciar antes que a venerar los celestiales mandatos.

999. De una manera se ha de proceder para con los que están

encomendados a nuestro régimen, si tropiezan y de otra con los que no nos están encomendados: éstos, cuando son justos, han de ser venerados, pero si delinquen sólo por caridad, cuando hay lugar, han de ser corregidos, aunque no con severidad como a los que están encomendados a nuestro régimen.

1000. Antes han de ser enseñados los ancianos (presbíteros) del pueblo con el fin de que por medio de ellos sean enseñados más fácilmente los que están debajo. Así dice también Pablo (2 Tim. 2, 12): *Confía las doctrinas a hombres fieles, que sean idóneos para enseñarles también a otros.*

1001. Ingenio es del buen doctor comenzar alabando a los que desea corregir al reprenderlos saludablemente. Así lo hace Pablo con los Corintios, a los que comienza por alabar y los prueba con increpaciones. Pero entre los Corintios los había que eran dignos de alabanza y otros que eran dignos de ser increpados. Mas hablará indiscretamente quien de tal modo dice para todos ambas cosas, las alabanzas y las increpaciones, que a todos parezca que entrambas les convienen.

CAPITULO XLIV

Del silencio de los doctores.

1002. Por merecido castigo del pueblo se quita la enseñanza de la predicación; por favor merecido del que oye se concede la palabra al doctor.

1003. En el poder de Dios está a quién El quiera dar o a quién quitar la palabra de enseñanza; y que esto sea por favor y beneficio del que habla o del que oye, de manera que unas veces por culpa del pueblo sea suprimido el sermón del doctor, otras empero se conceda por los provechos merecidos. Porque el bueno enseña lo bueno y el malo lo malo, y el bueno lo malo y el malo lo bueno, lo cual no obstante sucede según lo que merecen los pueblos.

1004. No todos los tiempos son a propósito para enseñar, según la sentencia de Salomón que dice: *Tiempo de callar y tiempo de hablar*. Y no por temor, sino por discreción es preciso que los elegidos cesen de enseñar por causa de la incorregible perversidad de los malos.

1005. A veces los doctores de la Iglesia ardiendo en llamas de caridad cesan de enseñar porque no hay quien oiga, siendo testigo el Profeta: Las ciudades del Austro (Sur) están cerradas y no hay quien abra.

1006. El que por oficio tiene el deber de enseñar algunas veces calle temporalmente los hechos del prójimo que juzga no ser oportuno corregir el momento. Pero si pudiendo corregir, disimula, con razón se le achaca que consiente el pecado ajeno.

1007. Los más de los santos doctores, por la pertinacia del mal, porque no consiguen la enmienda de los malos, resuelven no hablarles; pero no soportando el calor del espíritu que los agita, otra vez prorrumpen en increpaciones.

CAPITULO XLV

De la protección que los obispos deben prestar a los fieles.

1008. Los que tienen encomendado el enseñar corren mucho riesgo si no quisieren resistir a los que contradicen a la verdad: porque el Profeta (Isa, XI, 9) instruye al doctor eclesiástico que llegue hasta la cima de la justicia al decir: *Súbete sobre un alto monte tú que anuncias buenas nuevas a Sión*, es decir: que la vida sobresalga por el mérito lo mismo que por el grado jerárquico. En seguida escuche para que no deba contenerse de enseñar por miedo: *"Alza esforzadamente tu vos, álzala, no temas"* (Is. 40, 9). Por lo cual dijo el Señor a Jeremías (1, 17): *Ponte haldas en cinta, y anda luego, y predícales todas las cosas que yo te he mandado; no te detengas por temor de ellos, porque yo haré que no temas su presencia*. De donde se deduce que el no temer también es don de Dios.

1009. Quien hace acepción de persona poderosa y teme decir la verdad por sentencia es castigado de grave culpa. Pues muchos sacerdotes por temor de la potestad ocultan la verdad y se retraen de una obra buena, o de predicar la justicia por miedo de cualquier cosa, o porque la potestad atemoriza. Mas ¡ay! ¡oh dolor!, temen o porque están enredados en el amor de las cosas temporales, o porque andan avergonzados por algún hecho criminoso.

1010. Muchos prelados de Iglesia, temiendo perder la amistad e

incurrir en las molestias de los odios, no reprenden a los que pecan y se avergüenzan de corregir a los opresores de los pobres; y no temen por la severidad de la cuenta que han de dar por cuanto callan de corregir a los pueblos que tienen encomendados.

1011. Cuando los pobres están oprimidos de los poderosos, los buenos sacerdotes prestan su ayuda para liberarlos y no tienen miedo de las molestias de cualesquiera enemistades, sino que públicamente reprenden a los opresores de los pobres, les increpan, los excomulgan y menos temen de las celadas de aquellos para dañar, si es que dañar pudieren; porque el buen pastor expone su vida por sus ovejas.

1012. Como el vigilante pastor acostumbra a guardar de las fieras sus ovejas, asimismo el sacerdote de Dios debe andar solícito sobre la grey de Cristo para que el enemigo no devaste, ni el perseguidor infeste, ni la codicia de algún poderoso inquiete la vida de los pobres. Mas los pastores malos no cuidan de las ovejas, sino que conforme se lee en el Evangelio sobre los mercenarios, ven el lobo que viene y ellos huyen. Porque cuando callan ante los poderosos y temen resistir a los malos, entonces huyen. Si callan sobre esto, serán condenados por su maldad.

CAPITULO XLVI

De la disciplina de los obispos para con los delicuentes.

1013. Por causa de la iniquidad de los pueblos son condenados los sacerdotes si no instruyen a los ignorantes o si no reprenden a los que pecan; atestígualo el Señor por un Profeta (Ez., 3, 18): *Yo te he puesto por centinela en la casa de Israel. Si diciendo yo al impío: Morirás sin remedio, tú no se lo intimas ni le hablas a fin de que se retraiga de su impío proceder, y viva, aquel impío morirá en su pecado; pero yo te pediré a ti cuenta de su sangre.* Y por la impiedad de sus hijos el pontífice Helí fue así condenado, pues si bien cuando pecaban amonestóles, sin embargo, no los reprendió como el caso pedía.

1014. Los sacerdotes deben investigar con diligencia los pecados de los pueblos y con solícita sagacidad comprobar cada uno, según un testimonio del Señor que dice a Jeremías (6, 27): *a ti te he constituido*

cual robusto ensayador en medio de mi pueblo, y tú examinarás, y harás prueba de sus procederes.

1015. Los sacerdotes deben escudriñar los hechos de los súbditos con deseo de corregir, a fin de qu puedan ganar a los corregidos. Mas así como conviene que el pecador sea reprendido, así que el justo no sea lastimado.

1016. Los sacerdotes deben tener cuidado de los que se extravían para que con su advertencia o se corrijan de sus pecados o de ser incorregibles queden separados de la Iglesia.

1017. Atrozmente son argüídos los que engañando a los pecadores no sólo no reprenden por el pecado, sino que hasta adulan y engañan, diciendo el Profeta (Isaí., 9, 16): *Y tanto los que llaman bienaventurados a este pueblo, seduciéndole, como los mismos que se llaman bienaventurados, perecerán desgraciadamente.*

1018. En otra ocasión son atrozmente argüídos los que al pecador no reciben, sino que le desprecian y rechazan y no lloran como propio el delito ajeno. De estos tales conminando dice el Señor por Isaías (65, 5): *Que dicen a otros: Apártate de mí, no me toques, porque tú eres inmundo:* todos *éstos se convertirán en humareda en el día de mi furor, en fuego que arderá siempre.*

1019. Los buenos pastores deben llorar los pecados del pueblo y entregarse al llanto imitando al Profeta Jeremías que dice (9, 1): *Quién dará agua a mi cabeza, y hará de mis ojos dos fuentes de lágrimas para llorar día y noche la muerte que se ha dado a tantos moradores de la hija de mi pueblo?* Por tanto como los propios delitos debe el sacerdote llorar los pecados de la plebe, pero con afecto de compasión, no por haberlos cometido.

1020. Algunos prelados separan de la comunión a algunos de la grey por causa de un pecado para que éstos se arrepientan, pero no los visitan para exhortalos a mejorar y para declararles de qué manera deben vivir. A tales prelados amenaza congruentemente la divina reprensión (Jer. 23, 30: *"Pastores que apacientan mi pueblo: Vosotros habéis desparramado mi grey, y la habéis arrojado fuera, y no la habéis visitado; pues he aquí, que yo vendré a castigaros a vosotros por causa de la malignidad de vuestras inclinaciones."*

1021. La solicitud de los buenos sacerdotes indaga con grande diligencia los más insignificantes hechos de la plebe: para que manifestándose decididos en los menores pecados de los súbditos hagan a éstos cautos y diligentes en evitar los mayores.

1022. Como los médicos tienen a su cargo curar las enfermedades contraidas, pero con científica providencia con la higiene se adelantan a las venideras para que no se presenten escondidas; así también los buenos doctores cortan lo que se ha hecho mal de manera que previenen con oportuna doctrina a fin de que no se perpetre lo que puede cometerse.

1023. Quien no se enmienda corregido con blandas palabras es necesario que sea reprendido más ásperamente. Porque ha de cortarse con dolor lo que no puede ser curado buenamente.

1024. Los pecados públicos no han de purgarse con oculta corrección. Porque públicamente han de ser reprendidos los que públicamente dañan; con el fin de que mientras ellos con curados por la clara reprensión, se corrijan los que imitándolos han delinquido.

1025. Cuando el castigado es uno, los corregidos son muchos. Porque para salvar a muchos es más conveniente castigar a uno antes que peligren muchos por el desenfreno de uno.

1026. El aviso debe decirse para con el delincuente, según sea preciso para salvar al que es corregido. Pero si para la salvación de alguno es necesario rociar con curativa palabra de increpación, cuídese en todo caso de conservar la lenidad que es debida.

1027. Algunas veces los doctores hieren a los súbditos más duramente con increpaciones, con todo no se apartan de la caridad de los que corrigen y reprenden.

1028. Muchas veces la censura de la Iglesia parece a los arrogantes que es soberbia, y lo que piadosamente hacen los buenos, piensan los malos que se hace por crueldad. Es que no disciernen con ojos rectos lo que hacen los buenos con fin recto.

1029. Debe notarse ahincadamente por todo pontífice que cuide de proceder con sus encomendados tanto más cautamente, cuanto más severamente teme ser juzgado por Cristo, pues como está escrito (Mt., 7, 2): *"Con la misma medida con que midiérais, seréis medido vosotros"*.

1030. Pues diariamente pecamos todos y caemos en muchos errores.

1031. Y quienes para nuestras faltas somos indulgentes no debemos en manera alguna emplear rigor en los pecados de otro. Muchos ven los vicios ajenos, los propios no los miran. Y estando ellos sujetos por grandísimos crímenes, en los hermanos no perdonan faltas menores.

1032. Los hipócritas no advierten la viga que está dentro de su ojo y miran la mota que está pegada en el párpado ajeno.

1033. Reprendemos los vicios ajenos con más facilidad que los nuestros. Porque a veces lo que juzgamos en otros por malo, en nosotros, apenas sentimos que sea nocivo, y lo que en otros reprendemos, no tenemos reparo en practicarlo.

1034. Con más facilidad ponemos atención en los vicios que en las virtudes de cada persona, y no escudriñamos cuánto de bueno hizo, sino si cayó en algo malo.

CAPITULO XLVII

De los súbditos.

1035. Por causa del pecado del primer hombre impuso Dios al género humano la pena de la servidumbre, de forma tal que aplica más misericordiosamente la servidumbre a quienes vio que no convenía la libertad. Y por más que el pecado original se perdonó a todos los fieles mediante la gracia primera del bautismo, el justo Dios sin embargo diferenció la vida en los hombres instituyendo a los unos siervos, a los otros señores, con el fin de que la licencia para obrar mal de los siervos sea reprimida con el poder de los que dominan. Porque si todos estuviesen sin miedo, ¿quién sería el que a otro prohibiera obrar mal? De ahí que aun los Gentiles han elegido reyes y príncipes para que contuviesen de lo malo por terror a sus pueblos y con leyes los sometiesen a bien vivir.

1036. En lo que toca al modo de obrar no hay acepción de personas en Dios, el cual escogió las cosas viles y despreciables del mundo y aquellas que eran nada para destruir las que son, a fin de que ningún mortal, es decir, ningún poder humano, se atreva a jactarse ante su acatamiento. Porque el Señor único igualmente trata a los señores que a los siervos.

1037. Mejor es la dependencia sumisa que la soberbia libertad. Porque se encuentran muchos que sirven a Dios y están bajo señores criminales, y estando ellos materialmente sometidos a los tales, con todo les están preferidos mentalmente.

CAPITULO XLVIII

De los Prelados

1038. El varón justo o bien está desposeído de toda autoridad secular, o bien, si de alguna está investido, no se tuerce bajo el peso entumeciéndose de soberbia, sino que se la pone debajo de modo que aparezca el más humilde. Esto se prueba por el ejemplo del Apóstol, quien habiendo recibido la potestad, ni para lo que era decente la usó, sino que pudiendo usarla renunció a cosas lícitas; y se presentó en medio de los que presidía lo mismo que un niño párvulo.

1039. Quien anda muy quebrantado en buscar honores y prosperidades seculares y mundanas, se halla vacío de paz y descanso, no sólo aquí, sino también en lo futuro, y tanto está más cargado con la impedimenta de los pecados, cuanto de las obras buenas está más alejado.

1040. Cuando uno está más sublimado por la dignidad de honor secular, tanto más gravemente está cargado con el peso de las preocupaciones, y está por debajo de aquellos a quienes está presidiendo por motivo de la dignidad, en la mente y pensamiento. Pues como dijo uno de los padres: "Todo el que sobresale experimente las tristezas más que goza de los honores" (S. Gregorio).

1041. Cuanto uno se ocupa más de cuidados grandes mundanos, tanto se ve oprimido con más facilidad de los vicios. Porque si el ánimo tranquilo apenas puede evitar los pecados. ¿cuánto menos el ánimo atado con preocupación secular?

1042. Toda insignia de poder no es provechosa al momento, sino que cuando se lleva bien entonces es de verdad útil. Y entonces se lleva bien cuando aprovecha a los súbditos, a los que está antepuesto por honor terreno. Es buena la potestad que procede de Dios. Y Dios le da para que reprima el mal por el temor, no para que con temeridad cometa el mal. Nada hay peor que tener libertad de pecado por causa de la potestad, y nada más desgraciado que la facultad de obrar mal.

1043. Quien temporalmente manda bien en este siglo, reina sin fin para siempre y de la gloria de este mundo pasa a la gloria eterna. Mas quienes desempeñan mal el régimen, después del vestido refulgente y el brillo de las joyas, bajarán desnudos y miserables para ser atormentados en los infiernos.

1044. Los reyes se llaman así a recte regendo, y por tanto si

obran rectamente conservan el título de Rey, pecando lo pierden.

Por lo mismo en las Santas Escrituras hallamos que son llamados reyes los santos varones porque obran rectamente y gobiernan bien los sentidos propios, y con prudente discreción arreglan los impulsos que les ofrecen resistencia. Y bien son llamados reyes aquellos, que lo mismo en sí propios, que en los súbditos han sabido mejorar las costumbres gobernando bien.

1045. Algunos el mismo vocablo de régimen lo transforman en descomunal crueldad y en habiendo subido a la cumbre del poder, luego caen en apostasía, y tanto se engríen con el hinchazón del corazón, que en su apreciación desdeñan a todos los subordinados y no reconocen a los que circunstancialmente presiden. A estos tales oportunamente se les dice por el Eclesiástico (38, 1): *¿Te han hecho rey? No te engrías: pórtate entre ellos como uno de tantos.*

1046. Cuando los reyes del mundo se notan más encumbrados que los demás, reconozcan no obstante que ellos son mortales, y no pongan los ojos en la gloria del reino por la que están engrandecidos en este mundo, sino piensen en las obras que consigo llevan al sepulcro. Por lo tanto, pues carecerán de la gloria de este mundo, practiquen lo que para siempre posean depués de la muerte.

1047. Diciendo el Apóstol: *"No hay potestad sino de Dios"* (Rom. 13, 1) ¿cómo es que el Señor por un Profeta (Ose, VIII, 4) dice de algunos que están en el poder: *Ellos reinaron, se eligieron reyes, pero no por mí?* Como si dijera: no estando yo conforme, antes sumamente irritado. Por esto un poco más abajo añade por el mismo Profeta (13, 2): *en medio de mi indignación te concedí un rey*. Con lo cual más claramente se manifiesta que la potestad, la buena y la mala, es ordenada por Dios, propicio para la buena, airado contra la mala.

1048. Cuando los reyes son buenos es por don de Dios, mas cuando son malos es por culpa del pueblo. Según los merecimientos de los pueblos es ordenada la vida de los rectores, testimoniándolo Job. (34, 3): *El es el que permite que entre a reinar un hipócrita o tirano, por causa de los pecados del pueblo*. Porque enojándose Dios, los pueblos reciben un tal rey cual por su culpa merecen. A veces por la maldad de los pueblos hasta los reyes se mudan, y los que antes parecían ser buenos en habiendo recibido el poder se hacen malos.

CAPITULO XLIX

De la justicia de los Príncipes.

1049. Quien usa rectamente de la potestad regia debe aventajar a todos de tal manera que cuanto más brilla por la alteza del honor, tanto se humille en su corazón, proponiéndose el ejemplo de humildad de David (2 Reg. 6, 22), quien no se engrió de sus méritos, sino que rebajándose humildemente dijo: *Me abatiré todavía más delante del Señor que me eligió.*

1050. Quien hace recto uso de la potestad regia establece la norma de la justicia más que con las palabras con los hechos. No se engríe en la prosperidad, no se turba en la adversidad, no descansa en sus propias fuerzas y no aparta su corazón de Dios: en la cumbre del poder preside con ánimo humilde; no ama la iniquidad, no se abrasa de codicia; de un pobre saca un rico sin defraudar a otro, y lo que por justicia podía exigir de lo spueblos, muchas veces condena por misericordia y clemencia.

1051. En provecho del Gobierno de los pueblos ha dado Dios a los príncipes la dignidad de jefes y quiso que ellos presidan a los que en el nacer y morir son iguales con ellos. Luego debe la dignidad de príncipe aprovechar a los pueblos, no perjudicarles; no oprimirlos dominando, sino procurar por ellos condescendiendo: de suerte que sea verdaderamente útil la insignia del poder y que se emplee el don divino para seguridad de los miembros de Cristo. Porque miembros son de Cristo los pueblos fieles, a los que rigiendo de la mejor manera con la potestad recibida ciertamente restituyen a Dios un buen cambio.

1052. El buen rey con más facilidad vuelve del delito a la justicia que no de la justicia es arrastrado al delito, para que conozcas que en esto hay caída, en aquello propósito. En su propósito ha de estar siempre no salirse de la verdad. Y si por casualidad acontece titubear, que luego vuelva a levantarse.

CAPITULO L

De la paciencia de los Príncipes.

1053. Generalmente el príncipe justo también sabe disimular los errores de los malos; no porque consiente en la maldad de ellos, sino por esperar tiempo de oportuna corrección, cuando pueda o enmendar o castigar los vicios de aquellos.

1054. El crimen de conjuración contra los príncipes pone en evidencia a muchos, mas Dios queriendo probar la clemencia de los Príncipes, permite que aquellos maquinen, pero no abandona a éstos. De lo malo de aquellos saco bienes para éstos, cuando las culpas que los primeros cometen las perdonan los segundos con admirable paciencia.

1055. Volver mal por mal es una alternativa de la justicia, mas quien a la justicia añade la clemencia no vuelve a los culpados mal por mal, sino que da bien por mal a los enemigos.

1056. Es difícil que el Príncipe retroceda para mejor si está enredado en vicios. Porque los pueblos que pecan temen al juez y por las leyes están cohibidos de obrar mal; pero los Reyes como no estén cohibidos por el sólo temor de Dios y por el miedo del infierno, libremente caen en el precipicio y por lo abrupto de la licencia se dejan deslizar en toda clase de vicios.

1057. Cuanto uno está puesto en lugar más alto, tanto está en mayor peligro y cuanto está más elevado por el honor de la dignidad, si delinque, es tanto más grande pecador. *"Los grandes sufrirán grandes tormentos"* (Sap. 6, 7). Pues a quien más tiene encomendados, más se le exige, hasta con usura de las penas.

1058. Los Reyes con sus ejemplos fácilmente edifican o destruyen la conducta de los súbditos, y por tanto es preciso que el Príncipe no peque, para que su impune licencia de pecar no sirva de norma para delinquir. Porque el Rey que se despeña en vicios, pronto guía por la senda del pecado, como se lee de Jeroboán, que pecó e hizo pecar a Israel. Al Rey se atribuye todo cuanto los súbditos perpetran imitando su ejemplo.

1059. Así como algunos de los buenos siguen los ejemplos de los príncipes en lo que Dios se agrada, así muchos siguen fácilmente los ejemplos de los malos. Aunque los más en presencia de príncipes impíos son malos más por necesidad que por voluntad cuando obede-

cen sus mandatos. Mas hay algunos que cuanto son más prontos para seguir a los reyes para lo malo, tanto son negligentes para imitarlos en lo bueno.

1060. Muchas veces en lo que reyes malos pecan, en lo mismo reyes buenos se justifican, en tanto que corrigen la ambición y malicia de los pecadores. Pero en verdad se hacen cómplices de los pecados de aquellos si detentan lo que los otros robaron.

1061. Quien imita el pecado de otro justo es que le parezca en la pena, porque no será desigual en el suplicio quien no es desigual en el vicio.

CAPITULO LI

Los Príncipes están obligados a las Leyes.

1062. Es justo que el Príncipe obedezca a sus leyes. Y debe pensar que entonces todos guardarán las leyes, cuando él mismo les preste acatamiento (Dis. 0 Can. a Grat).

1063. Los príncipes están obligados a sus leyes y no pueden quebrantar consigo las leyes que imponen a los súbditos. Porque la autoridad de su voz es justa, si lo que prohíben a los pueblos no se lo permiten a sí mismos.

1064. En la disciplina religiosa las potestades seculares están sometidas, pues aunque estén investidas de la más alta dignidad real, sin embargo, están obligados por el vínculo de la fe: para que no sólo con sus leyes prediquen la fe de Cristo, sino que con sus costumbres conserven la misma predicación de la fe.

1065. Los príncipes seculares algunas veces conservan dentro de la Iglesia los honores de la potestad recibida, a fin de que por la misma defiendan la disciplina eclesiástica. Por lo demás dentro de la Iglesia son innecesarias tales potestades, si no es para que impongan con el terror de la disciplina lo que el obispo no puede lograr por medio de la enseñanza y el discurso (Caus. 23, q. 5 Can a Grat).

1066. A las veces el reino de los cielos adelanta por medio del reino de la tierra, como cuando los que están colocados dentro de la Iglesia maquinan contra la fe y la disciplina de la misma, para que sean desbaratados por el rigor de los príncipes; y la misma disciplina

eclesiástica que por la humildad de la Iglesia no puede ejercitarse, sea impuesta a las orgullosas cervices por la potestad de los príncipes; y para que merezca veneración, la da en fuerza de la potestad.

1067. Sepan los príncipes seculares que han de dar a Dios cuenta de la Iglesia, que reciben de Cristo en encomienda para defenderla. Pues ora se aumenta la paz y la disciplina de la Iglesia, por los príncipes fieles, ora se pierdan, Cristo les pedirá cuenta y El es quien entregó su Iglesia al poder de ellos.

CAPITULO LII

De los Jueces.

1068. Pecado es de los príncipes el que a los pueblos fieles presidan jueces perversos contrarios a la voluntad de Dios; pues así como es por culpa del pueblo cuando hay malos príncipes, así es por culpa del príncipe cuando hay jueces inicuos.

1069. El juez bueno así como no sabe hacer daño a los ciudadanos, así debe aprovechar a todos. Y a unos es provechosa la censura de la justicia, a otros la bondad. Sin acepción de personas hace los juicios el que no enflaque la justicia en la llama de la avaricia ni quita a otro lo que para sí codicia.

1070. Los jueces buenos sólo ejercen la justicia para obtener la salvación eterna y no la distribuyen por los regalos recibidos; para que sean enriquecidos con premio eterno, ya que no apetecen lucros temporales del justo juicio.

1071. Todo aquel que juzga con rectitud lleva en la mano una balanza, y en cada un platillo lleva justicia y misericordia; mas por la justicia da sentencia del pecado, por la misericordia atempera la pena del pecador; de tal manera que en justa pesada unas veces corrija con equidad, otras empero perdone por misericordia.

1072. Quien pone ante sus ojos los juicios de Dios siempre tímido y tembloroso está intranquilo en todo negocio temiendo que caiga pro desviarse del sendero de la justicia: y por lo que no está justificado, por lo mismo antes sea condenado.

1073. Es necesario que ningún tonto ni perverso sea juez. Porque el tonto desconoce las leyes por pereza y el perverso corrompe por avaricia la misma verdad que aprendió.

1074. Más cruelmente son destrozados los pobres por los jueces malos que por los enemigos más fieros. Pues no hay ladrón más codicioso en lo extraños que el juez inicuo lo es en los suyos.

1075. Los ladrones que están escondidos en desfiladeros inaccesibles y ocultos ponen asechanzas: los jueces injustos en público se ceban en rapacidad por avaricia.

1076. Los enemigos sólo derraman la sangre de los extraños, los jueces malos, como si fueran cruelísimos sayones, quitan con su opresión la vida de los ciudadanos súbditos. Y son muchos los que destruyen, pero son raros lo que con moderación legal rijan a los pueblos.

1077. Generalmente los jueces también son buenos, pero tienen ministros auxiliares rapaces. La figura de éstos, como dijo alguien, se pinta y describe como a Escila, la cual tenía figura humana, pero ceñida con cabezas de perro y rodeada de perros. No de otra suerte acontece a ciertas potestades; la humanidad de ellas está perturbada por la crueldad de los inicuos socios.

1078. Los jueces malos muchas veces o difieren o pervierten los juicios por codicia y no rematan los negocios comenzados por las partes hasta tanto que los bolsillos de los que contienden quedan exhaustos. Porque cuando juzgan, no miran con atención la causa, sino los regalos; y como son descuidados en discutir de los litigantes, tanto andan solícitos del daño de ellos.

1079. Los jueces malos, como lobos vespertinos, nada dejan para la mañana, según sentencia de un Profeta, es decir, sólo piensan en ventajas de la vida presente, no de la futura; pues que esta vida se entiende por la tarde y la venidera por la mañana. Y dice bien, como lobos, porque a usanza de lobos todo lo roban y apenas dejan a los pobres pocas cosas.

1080. Los jueces verbosos y soberbios, por parecer sabios, no discuten las causas, sino que aseveran y así turban el orden del juicio, cuando no contentos con su oficio presumen del ajeno.

1081. Algunos cuando empiezan a jugar, se aíran y convierten la sentencia judicial en un acto de locura. De éstos bien dice un Profeta: y éstos convierten el juicio en un ataque de furor. Pues quien estando airado juzga, muda el juicio en furor, y antes de conocer la sentencia, ya la profiere.

1082. El furor en un juez no sirve para alcanzar la investigación de la verdad porque su mente turbada por la pasión anda lejos de inquirir la justicia.

1083. El juez iracundo no puede examinar plenamente el proceso del juicio, porque con la niebla del furor no ve. Mas el que una vez desechado el furor discute, con más facilidad y con mente serena piensa en descubrir la verdad y llega a conocer lo justo sin turbación alguna.

CAPITULO LIII

De la acepción de personas.

1084. En el juicio no debe considerarse la persona, sino la causa, pues escrito está: *"No será aceptador de personas en el juicio"* (Dt. 16, 19). Y otra vez: *"En juicio no te compadecerás del pobre"* (Ex. 23, 3). Porque quienes trastornan el juicio por favorecer a los parientes o amigos, o por odio y enemistades, no hay duda que pecan contra Cristo que es verdad y justicia.

1085. Lo jueces inicuos yerran en la sentencia y en la verdad cuando atienden a la condición de la persona y exacerban a los justos siempre y cuando indebidamente defienden a los injustos. Mas quien se decida a proceder con rectitud, ni hace por ganarse a la parte, ni sabe de cohibir la justicia.

CAPITULO LIV

De los regalos.

1086. Quien juzga rectamente y de esto espera un premio de remuneración, perpetra fraude contra Dios, porque por aceptar dinero vende la justicia que debió administrar gratuitamente.

1087. Quienes juzgan en justicia para lucrarse temporalmente, usan mal de lo bueno. Porque a los tales los mueve hacia la justicia no la defensa de la verdad, sino la codicia del premio. Si a éstos se quita la esperanza del dinero, al instante cesan de defender la justicia.

1088. El aceptar presentes es una prevaricación de la justicia. Por esto se dice en elogio del justo: *Aquél que tiene limpias sus manos de todo cohecho..., éste es el que tendrá su morada en las alturas* (Is. 30, 15).

1089. El rico pronto corrompe al juez con dádivas. Mas al pobre cuando no tiene que ofrecer, no sólo se desdeña de oírsele, sino que aun contra justicia se le oprime. (Causa, 1, q, 1; 2, q. 3 a Grat).

1090. Con oro pronto se traspasa la justicia y el reo no tiene temor alguno de culpa que piensa redimir con dinero. Porque en el ánimo del censor ocupa lugar más importante la codicia del lucro que la equidad del juicio.

1091. Tres son las dádivas o presentes con que la vanidad humana milita contra la justicia, a saber: el favor de amistades, la adulación de gloria y la material aceptación de presentes. Pero más fácil es pervertir el ánimo con un presente de cosa corpórea, que con el favor de amistades y gloria.

1092. Por cuatro cosas se pervierte el juicio de los hombres: por el temor, por la codicia, por el odio y por el amor. Por temor, cuando no nos atrevemos a decir la verdad por miedo a alguna potestad. Por codicia, cuando somos corrompidos por alguno con el procedimiento de un presente. Por odio, cuando maquinamos oponernos en contra de alguno. Por amor, cuando hacemos por favorecer al amigo o a los allegados. Porque por estas cuatro causas se falta muchas veces a la justicia y muchas otras se hiere a la inocencia.

CAPITULO LV

De los Testigos.

1093. Si ya una mentira se dice gratuitamente, ¡cuánto más si se busca comprándola! Y no faltará múltiple concurrencia de falsarios como haya oferta abundante de dinero.

1094. El testigo falsario es dañoso para tres personas: primeramente lo es para Dios a quien perjurando desprecia; después lo es al juez al que mintiendo engaña, y en tercero y último lugar lo es para el inocente al que con el falso testimonio lesiona en el derecho.

1095. Tanto el que testifica una falsedad, como el que suprime la verdad casi cometen un mismo crimen, pues aquel quiere dañar, y éste no quiere ser de provecho. Pero el testigo dañoso es peor que el inútil, ya que el primero es maligno; el otro sin provecho.

1096. Como se hayan juntado muchos testigos falsos y vayan

juntos, tarde se descubre la verdad; pero en habiéndolos separado, pronto se clarean en el examen del juez; porque cuan grande es la fuerza en la unión de los malos, tanto y más débil es en la separación.

1097. Pronto se descubre la mentira de los que van con mala fe, porque el testimonio de los falsos testigos no es concorde.

1098. El testigo inicuo, aunque con su falsedad estorbe en lo corporal y en la hacienda, no obstante ningún mal produce en el ánimo; pero en la presencia de Dios será condenado todo el que o dice un falso testimonio contra un inocente, o cree a los que lo dicen; porque es reo, no sólo el que dice de otro alguna cosa falsa, sino también lo es quien da fácil oído a los crímenes.

1099. Quien por miedo de una potestad esconde la verdad, al cielo provoca en contra suya a vengar la misma verdad, por cuando teme a un hombre más que la indignación de Dios. Feliz aquél por cuyo testimonio un inocente es absuelto de un crimen imputado; impío el que por su traición hace que se condene, aunque sea al inicuo. Porque no es decoroso que un cristiano delate a un condenado a muerte y que presente el voto de su testimonio para que la sangre de los infelices sea derramada. Pues la palabra del hombre justo debe servir sólo para el ministerio de salvar: porque la ira de la indignación y la tribulación les envió por medio de ángeles malos.

CAPITULO LVI

De los Abogados.

1100. Los dedicados a seguir los asuntos en el foro deben preferir la caridad del prójimo al negocio secular, o prosigan ciertamente el asunto terreno en tanto que permanezca la caridad del prójimo. Pero como es muy raro que entre los que disputan perdure la caridad, debe posponerse la controversia a trueque de que persevere la dilección.

1101. Los antiguos llamaban a la elocuencia forense facundia canina, porque los abogados en las defensas de las causas, omitiendo lo que tratan, se destrozan uno a otros como los perros, y convierten en injurias las disputas sobre las causas.

CAPITULO LVII

De los opresores de los pobres.

1102. Sepan los que oprimen a los pobres que entonces son más dignos de condenación cuando han prevalecido contra los que han querido dañar. Porque tanto más atrozmente han de ser condenados al suplicio futuro cuanto aquí hayan más eficazmente prevalecido contra la vida de los mierables.

1103. Oigan los jueces y los que están al frente de los pueblos; que por las molestias que imponen a los pueblos temporalmente, serán quemados con incendio eterno: atestiguándolo Dios por el Profeta Isaías (47, 6, 11): *Yo me irrité contra mi pueblo, deseché como profana mi herencia, y los entregué en tus manos; tú empero no tuviste compasión de ellos: agravaste en extremo tu yugo, aun sobre los ancianos. Desciende, siéntate sobre el polvo, siéntate en el suelo, guarda silencio, ponte en oscuridad. Caerá sobre ti la desgracia, y no sabrás de dónde nace; y se desplomará sobre ti una calamidad que no podrás alegar con víctimas de expiación; vendrá repentinamente sobre ti una imprevista miseria.*

1104. Hemos de sentir más pena por los que hacen daños que por quienes los padecen, porque aquéllos al hacer daños adelantan en el mal, éstos al sufrirlos se corrigen del mal. Sin embargo por medio de las malas voluntades de unos produce Dios en otros muchos bienes.

1105. Los propósitos de los hombres malignos no pueden cumplirse, si Dios no les da poder. Porque en tanto que los hombres cometen lo malo que desean, permitiéndolo Dios, dícese que lo hace quien lo permite. De ahí lo escrito por un Profeta (Amos 3, 6): *¿Descargará alguna calamidad sobre la ciudad, que no sea por disposición del Señor?* No obstante lo que pretenden los inicuos nacido de su mala voluntad, Dios por su buena voluntad dale poder para completarlo precisamente porque El saca muchos bienes de nuestras calamidades.

1106. Algunos al resistir a la voluntad de Dios ejecutan inconscientemente el plan divino; para que se conozca que todas las cosas están sujetas a Dios de tal modo que los mismos que contrarían la ley de Dios cumplan su voluntad.

1107. En esta vida los buenos son juzgados por los malos para que a su vez en aquella vida los malos sean juzgados por los buenos;

o también para que los buenos aquí tengan aflicción y allí eterna remuneración.

1108. Esta es una razón de que son necesarios los malos, para que cuando los buenos pecan, sean azotados por los malos. Así es que Asur es la vara del furor del Señor, pero cuantas veces esto acontece, procede de la indignación de Dios, a fin de que mediante ellos Dios se enfurezca contra los que desea enmendar cuando los castiga. Mas Dios con justísima voluntad, ellos empero muchas veces con intención cruel, como por el Profeta se dice del mismo Asur; *"Pero tú no lo juzgaste así, sino que tu corazón está dispuesto a desmenuzar"* (Is. 10, 7).

1109. Los que son perseguidos y violentan a los fieles, sepan que sobre ellos caerá un atroz castigo divino. Porque consolando Dios a los suyos por el Profeta (Is. 49, 25, 26) promete juzgar de este modo a los adversarios: *a aquellos que te juzgaron a tí, yo los juzgaré... Yo haré comer a tus enemigos sus propias carnes; y que se embriaguen con su propia sangre, como si fuera mosto.*

1110. Algún fin tiene la iniquidad de los malos, a saber: que con sus mordiscos desgarren a los elegidos de Dios y la vida de los impíos perezca con esto; mas la vida de los justos aprovecha, lejos de perecer, por lo mismo que en tanto que los malos los ejercitan en la tribulación, los enseñan a aborrecer la vida presente y a desear la futura.

111. Y algunas veces la malicia de los perversos es útil a los justos, porque con su malicia los enseñan y con la vejación temporal los empujan a que busquen el reino de los cielos. Esto se comprueba con el ejemplo del pueblo israelita, que en Egipto entonces era más duramente tratado cuando había de ser invitado por Moisés para la tierra de promisión, y por los males que padecía en Egipto a desearla y apresurarse por salir.

1112. Los malos mientras tanto que notan la constancia del justo en sus persecuciones, se confunden y consumen. Y cuando amenazan con tormentos y no vencen, al cabo quedan avergonzados de la locura de su perversidad.

1113. Los necios toman siempre partido en contra de los buenos, y cuando les amanece un día claro de prosperidad, jactanciosamente se vanaglorian de sus méritos y murmuran de las aflicciones de los buenos y justos; pero cuando la adversidad los alcanza, al punto con alma pusilánime prorrumpen en blasfemias.

114. Algunos simples, desconocedores de la providencia de Dios, se escandalizan de la prosperidad de los malos y dicen, según alegación del Profeta (Jer. 18, 1): *¿Por qué motivo a los impíos todo les sale prósperamente, y lo pasan bien todos los que prevarican y obran mal?* Mas los que así hablan no se admiren al notar la temporal y caduca felicidad de los malos, sino más bien observen las postrimerías de ellos, cuán grandes tormentos están preparados para ellos, después según esta sentencia del Profeta (Job 21, 13): *"pasan en delicia los días de su vida y en un momento bajan al sepulcro" = infierno"*.

CAPITULO LVIII

De la tribulación de los justos.

1115. En la adversidad el justo reconozca que está probado, no derribado.

1116. Los varones santos temen más la prosperidad que la adversidad; porque la prosperidad derriba a los siervos de Dios, en tanto que la adversidad los enseña. De ahí que la constancia del varón santo debe sobrellevar lo adverso de modo que no pueda ser quebrantada.

1117. Entonces los ojos de Dios están más sobre los justos, cuando con superior providencia permite que estén más afligidos por los inicuos. Porque entonces se les preparan gozos eternos cuando están probados con actual tribulación.

1118. Las tribulaciones todas de esta vida parécense a las aguas corrientes por esta razón, porque en esta vida, si acontece alguna tribulación, no está parada, sino que aceleradamente pasa.

1119. Soporta con ecuanimidad todos los males de la vida presente quien diligentemente piensa en los premios de la vida futura: porque con la dulzura de aquella suaviza la amargura de la presente, y por razón de la eternidad de la futura menosprecia la transitoria brevedad de la presente.

1120. A los que soportan los males de esta vida es útil el estar cargados de diversos males temporales, pues mientras están desazonados por un dolor, no codícian los excesos de la ambición y de la lujuria y de los demás vicios.

1121. Consta que para la salvación sirven mejor las tentaciones

que las prosperidades del siglo, porque desde la prosperidad el camino va a lo peor, y desde el dolor de la tentación arranca para lo mejor.

1122. Cada uno debe preparar su alma para la tentación. Porque la tentación que se espera, menos pesa, y apura fuertemente si adviene no estando esperada.

1123. De prudentes es meditar con tiempo en todas las contrariedades y no debe hallarse un caso que no esté previsto en sus consejos por la prudencia.

CAPITULO LIX

De los amadores del mundo.

1124. Los amadores del mundo porque apetecen las cosas bajas en vez de las altísimas son, no solamente reos, sino también miserables, por cuando no llegan a conseguir los objetos apetecidos sin grave pesadumbre.

1125. Más gravemente es atormentado el impío amontonando las riquezas del mundo, que no el justo tolerando las contrariedades. Porque quien ama los bienes mundanos, quiera o no quiera, sucumbe a la pena del temor y del dolor. A cuantos aman más de lo conveniente las cosas transitorias sustraídas les producen más dolores, que satisfacciones les producirían poseídas. Pues con mucho dolor se pierden las cosas que con gran cariño se tienen. Y menos sentimos al carecer de las que menos amamos al poseerlas.

1126. Entiendan los ambiciosos seguidores de los lucros mundanos cuán vanas y contrarias son las cosas que aman, y también que son tales que no se buscan sin gran pena en esta vida y que por ellas pagarán costas con suplicio futuro.

1127. A los que persisten en querer los anhelos del mundo se les repite oportunamente el testimonio de un Profeta (Oseas 7, 8): *Vino a ser Efraín como un pan que se cuece al rescoldo, y al cual no se le da la vuelta, esto es:* de tal forma están envueltos en la ceguera del amor secular, que jamás tratan de volver hacia Dios el amor de su corazón.

1128. Para muchos el mundo está muerto, mas ellos a su vez no están muertos para el mundo. Porque tienen amor a los bienes del siglo y con todo de ningún modo consiguen lo mismo que aman. En

ambas cosas engañados, pues pierden las futuras y no alcanzan las presentes.

1129. Hay pobreza de elegidos, por cuanto están en peregrinación lejos de los bienes sempiternos y en este destierro se ven detenidos mucho tiempo. Hay pobreza de réprobos, por cuanto abundan en riquezas y están vacíos de virtudes y no se reconocen por pobres. Pruébase esto por el Apocalipsis de Juan (3, 17), quien dice así contra los amadores del mundo: *Porque estás diciendo: Yo soy rico y hacendado, y de nada tengo falta; y no conoces que eres un desdichado, y miserable, y pobre, y ciego y desnudo.*

1130. Los seguidores de la gloria temporal, aunque de fuera están brillantes por el fulgor del poder, con todo por dentro están vacíos por la inflación de la soberbia; parécense a las cañas, que exteriormente sí están lustrosas, pero por dentro están huecas.

1131. Por esto los réprobos, como las cañas, exteriormente nítidos, interiormente están vacíos, los elegidos por el contrario exteriormente, como cortezas de árbol, están feos e interiormente sólidos.

1132. Los que andan vestidos lujosamente oigan al Profeta cómo detesta sus adornos lujosos del cuerpo y en qué viene a parar el adorno y la compostura rebuscada, es a saber: *hedor en vez de perfumes; cuerda por faja,* etc. (Usa., 3, 24).

1133. Lean al Profeta los ricos que tienen su esperanza en la opulencia y oíganle que dice: *¡Ay de los que sois opulentos!* (Am. 6, 1). Pues cuanto está uno más escaso de poder, tanto está más libre de pecado, porque el patrimonio grande es tentación.

1134. Los hombres de este siglo respetan más por motivo del poder temporal, que por reverencia de la santidad. Porque se fijan en que son más ricos y descuidan totalmente que son hombres.

1135. Hay justos que sin daño de nadie usan de su hacienda. Hay también ricos humildes, no inflados por la soberbia de las riquezas; como fueron los más de los santos del Antiguo Testamento, quienes abundaban en riquezas y no obstante tenían grande humildad. Y contrariamente la abundante hacienda hace soberbios a algunos ricos hinchados, cuyas riquezas no son pecados, sino su voluntad. Porque no está el pecado en las cosas, sino en el uso de ellas.

1136. Hay también soberbia de pobres, a quienes no engríen las riquezas, sino que tan sólo la voluntad es soberbia. Estos por más que les faltan riquezas, por la hinchazón del alma son condenados más que los ricos soberbios.

1137. El rico quiere vivir sin temor, el pobre no puede estar sin él; pero ¿cómo vivirá tranquilo el rico a quien las mismas cosas punzan para que no las pierdan y le traen siempre desasosegado? Y por esto la codicia prefiere que el rico viva desasosegado e inseguro, a que viva seguro y pobre, contento con un moderado gasto.

1138. Usan bien de los bienes los que disfrutan en cosas saludables de las riquezas que tienen concedidas. Usan mal de los bienes los que buscan el lucro en el ejercicio de la justicia y los que hacen algún bien por ambición de vanagloria. Usan mal de cosas malas quienes completan con obras malas los pensamientos dañinos. Usan bien de las cosas malas quienes la lujuria carnal la ciñen con la honestidad conyugal. Pero si el usar bien de lo que es malo es un bien, el usar bien de lo que es bueno es todavía mejor. Y si el usar mal de lo que es bueno es un mal, el usar mal de lo que es malo es cosa pésima.

CAPITULO LX

De los amadores de la misericordia.

1139. Gravemente pecan contra Dios quienes no emplean en usos saludables, sino en usos vanos las riquezas que han recibido de Dios. Porque no saben repartir entre los pobres, menosprecian socorrer a los oprimidos, y acrecientan los delitos con lo mismo con que debieron redimirlos.

1140. El bien grande de las riquezas temporales está en que su posesión alivie la vida de los miserables fuera de esto la riqueza mundana es tentación, y tanto mayores tormentos darán en lo futuro cuanto mayores sean las mismas. Porque los grandes sufrirán grandes tormentos.

1141. Todo lo terreno al conservarlo, perdémoslo; repartiéndolo, guardámoslo. Porque el patrimonio retenido se pierde, y distribuido permanece. No podemos durante mucho tiempo estar con nuestras haciendas, ya que o bien nosotros muriendo las dejamos, o bien son ellas las que nos dejan cuando vivimos.

1142. Según es diverso el uso de los bienes mundanos, así unos se pierden porque los arrebatan con más ambición, otros empero se salvan, bien porque admiran su hermosura y alaban la hermosísima

providencia del Creador en ellos, bien porque con ellos practican obras de misericordia y mercan los bienes del cielo.

1143. De compadecer la ajena miseria se llama misericordia. Mas no puede ser misericordioso para con otro quien, por vivir malamente, no es misericordioso consigo: *¿Para quién será bueno el que para sí mismo es mezquino, y no sabe gozar de sus bienes?*

1144. Ningunos pecados pueden redimirse con limosnas si se persevera en los pecados. El perdón entonces se concede por medio de limosnas cuando se desisten las obras pecaminosas. Verdad es que todos los pecados se limpian con obras de misericordia, pero es si ya el que practica la misericordia se cuida de no pecar. Pero no hay perdón alguno del pecado cuando la obra de misericordia precede para que la sigan los pecados.

1145. No hay limosna más gloriosa que la hecha con miras a la misericordia.

1146. Porque con la intención con que cada uno la da, con la misma la recibe Dios. Por tanto quien del bien apetece alabanza, presente, pierde la esperanza y en lo futuro no recibe la gloria en premio.

1147. Porque en tanto que el pobre es alimentado por motivo de jactancia, en tanto la misma obra de misericordia se convierte en pecado.

1148. Las obras de la limosna destruyen los pecados y aprovechan tanto para el reino de los cielos del siglo venidero, que hasta el juez celestial, que ha de venir para el juicio futuro, dirá a los que estarán puestos a la diestra: *"Tuve hambre y me dísteis de comer, tuve sed, y me dísteis de beber, fui huésped y me recogísteis, estuve desnudo y me vestíteis"*. A estos tales promételes bienes diciendo: *"Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado"*. Pero a los que no vayan acompañados de algunas de las citadas obras de misericordia por boca del Juez eterno se dice de este modo: "Tuve hambre y no me dísteis de comer, tuve sed y no me dísteis de beber". A éstos justamente se dice: *"Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles"*. (Mt., 25, 35 ss.).

1149. Quien no reparte aquí misericordia no encuentra allí los frutos de la piedad: ejemplo es el rico que en llamas ardía en el infierno compelido a pedir una cosa pequeñísima, unas gotas de agua, él que había negado aquí unas migajas. ¿Qué cosa más justamente re-

tribuída? , ¿qué podía ser más estrictamente riguroso? Una gota de agua pidió el que ardía, el mismo que negó las migajas de pan. Tarde abrió los ojos el rico, cuando vio que descansaba Lázaro, el mismo quien no quiso ni mirarle estando en el suelo delante de las puertas.

1150. No sólo quien al hambriento y al sediento y al desnudo reparte beneficios de largueza, o si da cualquiera otra cosa al necesitado, sino también hace limosna indudablemente quien ama al enemigo, y quien compadece y consuela al que llora o da buen consejo en cualquier necesidad. Porque la buena doctrina es una limosna y más excelente que la obra de misericordia corporal.

1151. A cualquiera que no estando en necesidad pide, aunque simule que es indigente, conviene compadecerle de todo corazón. Y por más que él presente con falsedad la figura o persona de indigente, con todo quien con sencillez le da, no pierde el mérito de la misericordia.

1152. Por más indigente que sea uno, nadie puede alegar excusa de pobreza para no dar al necesitado, cuando según el precepto del Salvador hasta un vaso de agua fría se nos manda que demos al sediento. Porque si no temiendo otra cosa le damos eso con benignidad, de seguro no se pierde la recompensa. Pero si podemos más y simulando pobreza damos menos, no engañamos al necesitado, sino a Dios a quien no podemos ocultar nuestra conciencia.

1153. Dos clases hay de limosna, corporal una: dar al menesteroso lo que pudieres; espiritual otra: perdonar a quien te hubiere ofendido. La primera de ellas debe darse a los miserables, la segunda a los malos. Habrá pues siempre algo que repartas, cuando no dinero, al menos gracioso amor.

1154. La limosna no debe darse refunfuñando, si se quiere que no se pierda el premio de la dávida por la tristeza y mal humor del acto. Mas se da buenamente entonces cuando se da con alegría. Por lo cual dice así el Apóstol (2 Cor. 9, 7): *Dios ama al que da con alegría.* Por tanto es para temerse que el pobre o reciba con disgusto lo que le ofrecemos, o que preterido se retire triste.

1155. Dar limosna de las rapiñas ajenas no es obra de misericordia, sino completar la ejecución del crimen. De lo cual dice Salomón (Eccli. 34, 24): *El que ofrece sacrificio de la hacienda de los pobres, es como el que degüella un hijo delante del padre*. Porque quien injustamente quita, jamás reparte justamente, y no se da buenamente lo que a otro se arranca violentamente.

1156. Grande crimen es dar a los ricos con las haciendas de los pobres y adquirirse los favores de los pudientes con lo de los menesterosos: eso es quitar el agua a la tierra reseca y echarla a los ríos que no la necesitan.

1157. Algunas veces las pródigas larguezas de los ricos se derraman, no para utilidad, sino por vanidad. Es una hipocresía comparable a la de quienes enseñan, no para edificación de los oyentes, sino para abultar lo sublime de su gloria.

1158. La supérflua efusión de largueza es reprensible, mas quien guarda moderación, para nadie es avaro, sino para todo es generoso.

1159. El administrador debe ser discreto, no pródigo, pues debe entregar lo que es debido, de tal modo que guardando medida con cada uno, tenga suficiente para muchos.

CAPITULO LXI

De la brevedad de la vida.

1160. Sólo en esta vida nos está permitido obrar el bien, porque en la otra esperamos, no ya el obrar, sino la retribución de los merecimientos.

1161. Para los impíos esta vida es larga y agradable, mas en la estimación de los justos es amarga y breve. Y aunque esta vida sea breve, cree no obstante que para él se hacen pausas, porque por más corto que sea el intervalo de tiempo, siendo que para el que vive es corto, para el que ama es sin duda largo.

1162. Quien mide la duración de la vida presente no por el tiempo, sino por el fin de ella, muy provechosamente la pesa. Porque la vida presente es breve, ya que se gasta por el mismo crecer de ella; con su crecimiento fenece, puesto que lo que parece aprovechar en lo futuro termina en lo pretérito. Así del mismo ser de la vida se manifiesta que es breve, por cuanto no permanece, sino que se acaba. La tela se acaba con los hilos, la vida del hombre se completa con los días de cada uno.

1163. Pregúntase si el vivir mucho en esta vida debe llamarse aumento o más propiamente detrimento. Mas ¿cómo podrá llamarse aumento lo que por los tiempos de las edades camina al detrimento de la muerte?

1164. Si buscas vida larga, tiende hacia la vida por la que eres cristiano, es decir, no a ésta, sino a la eterna; para instruirte acerca de ésta bajó la vida eterna, esto es, Cristo, el Verbo unido a la carne. Porque ésta es la vida vital, la nuestra es vida mortal.

1165. Es necesario que el hombre muera en el cuerpo al mundo para que no muera a Cristo en el alma. Y entonces créese que uno vive en verdad, cuando se deleita sólo en vivir en Dios muriendo según el siglo.

1166. El justo siente tedio de la demora en este siglo, por razón de que llegará tarde a la deseada patria y de que más tarde abandonará la carga de la vida presente.

CAPITULO LXII

De la muerte o éxito de la vida.

1167. Aunque los santos desean verse libres de los trabajos de esta vida queriendo salir pronto del cuerpo, no obstante, por disposición de Dios, generalmente viven en esta vida largo tiempo, con el fin de que mediante largas pruebas de tolerancia se robustezca más sólida su paciencia.

1168. Muchos tienen aborrecimiento de la vida y a pesar de esto temen morir, lo cual a no pocos es causa de angustiarse, y les sucede de que con afectos contrarios sienten de vivir tedio, de morir miedo.'

1169. Cada uno debe vivir solícito y considerar siempre el fin de su vida, para que de la contemplación de la muerte el alma se eleve siempre a lo alto y se guarde de las mundanas delicias. Porque escrito está (Eccli, 7, 40): *En todas tus acciones acuérdate de tus postrimerías, y nunca pecarás.*

1170. Ignorada es la salida venidera insegura, y cuando menos se piensa uno morir es arrebatado. Por esto cada uno dése prisa para que no sea arrebatado en iniquidades y juntamente se termine la vida con culpa.

1171. Porque el diablo incitador que provoca a los vivientes a los vicios, en el momento de la muerte esfuérzase por arrastrarlos a los infiernos.

1172. Muchas veces los ricos en esta vida falaz, en tanto que

disfrutan por la gloria del poder o por la abundancia de riquezas, cuando no se dan cuenta, de improviso, son arrebatados y en un sorbo del abismo van destinados para ser atormentados con los fuegos eternos del infierno. De los cuales dice bien un Profeta (Job 25, 13): *Pasan en delicia los días de su vida, y en un momento bajan al sepulcro.*

1173. Al morir el inicuo, que con sus ejemplos había arrastrado muchos a los vicios por el placer de pecar, aparta de la culpa a muchos por el temor del tormento. Lo que atestigua también el Salmista (58, 11) diciendo: *Alegrarse ha el justo al ver la venganza; y lavará sus manos en la sangre de los pecadores.* Los justos lavan las manos en la sangre de los pecadores que mueren, porque en tanto que se mira la pena y castigo de éstos, se lava la vida del que le mira. Porque aquella muerte tan cruel, que se está contemplando, no sólo ahuyenta al que la haya visto, sino que con una valiosísima exhortación retrae a otros de imitar al muerto.

1174. Las almas de los escogidos en el éxodo de la vida están espantadas con un miedo grandísimo, por hallarse inciertas si pasarán a ser atormentadas.

1175. Algunos de los elegidos en su muerte son purgados de ciertos pecados leves; mas otras alégranse en su misma muerte con la contemplación de los bienes eternos.

1176. Pues por más justo que sea uno en esta vida, cuando sale de esta vida teme no obstante que sea digno de castigo. Porque nadie está sin pecado y nadie puede estar seguro en el juicio de Dios, siendo que hasta de las palabras ociosas se ha de rendir cuenta.

1177. La muerte tranquila recomienda la óptima salida de los justos, a fin de que se conozca que tienen la compañía de los santos Angeles por cuanto son sacados del cuerpo sin vejación ni molestias.

1178. Mas a los malos reciben al morir los ángeles apóstatas, para que sean atormentados en las penas de los que fueron instigadores para los vicios.

1179. Aunque la piedad manda llorar por los fieles difuntos, pero la fe veda guardarles lutos. Porque en la muerte deben ser llorados aquellos desgraciados que el infierno recibe, mas no los que encierra la corte celestial para ser glorificados.

INDICE

LIBRO II

INDICE

LIBRO III